

Diana Palmer

# Corazon Indomable

*Lo último que Kati, escritora de novelas románticas, deseaba en el mundo era pasar las navidades con el exasperante hermano de su compañera de piso. Un ranchero de Wyoming como Egan Winthrop se sentía tan perdido en Nueva York como ella se habría sentido en mitad del campo. Lo que Kati no preveía era que los increíbles besos y abrazos de aquel hombre no tardarían en dejarla completamente indefensa. Y aquella invitación para visitar su rancho no era otra cosa que un chantaje de lo más sensual. En muy poco tiempo, ella había entregado su corazón con la pasión de las heroínas de sus propias novelas.*

## Capítulo 1

NO hablarás en serio? -protestó Katriane mirando boquiabierto a su mejor amiga—. ¡En Navidad! Ada contrajo el rostro y apretó los dientes. -Escucha, Kati... -comenzó en un tono conciliador, empleando el diminutivo que hacía años le había dado-. Nuestro piso es grandísimo. ¿Qué digo grandísimo?, es enorme, y las dos estamos invitadas a un montón de fiestas... sin contar con el baile benéfico de los Thomson, así que casi ni lo veremos. Ni notarás su presencia, ya verás.

-¿Que no? —resopló Kati incrédula, apartando del rostro un mechón de cabello dorado rojizo-. Es difícil ignorar la presencia de alguien de casi dos metros — apuntó con los ojos castaños centelleándole.

—Pero es que es la primera Navidad que pasamos sin nuestra madre -insistió Ada-. No tiene a nadie más que a mí.

—Podrías ir tú al rancho en vez de que viniera él —dijo Kati sin poder reprimirse, aun sintiéndose cruel por la sugerencia.

— ¿Y dejarte aquí sola? ¿Qué clase de amiga sería si hiciera eso?

— ¡Al menos no estarías obligándome a soportar a tu horrible hermano ahora que por fin tengo unos días para relajarme! ¿Cómo voy a relajarme con Egan aquí? Sabes que no nos llevamos bien... ¡Acabaremos a tortazo limpio! Ada, ¿acaso te he hecho algo malo?

Su amiga se aclaró la garganta. —Podrías intentar mirarlo desde otro ángulo —le propuso—. ¿No me dijiste el otro día que ibas a ambientar tu próxima novela en Wyoming, en un rancho? Bueno, pues... ¿quién puede saber más de ranchos y de Wyoming que Egan? Podrías preguntarle todo lo que quisieras para documentarte.

Kati la miró furibunda.

—Además, estoy convencida de que en el fondo no os caéis tan mal —añadió Ada—. Es sólo que... no queréis admitirlo.

— ¿Que no nos caemos mal? —repitió Kati con sorna—, Ada, lo odio. Lo detesto. No puedo verlo ni en pintura. ¿Es que has olvidado lo que pasó la última vez que nos vimos? Ada suspiró.

—Venga, mujer, no seas así... Sólo serán unos días. Kati resopló y se volvió hacia la ventana, sacudiendo su largo y ondulado cabello.

—No me hagas esto, Ada. Dile que ha surgido un imprevisto, que no puedes invitarlo.

— Me temo que eso ya es imposible: salió esta mañana.

— ¿Qué? —exclamó Kati, girándose hacia ella con los ojos como platos—. Oh, Dios... ¡Oh, Dios! —masculló lanzando los brazos al aire—. Primero se pierde el cheque que me había enviado la editorial justo cuando me toca pagar la letra del coche, y ahora me va a tocar aguantar todas las navidades a un hombre al que odio...

— Es mi hermano —musitó Ada—. No querrás que pase solo la Navidad...

— ¿Solo? ¿Estamos hablando del mismo Egan? — inquirió Kati frunciendo las cejas—, porque el que yo conozco nunca está solo: va de conquista en conquista. Seguro que ya tiene plan.

Ada meneó la cabeza.

—Ahora mismo no está saliendo con nadie.

— Vaya, ¿y eso?, ¿es que se ha arruinado? —le preguntó su amiga con sorna.

— No seas cruel, Kati. A las mujeres no sólo les seduce su dinero. Egan tiene su atractivo...

En aquello Ada tenía algo de razón, porque, aunque de rostro no era nada guapo, tenía un cuerpo increíble.

— Bueno —concedió cruzándose de brazos—, supongo que a algunas mujeres les parecerá que lo tiene. Mary Savage solía decir que debería presentarse al concurso de Mister América.

—Es sólo un pobre solterón solitario —insistió Ada con una sonrisa divertida, al ver que su amiga no había sido capaz de negar sus palabras — . No puede evitar que las mujeres se le tiren encima.

— ¿Egan Winthrop «pobre»? ¿«Solitario»? —repitió Kati riéndose incrédula—. La única palabra de esas tres que puede aplicársele es la de «solterón».

— Oh, vamos, era una broma. Tiene treinta y cuatro años... —le recordó Ada—. Aun le queda mucha vida por delante si en algún momento llega a cambiar de opinión respecto al matrimonio

— Seguro, cuando las ranas críen pelo —replicó Kati con sarcasmo—. Y para mí treinta y cuatro son muchísimos años.

—Eso es porque nosotras tenemos veinticinco — se rió Ada—, pero nueve años no es tanto.

Kati se volvió a darse la vuelta y se apoyó en el alféizar de la ventana, observando los rascacielos de Manhattan iluminados.

— En cualquier caso no sé cómo él ha podido aceptar tu invitación —le dijo—. Me odia tanto como yo a él, y estoy segura de que el primer día ya estaremos peleándonos como el perro y el gato. Además no es culpa mía. Siempre es él el que empieza.

—Lo sé —murmuró Ada, yendo junto a ella—. La verdad es que no entiendo por qué la tiene tomada contigo. Normalmente se porta como un caballero con todas las mujeres.

—No tienes que jurármelo. Lo he visto en acción. Pero todo ese encanto no es más que superficial, Ada. Tu hermano nunca deja que nadie se acerque demasiado por miedo de que puedan llegar a resquebrajar su coraza.

Ada la miró divertida.

—Para detestarlo como lo detestas, lo conoces muy bien —murmuró.

Kati se encogió de hombros.

—No, lo que pasa es que sé qué clase de persona es. Es de los que lo quieren todo y no dan nada a cambio.

— Si se trata de dar lo cierto es que ninguno de los dos dais jamás vuestro brazo a torcer —replicó Ada con un suspiro—. Compréndelo, Kati, no podía dejar que pasase la Navidad allí solo. Es la única familia que tengo.

Su amiga suspiró también, sintiéndose mal por sus constantes negativas, y abrazó a Ada impulsivamente.

—Lo siento. Me estoy comportando como una chiquilla egoísta, ¿verdad? Eres mi mejor amiga, Ada, y este piso es tan tuyo como mío. Tienes todo el derecho del mundo a invitar a tu hermano por Navidad, aunque no nos podamos ni ver. Apretaré los dientes y fingiré que estoy encantada de tenerlo aquí, ¿de acuerdo?

— Eso tendré que verlo para creerlo —contestó Ada enarcando una ceja y frunciendo los labios.

Kati se puso la mano en el corazón. —Te doy mi palabra.

— Bueno, entonces, ahora que ya lo hemos hablado, ¿qué te parece si vamos a comprar el abeto? Todavía no habrá cerrado la floristería de la esquina.

—Claro —asintió Kati.

Se puso el abrigo y se dirigió hacia la puerta detrás de Ada, que estaba ya esperándola en el pasillo, junto a los ascensores.

— Y si encontramos uno lo bastante grande —farfulló por lo bajo—, colgaremos a Egan de una de las ramas.

Miraron docenas de abetos hasta decidirse por uno, y después de subirlo al piso Ada volvió a bajar para comprar unas pizzas, dejando a su amiga entretenida colocándole los adornos.

Kati puso un disco de villancicos en la cadena de música, y trató de no pensar en Egan mientras ponía guirnaldas, luces, y figuritas en el árbol, pero sencillamente era algo que no podía evitar. El choque que habían tenido en su último encuentro había sido terrible.

Ada y ella se conocían desde el instituto, y aunque la hermana de Egan había escogido estudiar Arte Dramático y ella Literatura, no habían perdido el contacto, y tres años después de licenciarse se habían ido a vivir juntas de alquiler cuando Ada ya había conseguido introducirse en una pequeña compañía de teatro y Kati estaba ya empezando a consolidarse como escritora de éxito de novelas rosas históricas, habiendo conseguido que le publicaran las primeras ya en su último curso de instituto.

Y precisamente sería ése el año en que conociera a Egan, cuando él asistió con su madre a la ceremonia de graduación de su hermana. A Kati no le quedaba familia alguna, ya que sus padres, que la habían tenido cuando ambos rondaban los cincuenta, habían fallecido hacía unos años, el uno poco antes que el otro. Por eso, la señora Winthrop, que tenía un corazón enorme, había insistido en que pasara con ellos las vacaciones de verano, y desde entonces las invitaciones al rancho se hicieron frecuentes. Aquello no le gustó nada a Egan. Desde del día que se enteró de la clase de libros que escribía y hojeara un par que le había regalado a Ada, la había mirado con desprecio y tratado con frialdad. Tenía la errónea idea de que las escritoras de novela rosa eran mujeres de escasa moralidad, que llevaban una vida promiscua para poder escribir las escenas de sexo de sus libros.

Sin embargo el primer encontronazo serio que había tenido con él, se había producido tres años atrás, cuando fue con Ada a Wyoming, al rancho Winthrop, para celebrar con su familia y ella el Cuatro de Julio, el Día de la Independencia, y quedarse un par de semanas.

A la señora Winthrop le habían diagnosticado cáncer, y todos sabían que a pesar de la medicación no duraría más de uno o dos años, y por eso las reuniones familiares eran entonces más importantes que nunca. Aquel año incluso se unió a ellos Richard, el único primo de Ada y Egan. Vivía en otro Estado, pero estaba en Wyoming por motivos de trabajo y no había querido faltar. Incluso ella, que después de su última visita le había jurado a Ada que no volvería a poner los pies por allí, no había podido negarse cuando la invitaron. Sentía verdadero afecto por la señora Winthrop y no sabía cuántas más veces podría volver a verla.

Tal y como imaginaba, la bienvenida que le dio Egan fue gélida, pero la simpatía de su primo Richard compensó con creces el grosero comportamiento del hermano de Ada. Era de su misma edad, bien parecido, y tenía un carácter abierto que lo hacía encantador.

Pensando que la señora Winthrop querría poder pasar un rato a solas con sus hijos, su sobrino llevó a Kati al Parque Nacional de las Montañas Tetón después del almuerzo. De regreso, a mitad del camino, tuvieron un pinchazo, y Richard, que a pesar de ser adorable era un cabeza de chorlito, no llevaba una rueda de repuesto. Aquélla era una carretera vecinal, así que no pasaban muchos vehículos por allí y menos a la hora de la noche que era, así que tuvieron que hacer el resto del trayecto a pie, y no llegaron al rancho hasta las dos de la mañana.

Egan estaba esperándolos levantado. Richard, que estaba tan cansado que casi no podía tenerse en pie, entró en la casa haciéndole a su primo un gesto de saludo con la mano y se fue derecho al piso de arriba. Egan no trató siquiera de detenerlo, pero sí cortó el paso a Kati cuando ésta se dirigía a las escaleras.

—¿Tanto te cuesta comportarte de un modo discreto sólo por unos días? —le dijo con los ojos entornados—. Podrías tener al menos un poco de consideración hacia mi madre. Se ha ido a dormir muy preocupada.

Kati, anonadada, comenzó a balbucir una respuesta, pero él la cortó bruscamente con un improperio.

—No empeores las cosas mintiendo —le gruñó—. Los dos sabemos lo que eres... con tu moral disoluta y tus indecentes novelas. Lo que hagas con mi primo es asunto tuyo, pero no voy a consentir que alguien como tú

le arruine las vacaciones a mi hermana y a mi madre. Ya no eres bienvenida aquí. Vete inventando alguna excusa, porque mañana a primera hora te marcharás.

Y se alejó por el pasillo, dejando a la pobre Kati temblorosa y al borde de las lágrimas, lágrimas que sólo su orgullo le ayudó a contener.

A la mañana siguiente, habiendo dormido apenas unas horas, se levantó, se aseó, se vistió, hizo el equipaje, y bajó las escaleras. Ada, Richard y la señora Winthrop estaban desayunando en el comedor, y lógicamente se mostraron muy sorprendidos de verla aparecer con la maleta. Kati les dijo que su editor le había dejado un mensaje en el contestador del móvil pidiéndole que se reuniera con él para revisar algunas cosas de su última novela antes de enviarla a la imprenta, y le preguntó a Ada si podría llevarla en su coche al aeropuerto.

Después de despedirse de la señora Winthrop y de Richard, estaba saliendo por la puerta con Ada cuando apareció Egan delante de ellas, con aspecto irritado y extrañamente ojeroso.

— Quisiera hablar contigo un momento antes de que te vayas —le dijo a Kati.

—Adelante —lo instó ella—, di lo que tengas que decir.

Egan lanzó una breve mirada a su hermana, que carraspeó, farfulló que iba por el coche y se alejó, dejándolos a solas.

—¿Por qué no me contaste lo que ocurrió anoche en realidad? —exigió saber Egan, cruzándose de brazos.

Richard debía habérselo contado.

— ¿Para qué iba a intentar siquiera explicarme cuando tú ya me habías juzgado y condenado? —contestó ella en un tono gélido.

—Pero es que yo no sabía que...

—Esto sí que es sorprendente —lo cortó ella sarcástica—: el omnisciente Egan Winthrop confesando que ignoraba algo. ¡Y yo que creía que lo sabías todo!

Egan parecía avergonzado, pero no se disculpó.

—Pensé que Richard estaba borracho, y eran las dos de la mañana —le dijo, tratando de justificarse.

—Pues como ya te habrá dicho tu primo, no estaba bebido, sino cansado, porque tuvimos que andar veinticinco o treinta kilómetros a pie —le espetó con ojos relampagueantes—. Nunca me has caído demasiado bien, pero ahora verdaderamente te detesto. Y ya no tendrás que preocuparte más. Ya que mi presencia te resulta tan insufrible, a partir de ahora me mantendré alejada de aquí.

—Katriane... —comenzó él.

—Adiós.

Lo rodeó y bajó las escaleras del porche, dirigiéndose con paso firme y sin mirar atrás hacia el coche de Ada, que estaba esperándola ya a unos metros de la casa.

Después de aquello no había vuelto a ver a Egan hasta el entierro de la señora Winthrop, y entonces ella se limitó a darle el pésame y a estar al lado de Ada, pero el destino quiso que coincidieran el año anterior en Manhattan, y ese encuentro fue mucho más visceral.

Egan había ido a la ciudad para asistir a un congreso de ganaderos, y de paso le hizo una visita a su hermana en el piso que compartían Kati y ella. Aquella mañana Kati estaba a punto de salir, y fue quien abrió la puerta cuando llamaron al timbre. Egan, al verla, la miró de arriba abajo. Iba a unos grandes almacenes, a firmar ejemplares de su último libro, una novela rosa histórica ambientada en la Carolina del Sur del siglo dieciocho, y su editor le había dicho que se vistiese lo más elegante posible, pero el ranchero, por supuesto, al verla con aquel vestido de terciopelo burdeos con marcado escote y espalda descubierta, zapatos de tacón de aguja a juego, y sombrero de plumas, no pudo reprimirse:

—Vaya, vaya... ¿a quién tenemos aquí? Madame Pompadour... —farfulló sarcástico.

Kati lo miró con altivez.

—Te equivocas de siglo y de país, aunque no esperaba que lo supieras, claro está.

Egan enarcó una ceja.

—El que me dedique a la ganadería no implica que sea un analfabeto.

—Perdona, encanto, no quería ofenderte —le dijo ella, pestañeando con insolencia.

Tal vez fuera su tono burlón, o quizá el «encanto» lo que sacó a Egan de sus casillas. Sus labios se curvaron en una sonrisa desagradable.

—Pareces una ramera de lujo —le dijo—. Podrías ponerte en cualquier esquina y seguro que harías negocio...

Kati le dio una bofetada, aunque su furia era tal, que no se dio cuenta de que lo había hecho hasta que sintió que le ardían los dedos y vio la marca roja en la mejilla de Egan.

— ¡Maldito seas! —masculló, temblando de ira. Las aletas de la nariz de Egan se ensancharon, entornó los ojos, y su mirada se volvió peligrosa.

—Vuelve a hacer eso —le advirtió en un tono glacial—, y desearás no haberme conocido.

—Es exactamente lo que deseo en este preciso momento —le respondió ella con puro veneno.

— Si te vistes como una prostituta, lo único que puedes esperar es que la gente te etiquete como a tal —le dijo él, mirándola con desprecio—. No quisiera que nadie me viese en público contigo.

—Pues me alegro —masculló Kati, la sangre hirviéndole de indignación—. Tampoco yo me muero por que la gente me vea contigo.

Afortunadamente en ese momento apareció Ada, que había estado oyéndolos desde la cocina. Empezó a reprender a su hermano, y Kati aprovechó para salir de allí. No habría podido aguantar un segundo más. Mientras bajaba en el ascensor las lágrimas no paraban de afluir a sus ojos, aunque por fortuna logró calmarse antes de tomar un taxi, y cuando llegó a los grandes almacenes se arregló el maquillaje en el lavabo.

Aquella había sido la última vez que había visto a Egan Winthrop, y no quería volver a verlo jamás. ¿Cómo podía haberlo invitado Ada, sabiendo el grado de hostilidad que había entre ellos?

Colgó la última bola en el árbol, y estaba sacando la estrella de Belén de la caja de adornos para ponerla en la punta, cuando oyó una llave girando en la puerta de entrada. Debía ser Ada con las pizzas. Se puso de pie, y al hacerlo golpeó sin querer el abeto, agarrando justo a tiempo una de las bolas de cristal pintado y evitando que se estrellase contra el suelo.

— ¡Qué bien que ya estés de vuelta! —exclamó, mientras se daba la vuelta con la bola en la mano—, estaba muerta de ham... —se encontró cara a cara con Egan, y se puso tan nerviosa al verlo, que apretó la bola en su mano con tal fuerza que se hizo añicos.

— ¡Dios! —masculló él, yendo junto a ella y le obligó a abrir la mano, dejando a la vista una pequeña herida en su palma de la que manaba sangre.

Ella, todavía aturdida, lo dejó hacer, fascinada por el contraste entre su delicada y blanca mano, y las de Egan, grandes, fuertes, y morenas.

—No te... no te esperaba —balbució nerviosa—. Me has asustado.

—Ya lo veo. ¿Tenéis alcohol o algún tipo de antiséptico?

—En el baño.

Egan la llevó allí, y rebuscó en el armario de las medicinas hasta encontrar alcohol, mercromina y una caja de tiritas.

—¿Dónde está Ada? —inquirió mientras le arrancaba con cuidado los trocitos de cristal que se le habían clavado y le limpiaba la herida.

—Ha salido a comprar unas pizzas —farfulló Kati, contrayendo el rostro y apretando los dientes. ¡Dios, cómo picaba el alcohol!

Egan alzó la vista. Nunca habían estado tan cerca el uno del otro, y a esa distancia sus ojos azules grisáceos resultaban aún más intimidantes, igual que el calor de su cuerpo y el olor de su colonia.

Se quedaron mirándose un buen rato, y finalmente fue Kati quien bajó la mirada con un ligero rubor en las mejillas y el corazón latiéndole como si se le quisiera salir del pecho.

—¿Nerviosa, Katriane?

—¿Acaso te hace falta preguntar? Tú me pones nerviosa —masculló ella.

—Dime. ¿Cuánto tiempo le llevó a Ada convencerte para que no te opusieras a que pasara aquí estas navidades? —inquirió Egan enarcando una ceja.

Kati inspiró. Si él supiera que su hermana no le había dicho nada hasta hacía un par de horas... Era cierto que al final había cedido, pero aunque se hubiera querido negar de nada le había servido, ya que él ya estaba en camino.

—Una media hora —gruñó—. Y aún pienso que ha sido un terrible error haber cedido —alzó la vista y lo

miró desafiante—. No querría estropearle las navidades peleándome contigo.

Egan levantó la barbilla y estudió en silencio el rostro de Kati.

—Entonces, ¿significa eso que vas a ser amable conmigo? —inquirió enarcando una ceja—. ¿Que no harás comentarios mezquinos, ni me pincharás para que salte?

— ¡Mira quién va a hablar de comentarios mezquinos! —le espetó ella—. ¡Pero si eres tú siempre el que se mete conmigo!

—Tú tampoco te quedas corta a la hora de contraatacar —contestó Egan.

Kati volvió a inspirar profundamente.

—El ataque es la única defensa que me dejas — farfulló—. Pero estamos en Navidad y...

—Cierto, y a mí me encantan los regalos.

—¿Acaso esperas que alguien te haga alguno?

—Bueno, confío en que al menos Ada sí.

—Pobrecilla, su cariño de hermana la tiene trastornada; querer a alguien como tú... -farfulló Kati, mirándolo de reojo.

—No es cuestión de amor fraternal. El que tú no aprecies mis cualidades no quiere decir que otras mujeres no lo hagan.

—Ah, las ventajas de tener dinero... —murmuró ella con toda la intención.

—¿Crees que necesito pagar para tener compañía? —inquirió Egan con una fría sonfisa—. Bueno, supongo que es normal viniendo de una mujer que se vende.

Kati alzó la mano para darle un bofetón, pero él la agarró antes de que pudiera hacerlo, de modo que tuvo que ponerse de puntillas para que no le dislocara el hombro.

— ¡Suéltame! —le gritó—. ¡Me haces daño!

—Entonces deja de intentar abofetearme. Es época de paz en la Tierra, ¿recuerdas? - le dijo Egan muy calmado.

—Si pudiera ahora mismo te despedazaría —farfulló ella, mirándolo furibunda.

Los ojos de Egan recorrieron el ondulado cabello dorado rojizo, los generosos senos, la estrecha cintura, las sensuales caderas, y las largas piernas.

—¿Has puesto algún kilito, no? —inquirió—. Estás más voluptuosa de lo que recordaba. En fin, no te ofendas. Supongo que a algunos Hombres les atraen las mujeres así.

—Eres un... —masculló ella, forcejeando para que la dejara libre.

Egan la soltó en ese mismo momento y encendió un cigarrillo, observándola con aire divertido.

—¿Te decepciona que no me atraigas?

—¿De qué vas? En mi vida he conocido a nadie tan presuntuoso como tú.

Egan chasqueó la lengua y meneó la cabeza.

—Tendrás que mostrarte más amable conmigo si quieres que tengamos una tregua estos días. Además, no soporto a las mujeres histéricas.

Kati cerró los ojos, rogando para sí que hubiera desaparecido cuando volviera a abrirlos, pero no ocurrió. Guardó en el armario de nuevo la mercromina, el alcohol, y las tiritas, y, caminando con cierta rigidez, salió del cuarto de baño sin mirarlo y volvió al salón para recoger los trozos de la bola que había roto.

Egan la siguió, y se apoltronó en el sofá con el primer cenicero que encontró, observándola mientras barría los cristales de esa manera que la ponía tan nerviosa, sin pestañear.

—Creía que Ada me había dicho que habías dejado de fumar —comentó Kati cuando hubo terminado.

— Lo he dejado —respondió él — . Ahora sólo fumo cuando estoy nervioso —dio otra calada al cigarrillo, y le dirigió una sonrisa burlona—. Sí, cariño, tú me pones de los nervios, ¿no lo sabías?

Kati no se dignó a contestar a eso. Dejó a un lado el escobón y el recogedor y se pasó una mano irritada por el cabello.

—¿Quieres que te lleve a tu habitación, como una buena anfitriona? —inquirió con aspereza.

—No, gracias, sé que me llevarías al ascensor y pulsarías el botón de la planta baja. Esperaré a que llegue mi hermana y me dé una bienvenida un poco más cálida.

Kati se recordó que era Navidad, que Egan había perdido a su madre, y se detestó por el arranque de

compasión que la invadió. Fue hasta la ventana y miró abajo, a las bulliciosas calles de la ciudad. «¡Date prisa en volver, Ada!», quería gritar.

—Vi anunciado tu último libro en la televisión el otro día —dijo Egan de repente.

Kati se dio la vuelta y se cruzó de brazos, poniéndose a la defensiva.

—¿De veras? ¡Qué raro!, alguien tan culto como tú, viendo la televisión...

Egan optó por no morder el anzuelo.

—Y se ha agotado en la librería del pueblo —añadió.

—Porque tú compraste todos los ejemplares, ¿no?, para evitar que tus pobres vecinos pudieran verse expuestos a mis indecentes escritos.

—No, cuando yo llegué apenas les quedaban tres o cuatro —contestó él—. De hecho, compré uno de los últimos... para leerlo.

Kati enrojeció hasta las orejas. El sólo imaginar a Egan Winthrop leyendo *Cosecha de pasión* hizo que sintiera deseos de correr a su cuarto y taparse la cabeza con una manta. Era un libro bastante picante, con unas escenas de sexo muy sensuales, y por el modo en que la estaba mirando, era obvio lo que pensaba de la novela y de ella misma.

—Tenía curiosidad por saber si seguías escribiendo la misma clase de cosas. La verdad es que me gustan las novelas históricas, aunque prefiero las que no recurren al sexo cada veinte páginas.

Kati se sonrojó más aún y se dio la vuelta, demasiado azorada como para responderle.

—Dime, ¿cómo consigues mantenerte en pie teniendo que hacer la investigación tan exhaustiva que es obvio que haces para escribir esos libros?

Kati se giró sobre los talones con ojos llameantes. Algo le decía que no estaba preguntándole por la investigación de los hechos históricos.

—¿A qué te refieres exactamente? —le espetó.

Egan se rió suavemente, y había matiz cruel en su voz cuando respondió.

—Sabes muy bien a qué me refiero. ¿Con cuántos hombres te acuestas para escribir un libro tras otro?

En el preciso momento en que Kati, que ya no aguantaba más, iba a lanzarle toda una sarta de improperios, se abrió la puerta de entrada del piso y apareció Ada, cuyo rostro se iluminó al ver a su hermano. Soltó las cajas de las pizzas sobre una silla, sin preocuparse de la tapicería, y corrió a abrazarlo.

—Cada día estás más bonita —le dijo Egan sonriendo.

La expresión radiante de su rostro hizo que Kati se sintiera deprimida. ¿Por qué a ella nunca le sonreía así? E inmediatamente quiso abofetearse por ese pensamiento.

—Me alegra tanto que hayas venido —le dijo Ada a su hermano, de todo corazón.

—Y yo me alegro de que alguien se alegre —murmuró él, lanzando una mirada a Kati, que estaba observándolo furibunda.

Ada miró también a su amiga, y la expresión de felicidad se desvaneció de su rostro.

-Oh-oh...

Kati se tragó su resentimiento. No podía arruinarle las navidades a Ada, no, no podía. Esbozó una sonrisa forzada.

—Está bien, no te preocupes. Incluso me ha curado la mano hace un momento cuando me la he cortado, ¿ves? —le dijo mostrándosela—. A partir de ahora vamos a ser amigos, ¿verdad, Egan? —inquirió apretando los dientes mientras lo miraba.

—Ya lo creo, amigos íntimos —farfulló, mirándole el pecho.

Ada lo agarró del brazo y lo arrastró fuera del salón.

—Deja que te enseñe tu habitación, Egan —le dijo apresuradamente.

Kati se llevó las pizzas a la cocina y sacó unos botellines de coca-cola de la nevera mientras contaba hasta diez... diez veces.

## Capítulo 2

¿CÓMO va todo por el rancho? —le preguntó Ada a su hermano cuando los tres estuvieron sentados cenando en el comedor.

—Bien, bien —respondió él—. ¿Y tú?, ¿cómo llevas el mes?

—He procurado estar lo más ocupada posible — contestó su hermana—. Me ayuda a no pensar todo el tiempo en mamá.

—Ha descansado, Ada, era lo mejor —le recordó Egan quedamente.

—Lo sé —murmuró ella, pero no pudo evitar que sus ojos se humedecieran—. ¿Alguien quiere repetir? Quedan tres porciones.

—Yo no, gracias —respondió Kati—. No quiero ponerme más «voluptuosa» de lo que estoy —añadió con una mirada significativa a Egan.

— ¡Qué bobada, pero si tienes una figura estupenda! —replicó Ada—. Anda, toma otro trozo...

—Adelante —la picó Egan.

—¿Y por qué no te la comes tú? —lo desafió Kati.

—¿Para que me acuses de engullir como un cerdo? —inquirió él con aire inocente.

—Yo no sería tan desconsiderada como para llamarte cerdo —le respondió ella sonriendo dulcemente.

—Disculpadme —los interrumpió Ada—, pero es Navidad, ¿os acordáis? ¿Los villancicos, Santa Claus, los besos bajo el muérdago...?

—¿Muérdago? —repitió Egan mirando a Kati—. Antes preferiría tomar veneno a tener que besarla a ella debajo del muérdago.

Kati lo miró furibunda.

— ¡Lo mismo digo!

—¿No os apetece ver un rato la televisión? —sugirió Ada frenética.

Arrastró a su hermano hasta el salón, sentándolo en un sillón, después a Kati, haciéndola sentarse en otro, y encendió el televisor.

—Yo recogeré la mesa —le dijo a su amiga—, tú hazle compañía a Egan.

—Gallina —la picó su hermano—: te da miedo quedarte en medio de la línea de fuego.

Pero Ada se limitó a sonreír y salió del salón.

Egan se recostó en el asiento y fijó su mirada en la pantalla. Se había quitado la chaqueta y el chaleco, se había enrollado las mangas de la camisa blanca que llevaba, y tenía los primeros botones desabrochados. No llevaba camiseta, y a través de la fina tela se traslucían sus músculos bronceados y una densa mata de vello. Aquella visión turbaba a Kati de tal modo que le pareció que la temperatura en la habitación había subido varios grados, así que rápidamente giró la cabeza hacia el televisor, mientras la voz del hombre del tiempo iba desgranando las previsiones para el día siguiente.

—¿Cómo van tus escritos? —le preguntó de pronto Egan, en un tono extrañamente familiar.

—No me va mal, gracias —contestó ella sucintamente.

—¿De qué trata la próxima novela que vas a publicar?

Kati tragó saliva. Era más que obvio que Ada le había contado algo.

—Pues... va a ser otra novela histórica.

—¿Sobre...?

Kati se aclaró la garganta.

—Wyoming —farfulló en un tono casi inaudible.

—¿Perdón?

Kati apretó los labios irritada.

—Sobre Wyoming —dijo un poco más alto.

—Hmm... Una novela histórica sobre Wyoming. Bien, bien... ¿Y ya has empezado a recopilar información?

Kati lo miró recelosa.

—¿A qué te refieres?

—Pues a información sobre datos históricos de Wyoming, claro está —aclaró él inocentemente—. Porque imagino que tendrás que mencionar aspectos de la cría de ganado, por ejemplo.

—Sí —contestó ella a regañadientes.

—¿Y qué sabe una chica de ciudad de eso? —le preguntó Egan burlón.

Ella le lanzó una mirada furiosa.

—He estado en un rancho.

—Cierto, en el mío —murmuró Egan, observándola con ese aire de superioridad que ella detestaba—. Bueno, al menos tienes algo por donde empezar; en Charleston desde luego no hay muchos ranchos. Porque creo recordar que pasaste tu infancia allí, ¿no?

—Puede que no tengamos ranchos en Charleston, pero sí buena gente —replicó ella—. Gente educada y... Egan enarcó las cejas.

—No tienes por qué ponerte a la defensiva —le dijo cortándola—. Me gusta Charleston, y mi abuela materna era de allí.

Kati lo miró fijamente.

—¿Ah, sí? —inquirió en un tono frío.

—Sí, y era pelirroja como tú —añadió Egan, esperando que saltara.

—Mi cabello no es pelirrojo —replicó Kati, como él había anticipado.

—No, no lo es —asintió él estudiándolo—, es como la miel, o el pelaje de los zorros.

Kati se sonrojó. Aquello había sonado extrañamente poético, y no le gustó nada el cosquilleo que la recorrió por dentro al oírlo. Miró su reloj de pulsera.

—Discúlpame —le dijo a Egan, poniéndose de pie—. Esta charla es muy interesante, pero tengo que cambiarme.

El ranchero le dedicó una larga mirada.

—¿Vas a algún sitio?

—Pues sí —respondió ella, negándose a decirle dónde ni con quién.

Y se fue derecha a la cocina, en busca de Ada.

—Jack quedó en venir a recogerme a las nueve — le recordó a su amiga—. Voy a vestirme.

—De acuerdo. Acabaré con estos platos y me iré a hacerle compañía a Egan —respondió Ada—. ¡Cómo te envidio! —suspiró—. Echo tanto de menos a Marshal cuando está embarcado...

—Venga, ánimate —le dijo Kati dándole un abrazo—. Los días pasarán volando, y antes de que te des cuenta estará de regreso, ya lo verás.

—Es verdad, soy una quejica —se rió Ada—. No me hagas caso; vete y diviértete.

Kati fue a su dormitorio y, tras mucho dudar, se puso un vestido de fiesta negro conjuntado con accesorios rojos. Se miró al espejo, y arrugó la nariz, crítica como siempre con su reflejo. Se hizo un recogido informal y lo fijó con un pasador de nácar. Se miró otra vez en el espejo y sonrió. Sí, mejor así, ese toque le gustaría a Jack.

Jack Asher era un reportero del New York Times especializado en política inteligente y divertido. Hacía meses que se conocían, y salían con bastante frecuencia, aunque lo que había entre ellos era más bien platónico porque ella era demasiado independiente y no se sentía preparada para iniciar una relación seria, y él había perdido a su mujer y aún la añoraba.

El timbre de la puerta sonó cuando se estaba dando un poco de brillo en los labios, pero Kati no se preocupó. Ya abriría Ada. Sólo al cabo de un rato recordó que Egan estaba allí también, así que terminó de maquillarse a toda prisa y regresó al salón. A saber lo que ese hombre insufrible sería capaz de decirle a Jack...

Jack estaba de pie en el vestíbulo, hablando con Ada, mientras Egan, despatarrado en el sillón como si fuera el señor de la casa, lo observaba fijamente. Cuando Kati fue junto a su amiga y Jack, éste le dirigió una mirada con la que parecía decirle lo aliviado que estaba de que hubiera aparecido al fin.

—Hola, preciosa —le dijo con una sonrisa algo forzada.

Jack era moreno, de ojos castaños, y Egan lo ganaba en altura y musculatura. De hecho, comparándolos, de pronto a Kati Jack se le antojó pálido y poco masculino. Sin embargo, le sonrió, y también a Ada, como si no pasara nada.

—Bueno, yo estoy lista para que nos vayamos, así que... cuando tú quieras. Buenas noches, Ada. Buenas noches, Egan —se despidió también del ranchero, haciéndole un gesto con la cabeza.

Pero Egan no le contestó. Seguía con la vista fija en el pobre Jack, los ojos peligrosamente entornados y

brillando como plata bruñida mientras fumaba un cigarrillo. Su hermana le hizo un gesto frenético, pero la ignoró también.

—Em... Buenas noches, Ada —se despidió Jack incómodo.

Y le pasó el brazo por la cintura a Kati para conducirla fuera.

— ¡Cielos! —exclamó Jack cuando entraron en el ascensor—, por un momento me he sentido como un insecto clavado en una plancha de corcho... ¿Siempre es así, tan poco... comunicativo?

—Oh, es peor, normalmente es «demasiado» comunicativo. Y es horrible, Jack: Ada lo ha invitado a pasar las navidades con nosotras. Bueno, entiendo que le diera pena que estuviese solo en su rancho de Wyoming, sobre todo porque su madre falleció recientemente, pero...

—No te cae bien, ¿eh?

—¿Que si no me cae bien? No lo aguanto... no lo soporto... ¡lo detesto!

Jack se rió.

—Pobre, lo compadezco. Ser odiado por la temible Katriane James...

—Es de mí de quien deberías compadecerte: va a vivir una semana en nuestro piso —gimió.

—Bueno, siempre puedes venirte a mi apartamento.

Kati se rió, sabiendo que aquella oferta era una broma, como siempre lo había sido entre ellos. No tenían esa clase de relación.

—Pues mira, sí, podría —respondió siguiéndole el juego—. Pero, no sé, ¿qué diría tu madre? ¿No se escandalizaría?

—¿Qué dices?, mi madre te adora —se rió él—. Seguro que se pondría como loca.

— Sólo porque vive a un par de manzanas de tu bloque y podría sonsacarme el argumento de mi próxima novela —replicó ella sonriendo.

Fueron al estreno de una esperada obra de teatro para la que Jack había conseguido entradas, y después a tomar una copa en un local donde tocaban música tranquila, donde Kati consiguió convencerlo de que la sacara a bailar.

Eran ya altas horas de la madrugada cuando Jack la llevó a casa.

—Lo he pasado muy bien —le dijo Kati cuando llegaron a la puerta del piso.

—Bueno, ésa era la idea —respondió él con una sonrisa.

—¿Me llamarás pronto?

—En cuanto pueda —prometió él—. Aunque no sé cuándo será eso, porque puede que tenga que volar a Washington para cubrir el escándalo en torno a ese congresista.

—Bueno, pues llámame cuando estés de vuelta, ¿de acuerdo?

—A sus órdenes —respondió él haciendo un saludo militar, y dirigiéndose de espaldas hacia el ascensor—. Buenas noches, Kati. Que descanses.

Le guiñó un ojo, entró en el ascensor, y se despidieron con la mano antes de que se cerraran las puertas. Jack siempre era así. Nunca intentaba besarla ni aprovecharse de ella de ninguna manera. De hecho, lo que había entre ellos no era en el fondo más que una excelente amistad, en la que disfrutaban de la compañía del otro. Además, Jack no era todavía capaz de dejar que nadie ocupase el hueco que su esposa había dejado en su corazón, y por eso se sentía cómodo con Kati, porque no lo presionaba ni le exigía ninguna clase de compromiso.

Tarareando una de las cancioncillas que habían bailado, Kati sacó su llave del bolso y abrió la puerta. Las luces estaban apagadas, así que cerró despacio, e iba a darse la vuelta cuando una voz profunda a sus espaldas hizo que el corazón se le subiera a la garganta:

—¿Siempre sales hasta tan tarde?

Kati se giró en redondo, oyó como alguien apretaba el interruptor de la lámpara de pie del rincón, y vio a Egan sentado en el sillón, junto a la ventana, con un vaso de lo que parecía whiskey en su mano.

—Tengo veinticinco años —le recordó, tratando aún de calmar los fuertes latidos de su corazón—; salgo hasta la hora que quiero.

Egan se puso de pie y avanzó despacio hacia ella, con unos andares casi felinos, sosteniéndole la mirada.

—¿Te acuestas con él?

Kati lo miró boquiabierta.

—Escucha, lo que haga o deje de hacer con él o con cualquier otro hombre es asunto mío.

Egan apuró el líquido que quedaba en el vaso y lo dejó sobre una mesita alta, junto al teléfono, acortando la poca distancia que había entre ellos hasta que Kati sintió deseos de retroceder.

—¿Qué tal es en la cama? —le preguntó tomándola por los hombros y sosteniéndole la mirada.

Kati entreabrió los labios.

—Egan...

Las aletas de la nariz del ranchero se ensancharon, y los dedos sobre sus hombros se tensaron.

—Seguro que está blanco como la leche... —farfulló burlón—, como todos los hombres de ciudad.

—Aquí se trabaja en bloques de oficinas; no en las praderas, bajo el sol.

—No, desde luego que no. Aquí faltan árboles, y espacio, y sobra gente. No puedes dar dos pasos sin chocarte con alguien —se quejó Egan—. Yo no podría sobrevivir aquí. Y ahora contéstame: ¿te acuestas con él?

—Eso no es asunto tuyo.

—Es cierto, pero tengo curiosidad por saber... ¿Te hace todas esas cosas que describes en tus libros? —inquirió escrutando su rostro—. ¿Te «desnuda lentamente» para que puedas «sentir cada roce de sus dedos» y...?

— ¡Basta! —exclamó ella azorada, tapándole la boca con la mano.

Egan pareció sorprendido por ese inesperado contacto, y tomó sus dedos, apartándolos unos centímetros, y observándolos unos segundos como si no supiera qué hacer con ellos.

—¿Es ese Jack la clase de hombre que te gusta, Katriane? —inquirió mirándola a los ojos.

—Me... me gustan los periodistas —balbució ella.

—¿Ah, sí? —murmuró Egan, llevándose la mano de Kati a los labios y besándole la palma suave y lentamente, para luego morderle con delicadeza el índice.

—Egan... —jadeó ella nerviosa.

El ranchero introdujo en su boca el extremo del dedo, y lo lamió.

—¿Asustada? —inquirió en un susurro—. Dicen que las mujeres sólo se muestran inquietas con los hombres que creen que pueden llegar a conquistarlas...

Kati se apartó de él, soltando su mano de un tirón.

— ¡Eso quisieras! —le espetó en una voz agitada que no parecía la suya.

Egan se metió las manos en los bolsillos, y se quedó mirándola.

—Creo que eres tú quien lo querrías —replicó—. En fin, nunca se sabe. Quizá un día de éstos te complazca. La verdad es que las vírgenes no me atraen demasiado. En cambio una mujer experimentada me resulta tan... excitante.

Kati sintió que las mejillas le ardían, y se giró sobre los talones, yendo hacia el pasillo. Si se quedaba allí un segundo más le daría un puñetazo. Se fue derecha al baño, echó el pestillo, se desnudó y se metió bajo la ducha, abriendo el grifo del agua fría sin preocuparse de que pudiera despertar a Ada. Necesitaba calmarse.

Kati apenas pudo dormir aquella noche. Cada vez que cerraba los ojos sentía la presión de los dedos de Egan en sus hombros, el contacto de sus labios contra su mano... ¡Cómo lo odiaba!

A las ocho, incapaz de seguir en la cama, se arrastró hasta la cocina, con su camión beige de seda bajo el cual se insinuaban las suaves curvas de su cuerpo, y el cabello revuelto cayéndole sobre los hombros.

Llenó la cafetera de agua con un enorme bostezo, colocó el filtro, le echó tres cucharadas de café y la encendió. Mientras se hacía, puso una sartén en el fuego, le echó un chorrito de aceite de oliva, encendió el quemador, echó las tiras de beicon, y fue a la nevera a sacar la leche y los huevos. Se volvió y empujó la puerta del frigorífico con la espalda para cerrarla, y así, apoyada en ella, con un cartón de huevos en una mano y una botella de leche en la otra, la encontró Egan, que entraba en ese momento por la puerta, vestido únicamente con unos pantalones de pijama.

Se paró en seco al verla, y se quedó mirándola fijamente. Bueno, en realidad ella tampoco pudo evitar echarle una buena mirada. Era justo como se lo había imaginado sin camisa: endiabladamente sexy. Los músculos de su bronceado tórax se ondularon cuando cerró la puerta de la cocina, y los ojos de Kati siguie-

ron la mata descendente de vello rizado que lo cubría hasta el cinturón, tras el que desaparecía. Sus brazos parecían los de una estatua, y sus hombros eran increíblemente anchos.

—Me he despertado hace un buen rato y he intentado volver a dormirme —le dijo Egan—, pero no había manera, así que al final he pensado que lo mejor sería bajar a tomar una taza de café para despejarme del todo.

—Acabo... acabo de poner la cafetera —balbució ella, despegando con esfuerzo la mirada de su cuerpo de atleta, y dejando sobre la encimera los huevos y la botella de leche—. ¿Por qué no te sientas? Ya casi está. Egan entornó los ojos.

—¿No irás a echármelo por encima, verdad?

—No me tientes —contestó ella.

Mientras abría la alacena para sacar otra taza y otro platillo, Egan tomó asiento, y cuando Kati se volvió para poner las tazas con café en la mesa, se lo encontró mirándola de nuevo, y se puso tan nerviosa que un poco del contenido de una de las tazas se derramó por el platillo.

—¿Y tu? ¿Cómo es que te has levantado tan pronto? —inquirió Egan—. ¿No podías dormir?

—No, es que estoy acostumbrada a levantarme temprano y no consigo deshacerme de ese hábito ni en vacaciones —contestó ella—. Además, por la mañana es cuando mejor estoy.

Una sonrisa maliciosa se dibujó lentamente en los finos labios del ranchero y la miró de arriba abajo.

—Ya se ve.

Kati se sonrojó hasta las raíces del cabello, y Egan se echó a reír.

— ¡Me refería a que es cuando me encuentro en mejor forma! —le espetó ella irritada—. Si has acabado de burlarte de mí, ¿por qué no te llevas el café a tu cuarto y te lo tomas allí?

—¿Pretendes que desayune sólo una taza de café? Dime, ¿no es beicon eso que huelo?

— ¡El beicon! —exclamó Kati dando un respingo y volviendo se hacia la sartén.

Se había olvidado por completo de que se estaba friendo y decir que se había puesto crujiente era decir poco.

— ¿No vas a revolver también unos huevos? — preguntó Egan con insolencia.

—Pensaba hacerlo, pero creo que a ti te serviré los tuyos crudos —masculló Kati.

Egan se limitó a reírse, tomando un sorbo de café.

—Me gusta el sushi, y hasta las ostras, pero... ¿huevos crudos? —dijo contrayendo el rostro con asco—.

¿Quieres que prepare algo que hará que te chupes los dedos?

Kati enarcó una ceja.

—¿Sabes cocinar?

—No me insultes, por favor —respondió él levantándose y yendo junto a ella—. Dame una sartén, una bolsa de pan de molde, una tarrina de mantequilla, y el azúcar. Ah, y también canela.

— ¿Sueles ir por ahí dándole órdenes a todo el mundo? —farfulló ella lanzándole una mirada irritada antes de ir por lo que le había pedido.

—Soy el dueño de un rancho —contestó Egan mirándola de reojo mientras ponía en la sartén que le tendió Kati un par de cucharadas de mantequilla—: estoy acostumbrado a que me obedezcan. Además, me gustaba más como eran las cosas antiguamente, cuando los hombres cazaban y las mujeres cuidaban de la casa y tenían hijos —añadió, poniendo tres rebanadas de pan en la sartén, y espolvoreándolas con canela y azúcar.

— Sabía que eras arrogante, pero no que además tenías una mentalidad prehistórica. Eso era esclavitud. Las amas de casa no eran más que mano de obra gratuita. Al menos hoy día las que lo son, suelen serlo por propia elección.

—Di lo que quieras, pero antes las mujeres eran delicadas y femeninas, y en cambio ahora la mayoría sois cargantes, vais por ahí avasallando, y no hay quien trate con vosotras; sois como caballos salvajes — concluyó dándole la vuelta a las tostadas y echándoles azúcar y canela por el otro lado.

—Mira quien fue a hablar... credulidad.

—Sí, pero yo soy un hombre... —respondió Egan mirándola por encima del hombro.

Los ojos de Kati descendieron involuntariamente a su tórax desnudo.

—¿Te has quedado sin palabras para otra réplica?—inquirió burlón.

Pero Kati se negó a picar el anzuelo.

—Se te van a quemar las tostadas —le dijo dándose la vuelta y empezando a cascar huevos en un bol. Egan pasó las tostadas a un plato, doradas y con un olor delicioso, y dejó la sartén encendida para Kati.

—Me gustan bastante hechos —le dijo mientras ponía el plato con las tostadas en la mesa y se apoyaba en la encimera para verla trabajar.

—Pues a Ada y a mí no —replicó Kati. ¿Quién se creía que era?—. Cuando haya acabado puedes batir tú los tuyos y quemarlos si quieres.

Egan se rió, y Kati, que esperaba una puya, alzó el rostro sorprendida y giró la cabeza.

—Como una caja de fuegos de artificio... —murmuró él entornando los ojos y observándola fijamente—. ¿Eres igual de explosiva en la cama?

Kati apartó la vista, concentrándose en los huevos revueltos.

—¿No quieres... ir a vestirse antes de desayunar?—balbució.

Fue un error hacerle esa sugerencia, un terrible error, porque con ello estaba admitiendo que la turbaba verlo desnudo de cintura para arriba. Y por la sonrisa que vio esbozar a aquella bestia arrogante con el rabillo del ojo, estaba claro que él lo había sabido desde el principio. Se alejó de la encimera con pasos lánguidos, y se colocó justo detrás de ella, tan cerca, que Kati podía sentir su calor, y la invadió un angustioso deseo de volverse y acariciar la extensión de su ancho tórax.

Las manos de Egan rodearon su cintura, haciéndole dar un respingo, y la atrajeron hacia él de modo que su espalda quedó pegada contra los duros músculos de su pecho y su estómago. El camión que llevaba puesto era tan fino que era como estar desnuda en sus brazos.

De pronto sintió que los dedos del ranchero descendían hacia sus caderas, acariciándolas, y le tembló la mano con la que estaba revolviendo los huevos.

—Egan, no... —susurró en un hilo de voz.

Notó el aliento de él en su pelo, y los largos dedos se contrajeron sobre sus caderas, para luego moverse hasta su estómago, provocándole un espasmo nervioso, y haciendo que le flaquearan las rodillas.

— Suelta esa condenada espátula y date la vuelta —le ordenó Egan en un tono que no reconoció.

Kati estaba temblando como una hoja, y sólo Dios sabe lo que habría pasado si en ese momento no se hubieran oído pasos acercándose a la cocina y un enorme bostezo. Egan se apartó de ella al instante, y al abrirse la puerta apareció Ada.

### Capítulo 3

AH!, pero si estáis los dos levantados... —murmuró con una sonrisa—. Llegaba hasta mi cuarto el olor a comida y no he podido resistirme a pesar de la pereza que me daba levantarme.

Kati seguía revolviendo los huevos, a pesar de que ya estaban más que hechos.

—Pues vete sentando —le dijo Kati, rogando porque su voz no le sonara a Ada tan temblorosa como le parecía a ella. ¡Maldito Egan...! —, esto estará listo en un periquete.

—Será mejor que me vista —murmuró el ranchero, guiñando un ojo a su hermana al pasar junto a ella—; creo que así pongo nerviosa a «alguien...»

Y salió de la cocina mientras Kati soltaba un improperio entre dientes.

—Ya estáis otra vez por lo que veo... —suspiró Ada con hastío.

—Ha sido él quien ha empezado —masculló su amiga—. Yo no le he pedido que entrara aquí medio desnudo.

—¿Qué? —inquirió Ada parpadeando.

Kati miró a su amiga y contrajo el rostro.

—Dios, es que tiene un cuerpo tan increíble... —farfulló sin poder reprimirse.

Ada se rió divertida.

—Muchas mujeres me han hecho esa confesión, pero nunca la hubiera esperado de ti.

—Se me han debido cruzar los cables; olvídale — dijo Kati sirviendo los huevos revueltos en una fuente—. Creo que será mejor que yo vaya a vestirme también.

—Bueno, pero no tardes o se enfriará todo.

—No, vuelvo enseguida.

Kati corrió a su habitación y justo cerraba la puerta de su dormitorio cuando Egan salía del suyo. ¡Por que poco! Aquélla iba a ser una larga semana. Nunca hubiera imaginado que el hermano de Ada pudiera llegar a tener un efecto semejante en ella. En todos esos años jamás había intentado siquiera coquetear con ella, y de repente, en sólo dos días estaba logrando minar sus defensas, cosa que nadie había logrado en sus veinticinco años de vida.

Cuando regresó a la cocina, Egan y Ada ya estaban sentados a la mesa desayunando.

—Te he dejado leche caliente —le dijo Egan cuando tomó asiento junto a su hermana—. Iba a tomarme una segunda taza de café, pero no quiero aprovecharme sólo por estar de visita.

—Qué amable por tu parte... —masculló ella con una sonrisa forzada, sirviéndose.

—¿A qué se dedica tu novio? —le preguntó Egan de improviso, observándola fijamente.

—Jack no es mi novio, simplemente salimos juntos —le aclaró ella—. Y ya que quieres saberlo, es columnista político en el New York Times.

Egan se recostó en su asiento, y Ada se mordió el labio inferior, mirándolo de un modo aprensivo.

—¿No me digas? —murmuró su hermano—. Pues no parece que haga mucho ejercicio. Porque está un poco enclenque, ¿no?

—No está enclenque —replicó Kati mirándolo airada—, es que trabaja mucho y no tiene tiempo para hacer deporte.

Egan soltó una carcajada despectiva.

—Si yo lo llevara al rancho aprendería el verdadero significado de trabajar duro. No aguantaría ni una semana.

—En eso tienes razón; nadie podría aguantarte más de una semana —respondió Kati con una sonrisa sarcástica—. En cualquier caso, ¿puede saberse qué te importa a ti con quién salga?

—Ésa es una buena pregunta —contestó él. Entornó los ojos, y se dibujó en sus labios una media sonrisa cuyo significado Kati no pudo adivinar—. A lo mejor es que me da pena el pobre. Porque sabe a qué te dedicas, ¿verdad? Debe ser un verdadero infierno para él que todo lo que hace en la cama contigo aparezca publicado en tus libros...

— ¡Egan...! —gimió su hermana disgustada, tapándose el rostro con las manos.

—Eres... eres un... —masculló Kati, temblando de ira—, ¡eres un miserable, un ruin, y un despreciable! —explotó poniéndose de pie y arrojando la servilleta sobre la mesa.

—Vaya, alguien se ha levantado con el pie izquierdo esta mañana... —comentó Egan burlón—. ¿Dónde están tus modales, Katriane? Estoy aquí como invitado y...

— ¡No porque yo lo haya querido! —le espetó ella furiosa—. ¡Antes invitaría a una cobra a desayunar!

—Deberías haberlo hecho —murmuró él—. Seguro que a una cobra no le habrían parecido mal tu beicon quemado, tus huevos medio crudos, y tu café aguado.

Kati lo miró boquiabierta de indignación. ¿Cómo se atrevía? Intentó decir algo, pero estaba tan enfadada que no le salían las palabras, así que se dio media vuelta, salió de la cocina como un huracán, y abandonó el piso antes de que Ada pudiera ir tras ella. Necesitaba aire fresco. Sin embargo, no se había puesto chaqueta y hacía algo de frío a esas horas de la mañana, así que tras dar unas cuantas vueltas tiritando finalmente decidió que tendría que tragarse el orgullo y regresar. No iba a pasar todo el día deambulando por las calles. «Es por Ada», se repitió antes de entrar en el bloque de pisos, «si hago esto es sólo por Ada».

Sin embargo, cuando entró, Egan no estaba allí, y su amiga parecía cansada y avergonzada.

—No lo entiendo, Kati, te juro que no entiendo por qué se comporta así —trató de disculparse por su hermano—. Si hubiera sabido que iba a tratarte de esta manera tan odiosa no lo habría invitado.

Kati tuvo la prudencia de no decirle que ella ya le había advertido que aquello no resultaría.

—No importa, sólo serán unos días más. Lo soportaré —le dijo dejándose caer en el sofá con un pesado suspiro—. ¿Dónde está, a todo esto?

—Me ha dicho que iba a pasar el día con una amiga —respondió Ada—, y que tal vez regrese tarde.

¿Por qué estúpida razón oír el pensar que estuviera con otra mujer hacía que la invadieran pensamientos

homicidas?, se preguntó Kati, profundamente irritada consigo misma.

Para quitarle un poco el mal humor, Ada le propuso que se fueran juntas de compras, y así lo hicieron, e incluso almorzaron fuera, en un pequeño restaurante griego en el centro de la ciudad. No volvieron hasta pasadas las seis, y estaban tan reventadas que tras dejar las bolsas en sus dormitorios se quitaron los zapatos, se prepararon unos sandwiches y vieron la televisión hasta que decidieron que era hora de irse a dormir porque a ambas se les estaban cerrando los ojos.

Egan no regresó hasta la mañana siguiente. Eran casi las diez y media, y Kati estaba sentado en el suelo del salón, rodeada de papeles, páginas y más páginas de su última novela, cuyas correcciones estaba revisando para enviársela al editor. Ada había salido, porque esa mañana tenía unas pruebas para una obra de teatro que iba a empezar a ensayarse en enero, y aunque le había dicho que esperaba volver para el almuerzo, Kati estaba casi segura de que no sería así, porque se presentaba mucha gente, y las pruebas siempre se alargaban, y estaba temiendo el regreso de Egan.

Una hora más tarde llamaron a la puerta, y cuando fue a abrir se encontró con Egan, con la misma ropa que el día anterior, y una expresión divertida en el rostro, como si algo le hiciera mucha gracia.

—¿Has perdido la llave que te dio Ada? —le preguntó Kati.

—No, pero pensé que sería mejor no usarla... no fueras a tener compañía —contestó él.

Kati le habría soltado algo, pero optó por ignorarlo, y tras dejarlo entrar y cerrar de un portazo volvió al suelo con sus papeles.

—Queda café si quieres —le dijo a Egan fríamente sin mirarlo—. Y no me molestes, estoy muy ocupada.

—Oh, no pensaba hacerlo. He venido a darme una ducha y a cambiarme. He quedado para comer.

¿Por qué?, ¿por qué sentía deseos de romper platos?, se preguntó Kati apretando los dientes mientras trataba de concentrarse en lo que estaba haciendo.

Egan se fue por el pasillo y regresó minutos después ataviado con un traje gris perla, corbata a juego, impecables zapatos, y una camisa de seda blanca. Estaba elegante, sexy, increíblemente guapo para ser un hombre tan feo. Si se había vestido así para ir a un almuerzo, pensó Kati frunciendo el ceño, debía ir por lo menos al hotel Waldorf, y seguramente con una mujer despampanante de esas con las que solía salir.

—Ada no se habrá ido preocupada esta mañana, ¿verdad? —le preguntó Egan consultando su reloj de pulsera.

—Oh, no, está acostumbrada: yo paso la noche fuera un montón de veces —mintió ella deliberadamente, alzando la vista.

Habría jurado que los ojos grises del ranchero relampaguearon un instante, pero se dijo que debían haber sido imaginaciones suyas.

Egan la recorrió con la mirada, y Kati bajó la vista nerviosa a sus papeles. El ranchero se acercó a ella, y se inclinó, tomando una hoja al azar y a medida que sus ojos fueron descendiendo de una línea a otra, una sonrisa malévolamente se dibujó lentamente en sus labios.

—No te cortas nada a la hora de escribir estas escenas de cama —murmuró.

Kati alargó el brazo y le arrancó la hoja de las manos, sonrojándose profusamente mientras la metía debajo de la que estaba repasando. ¿Por qué había tenido que ser precisamente esa página la que hubiera leído?, gimió para sus adentros.

—¿Es ahí donde te gusta hacerlo? —continuó picándola Egan, metiéndose las manos en los bolsillos y mirándola fijamente—. La verdad es que nunca he probado a hacerlo en una bañera, pero supongo que...

—¿Te importaría marcharte a donde tengas que ir y dejarme tranquila? —lo cortó ella bajando más la cabeza—. Me importa un rábano dónde lo hayas hecho o con quién, así que por favor, vete a tu almuerzo y déjame con mis «sórdidas» ocupaciones.

—Me temo que sí tendré que dejarte, porque a los corredores de Bolsa desde luego no les gusta que los hagan esperar.

Kati alzó el rostro cuando él se estaba poniendo la chaqueta y dándose la vuelta para dirigirse hacia la puerta.

—¿Corredores de Bolsa? —repitió perpleja.

Egan se giró hacia ella con una expresión extraña.

—Soy un hombre de negocios —le recordó—. Un rancho no es productivo todo el año, y necesito hacer fuertes inversiones para mantenerlo a flote.

—Lo sé —se apresuró a contestar ella—. Es sólo que pensé...

—Que porque he pasado la noche fuera... ¿había quedado con una mujer para una comida de placer? —terminó él su frase, en un tono amenazador.

Kati volvió a lo que estaba haciendo, tratando de ignorarlo, pero no era fácil cuando estaba mirándola fijamente desde sus casi dos metros de altura.

—Te sorprendería saber las razones por las que he pasado la noche fuera, Katriane... —murmuró Egan—. Quizá tengan algo que ver contigo.

Esas últimas palabras hicieron que Kati alzara el rostro hacia él. Sus ojos se encontraron, y sintió como si una corriente eléctrica la recorriera por dentro.

—No esperaba que al tocarte fueras a empezar a temblar —le dijo Egan con voz ronca—. No después de todos estos años siendo enemigos...

—Aún lo somos —le aclaró ella por si acaso, en lo que esperaba fuera un tono convincente de enfado, porque la humillación era demasiado grande.

—Cierto —respondió él fríamente—, y eso es lo que vamos a seguir siendo. No quiero complicaciones.

—Lo mismo digo —masculló ella con aspereza—. Y no te hagas ilusiones —añadió—, si reaccioné así fue sólo porque no me lo esperaba y estaba medio dormida.

En el silencio que siguió los ojos del ranchero escrutaron los suyos.

—¿Tratando de salvar tu orgullo?

Ella lo miró irritada.

—Me gusta mi vida tal y como es, y lo que intentaste ayer por la mañana fue...

—¿Lo que intenté? —se burló él, soltando una carcajada—. ¿Quién está haciéndose ilusiones ahora? ¡Por favor, me gustan las mujeres con una cierta experiencia, pero no las promiscuas!

Kati se puso de pie como un resorte, y estaba a punto de levantar la mano para darle una bofetada cuando la furibunda expresión en el rostro de él la dejó paralizada, como si le hubiera echado un sortilegio.

—Te aconsejo que ni lo intentes —le advirtió Egan—. Una vez me diste una bofetada y no hice nada, pero si vuelves a hacerlo, acabaremos en la cama.

Kati se estremeció de arriba abajo.

—No me acostaría contigo ni por todo el oro del mundo —masculló.

El ranchero sacudió la cabeza.

—¿No te das cuenta de que reaccionamos como un compuesto químico explosivo? Bastaría con un solo beso. Con un único beso saltaría la chispa, y arderíamos en llamas. Es algo que he sabido desde el principio, desde el día que te conocí.

Kati estaba roja como una amapola, y contuvo con dificultad un gemido mientras le daba la espalda y se rodeaba la cintura con los brazos en actitud de protección.

—No te preocupes, chica de ciudad, estás a salvo de mis apetitos —le dijo Egan en un tono burlón—. No estoy tan desesperado, pero no me provoques.

Kati no podía dar crédito a lo que estaba sugiriendo. Para ella él siempre había sido el enemigo, y las cosas iban a seguir igual aunque tuviese que morderse la lengua hasta hacerse sangre. Fue hasta la ventana y se quedó allí, dándole la espalda y observando la calle con la mirada perdida.

—¿Y se puede saber a qué viene ahora ese numerito de chica inocente herida en su pundonor? —la pinchó él sarcástico—. Creía que era mi hermana quien había estudiado Arte Dramático y no tú.

No tenía que interpretar el papel de chica inocente, porque verdaderamente lo era, pero aunque se lo dijera, él jamás la creería. Además, la había dejado aturdida, amenazándola con llevársela a la cama por provocarlo, cuando ni siquiera era consciente de haberlo hecho. ¿Lo había hecho, lo había provocado sin darse cuenta? El que la respuesta pudiera ser «sí» y las razones por las que lo habría hecho la aterraron. Dios, aquello no podía estar ocurriendo... ¡No podía sentirse atraída de verdad por Egan Winthrop!

—Kati... —la llamó él en un tono quedo.

Ella se puso rígida.

—Vas a llegar tarde a tu cita —farfulló ásperamente sin darse la vuelta.

Egan frunció el ceño.

—¿Se puede saber qué diablos he dicho que te ha molestado tanto?

—¿Que qué has dicho? — explotó Kati, apretando las manos como garras en el marco de la ventana—. ¿Me amenazas con llevarme a la cama y me preguntas qué me ha molestado?

Egan parpadeó perplejo.

—No era una amenaza.

Kati lo ignoró por completo, y dándose la vuelta se dirigió derecha hacia el pasillo.

— ¿Quieres dejar de hacerte la ofendida y mirarme? —gruñó él siguiéndola.

Pero Kati había llegado a su dormitorio, cerró y echó el pestillo. Fuera pudo oír una ristra de impropiedades irrepetibles, antes de que los pasos de Egan se alejaran, se cerrara violentamente la puerta de entrada, y el piso se quedara en silencio.

¡Bestia arrogante! ¡Acusarla de ser tan vulnerable a sus encantos que caería rendida en sus brazos y dejaría que la llevara a su cama sólo con que la besara! Gimió furiosa apretando los dientes al recordar cómo había reaccionado ante el contacto de sus manos en su cintura y sus caderas, y sintió deseos de golpear algo. No podía aguantarle un día más, no podía... Si no se iba él se iría ella.

Kati tenía la mitad de la ropa metida en la maleta cuando Ada regresó de las pruebas. Todavía no sabía a qué hotel iba a ir, pero había tomado la decisión y no iba a dar marcha atrás. Sería incapaz de aguantar a Egan un solo día más.

— ¿Qué estás haciendo? —le preguntó Ada vacilante, deteniéndose en el umbral de la puerta de su dormitorio.

—Sacando algunas cosas de los cajones —contestó Kati sin saber cómo decirle lo que tenía que decirle.

— ¿Vas a tirarlas?

Kati sacudió la cabeza y se frotó la nuca.

— ¿Y dónde te las llevas?

—Um... a un hotel.

Ada se apoyó en el marco de la puerta con un suspiro.

—Has vuelto a tener un encontronazo con Egan, ¿no es eso? —murmuró.

— ¿Cómo lo has adivinado? —contestó Kati, esbozando una media sonrisa mientras cerraba la maleta.

—Kati, yo... Sois adultos —le dijo su amiga—, seguro que no es imposible que os llevéis bien unos días. Además, estamos en Navidad, ya sabes, paz en la Tierra y todo eso.

—Es imposible que haya paz entre tu hermano y yo —replicó Kati con vehemencia, apartando un mechón de cabello de su rostro—. De hecho, cuanto más lo pienso, más increíble me parece que tenga a gente trabajando para él en el rancho.

Ada volvió a suspirar.

—Pues aunque te parezca mentira, algunos de los peones llevan años con nosotros. Y con las mujeres no se podía llevar mejor. Todas lo encuentran educado, cortés, atento...

— ¿Seguro que estamos hablando del mismo hombre? —inquirió Kati sarcástica—. ¿Ese tipo grande y feo que lleva aquí dos días y una noche?

Ada meneó la cabeza riéndose.

—Oh, Kati, Kati... Está bien, tú ganas. Me iré contigo. Dejaremos a Egan solo en el piso y yo vendré a verlo. Aunque espero que al menos no te negarás a cenar con nosotros el día veinticinco.

—Pero, Ada —replicó Kati contrariada—, no puedo permitir que hagas eso. Es Navidad, y Egan es tu hermano, y este piso es tan tuyo como mío, y la idea de que viniera aquí...

— ...no era arruinarte las vacaciones, te lo aseguro —la interrumpió Ada suavemente—. Kati, eres como una hermana para mí. ¿Cómo voy a dejar que te marches así? Me sentiría fatal.

Kati se mordió el labio inferior, y bajó la vista hacia la maleta. No podía hacerle algo así a su mejor amiga, y, sin embargo...

—Tal vez si hicieses como si no estuviera aquí... —sugirió Ada contrayendo el rostro.

Kati la miró.

—Resulta algo difícil cuando no hace más que meterse conmigo, lanzándome esas puyas tan crueles. Si supieras las cosas que... —no pudo terminar la frase, y estaba tan azorada que apartó el rostro para rehuir la curiosa mirada de su amiga—. Tiene una idea un tanto... extraña respecto a de dónde saco el material para las escenas de cama de mis libros.

Ada frunció los labios.

—Supon que intento hablar con él —propuso.

Pero Kati sacudió la cabeza con vehemencia.

—Eso sólo empeoraría las cosas —dijo bajando la maleta de la cama y sentándose en ella —se quedó un rato callada y exhaló un pesado suspiro— Me quedaré —murmuró—. No quiero amargarte las navidades.

—Eres un encanto, Kati —le dijo su amiga, esbozando una sonrisa y llevándose las manos al corazón en señal de agradecimiento.

Kati se encogió de hombros y volvió a suspirar.

—No, soy una idiota, pero supongo que es incurable —farfulló—. Si tan sólo me dejara tranquila...

—¿Y si probaras a trararlo como si fuera un completo extraño? —propuso Ada—. A lo mejor funciona. Siempre he creído que el problema es que empezasteis con mal pie.

—Bueno, es una idea —admitió Kati, suspirando por tercera vez.

—Pues claro, y no te cuesta nada probar.

#### Capítulo 4

ERA ya tarde cuando Egan regresó, con cara de pocos amigos, y nada más entrar lanzó una mirada furibunda a Kati, como si ella fuera la culpable de todos los males del mundo.

—Em... te hemos guardado algo de cena, Egan — le dijo Ada.

—No tengo hambre —contestó él malhumorado, sentándose.

—Te traeré un poco de café —dijo Kati con una sonrisa educada, poniéndose de pie.

Egan la siguió con la mirada hasta que desapareció por el pasillito que iba a la cocina.

—¿Se ha dado un golpe en la cabeza? —le preguntó a su hermana.

Ada se limitó a reírse, y esbozó una sonrisa misteriosa.

Al cabo de un rato regresó Kati con una bandeja en la que había colocado tres tazas, platos de postre, tenedores, servilletas, un plato con bizcocho marmolado, la cafetera, una jarrita con leche, y el azucarero.

—He dicho que no tenía hambre —masculló Egan al ver el bizcocho.

—Oh, no lo he traído por ti —le dijo Kati en un tono empalagoso—. Es para Ada y para mí.

Aquello pareció irritarlo aún más. Se irguió en el asiento y tomó la taza de café solo que Kati le tendió, y dio un sorbo.

—Este café está aguado —le dijo, como si estuviera feliz de haber encontrado una razón para meterse con ella.

Kati, sin embargo, no picó el anzuelo.

—¿De veras? —murmuró probando el suyo—. Sí —mintió—, sí que lo está. Iré a hacer más.

—Déjalo, da igual —replicó él con brusquedad.

Kati reprimió una sonrisilla, y fijó la vista en la pantalla del televisor. Estaban viendo una serie de misterio.

—¿Verdad que el protagonista es guapísimo? — suspiró Ada.

—Ya lo creo —suspiró Kati a su vez, con comicidad—. ¿No te lo parece a ti también, Egan? —le preguntó burlona al ranchero, enarcando una ceja.

Egan respondió con un gruñido y tomó otro sorbo de café.

—¿Conseguiste solucionar ese asunto con nuestro agente de Bolsa? —le preguntó Ada cuando hicieron un corte para poner anuncios.

—Sí —contestó él escuetamente. Terminó su café y se puso de pie—. Me voy a la cama, estoy cansado. Buenas noches.

Y se marchó sin mirar siquiera a Kati.

—Qué raro, pero si apenas pasan de las nueve... — murmuró Ada mirando su reloj de pulsera—. Egan nunca se va a dormir tan pronto.

—Será que le remuerde la conciencia por el modo en que me ha tratado —dijo Kati.

—¿Egan?, ¿arrepintiéndose de algo? —contestó Ada—. ¡Eso no ocurrirá hasta que las ranas críen pelo!

En ese momento sonó el teléfono, y Ada alargó el brazo para alcanzar el aparato inalámbrico.

—¿Diga? —al oír la voz del interlocutor su rostro se iluminó—. ¡Es Marshal! —le siseó a su amiga.

Kati se sonrió. El novio de Ada llevaba varias semanas fuera, y en sus ojos podía leerse la felicidad que sentía en ese momento sólo con escucharlo. Se fue con el teléfono al pasillo para que Kati no tuviera que quitar la televisión, pero al cabo de un rato volvió a entrar en el salón con la mano tapando el teléfono.

—Está en la ciudad, y quiere que salgamos mañana a cenar en el Rainbow Grill. ¿Crees que Jack podrá venir? —le preguntó.

—Imposible, sigue en Washington y no regresa hasta el jueves —contestó Kati—. ¿no podría ser el viernes?

—Espera, le preguntaré a Marshal si le iría bien.

—¿Si le iría bien qué? —inquirió Egan, apareciendo en ese momento descalzo, con la corbata en la mano y la camisa medio desabrochada.

—Salir a cenar el viernes por la noche —explicó Ada—. ¿Quieres venir tú también? Tengo una amiga soltera que...

—No me hace falta que me busques citas, Ada — la cortó él con un gesto de irritación—. ¿Has dicho el viernes, no? Le preguntaré a Jennie. ¿A qué hora?

A Kati se le cayó el alma a los pies, y debió reflejarse en su rostro, porque Egan esbozó una sonrisa maliciosa.

—¿Qué pasa?, ¿te molesta que vaya? —le preguntó.

Kati se recordó una vez más que estaba intentando interpretar el papel de anfitriona educada, y que eso implicaba nada de choques, nada de hostilidades, así que apretó los dientes y contestó:

—Por supuesto que no. ¿Por qué habría de molestarme? Cuantos más seamos, mejor lo pasaremos —le dijo con una sonrisa forzada.

Egan enarcó las cejas.

—Dios, creo que tiene fiebre —le dijo a Ada—. Deberías llamar a un médico.

Kati aguantó como pudo la sonrisa.

—Bueno, yo también me voy a la cama. La verdad es que me duele un poco la cabeza.

—¿Pero si es muy temprano! —farfulló Ada—. ¿Vais a ir los dos y me vais a dejar aquí sola?

—¿No querías un poco de paz y tranquilidad? —le dijo Egan.

Ada lo miró, y después miró a Kati.

—Pues entonces me iré a dormir yo también — suspiró encogiéndose de hombros y yendo a apagar el televisor—. En fin, dicen que si duermes un poco más amaneces con mejor cara.

—A algunos no les vendrá mal desde luego — masculló Kati, lanzando una mirada a Egan.

El ranchero se rió entre dientes.

—¿Te parezco feo?

Kati se sonrojó, e involuntariamente sus ojos recorrieron los hoscas rasgos de Egan. No, no era atractivo desde luego, pero por alguna razón no podía apartar la vista de su rostro. Sus ojos se encontraron con los de él, y se quedaron mirándose largo rato en un silencio cada vez más tenso.

—Disculpadme —murmuró Ada, reprimiendo a duras penas una sonrisa maliciosa mientras pasaba entre ellos para dirigirse a su dormitorio—. Que durmáis bien.

Egan resopló, y le preguntó a Kati, mirándola aún fijamente:

-¿Y bien?

Kati, que se notaba la garganta terriblemente seca, tragó saliva. Sus labios se entreabrieron, y Egan los miró ávidamente. Y entonces, de pronto, Kati comprendió que cuando le había dicho que acabarían acostándose si lo provocaba, no había estado amenazándola... ¡la deseaba!

—Yo... estoy cansada —susurró, dando un paso atrás—. Me voy a dormir.

Se dirigió a su habitación, pero antes de que pudiera alcanzar la puerta, Egan le cortó el paso poniéndose delante, extendiendo el brazo, y apoyando la palma contra la pared.

—Esta tarde no estaba amenazándote —le dijo ásperamente—. Estaba diciéndote lo que ocurriría si volvías a provocarme, cómo sería... Porque no puedes estar tan ciega como para no ver la atracción que hay entre nosotros —añadió con voz ronca—. Y con ese Jack jamás llegarás a sentir nada parecido.

Kati se apartó de su brazo.

— Soy feliz con Jack —replicó nerviosa—. Me llevo muy bien con él.

Egan se acercó un poco a ella, lo suficiente como para que pudiera notar el calor de su cuerpo, y su aliento sobre sus cabellos rubicundos.

—Eso no es suficiente —murmuró, la vista fija en los labios de ella.

—¿No... no lo es? —balbució Kati, sin saber lo que estaba diciendo.

Los dedos de Egan acariciaron el cuello de la joven como un suspiro, deleitándose en su suavidad.

—Hueles a rosas —murmuró.

Kati intentó apartar la mano de Egan, pero éste agarró la suya, y la llevó hasta su pecho, haciendo que la introdujera bajo la tela de la camisa, y colocándole la palma abierta contra su cálida piel. Sus músculos tenían la solidez de un muro de piedra, la mata de vello le hacía cosquillas, y la colonia que llevaba estaba mareándola ligeramente.

—¿Has olvidado lo que tienes que hacer, Kati? — inquirió Egan en un tono burlón—. ¿Quieres que te refresque la memoria?

Como si un imán los atrajese, los ojos de Kati subieron hasta encontrarse con los suyos, y ya no pudo apartar la mirada.

— «Ella le arrancó la camisa —murmuró el ranchero—, y pasó los dedos temblorosos por el torso masculino y...»

— ¡No! —lo cortó Kati, reconociendo aquellas palabras como un pasaje de uno de sus libros, y poniéndose roja como la grana.

Tiró de su mano con fuerza, soltándose, y se apartó de él.

Egan se rió, pero había algo extraño en su risa, y sus ojos parecían estar en llamas cuando Kati, sin atreverse a darle la espalda, tanteó detrás de sí, tratando de encontrar el picaporte de la puerta de su dormitorio.

—¿No te pide tu amigo el periodista que le hagas eso? —le preguntó en un susurro—, ¿o es que prefiere lo que va después?

Kati abrió la puerta y entró en su dormitorio, pero cuando iba a cerrarla él se lo impidió.

—Te odio —masculló Kati, temerosa de que Ada pudiera oírlos.

—Eso dices —contestó él con una sonrisa arrogante—, pero salta a la vista que me deseas tanto como yo a ti...

— ¡No soy la clase de mujer que crees que soy! — le espetó Kati furiosa, consiguiendo a duras penas no alzar la voz.

—¿No me digas? —murmuró él en un tono insolente.

— ¡Vete al infierno, vaquero feo y pretencioso! Egan escrutó divertido su encendido rostro. —Antes de conocerte siempre pensé que serías una tímida florecilla, porque mi hermana no hacía más que hablarme de su dulce y tranquila amiga. Fue un verdadero shock.

—Tú tampoco me pareciste precisamente el hermano encantador y comprensivo que Ada me describió —replicó ella.

Egan se rió suavemente.

—Ninguna mujer ha conseguido engañarme jamás —le dijo—, y aunque no hubiera leído tus libros habría sabido igualmente lo que eres. No apruebo ese comportamiento indulgente, pero como ya te he dicho —añadió entornando los ojos y mirándola de arriba debajo de un modo muy sensual—, la verdad es que me excitan las mujeres con experiencia.

—En ese caso vete a buscar a esa amiguita con la que estuviste anoche —masculló Kati acaloradamente.

Egan enarcó las cejas y sonrió mostrando los dientes.

—Hummm... ¿Es que te molestó?

Aquella arrogancia suprema acabó con la paciencia de Kati, que le clavó el tacón en el empeine, y mientras él saltaba agarrándose el pie y maldiciendo entre dientes, aprovechó para darle con las puertecitas en las narices y echar el pestillo.

— ¡Katriane! —rugió él furioso, olvidándose por completo de que su hermana ya se había acostado.

— ¡Adelante!, ¡echa la puerta abajo si te atreves! —lo desafió Kati desde dentro—. ¡Abriré la ventana y gritaré hasta que venga la policía!

Oyó otra ristra de improperios, una puerta abriéndose al fondo del pasillo, la voz de Ada exaltada, reprendiendo a su hermano, y la de Egan, irritado pero conciliador, y minutos después dos puertas se cerraban casi al mismo tiempo. Resoplando, Kati se desvistió, entró en el cuarto de baño, se metió en la ducha y abrió el grifo. Estaba tan enfadada que ni siquiera le importó que el agua estuviera helada.

Por suerte, a la mañana siguiente, cuando Kati se levantó, cerca de las diez, Egan había salido. Jack la llamó para decirle que ya estaba de vuelta, e invitarla a cenar, y ella aceptó encantada. Cuanto menos tiempo tuviera que ver a Egan, mejor.

—¿Tú crees que soy escandalosa? —le preguntó a Jack de repente cuando estaban tomando el postre.

Él la miró anonadado.

—¿Escandalosa?, ¿tú?

—Quiero decir por la clase de libros que escribo —murmuró ella incómoda—. Necesito saberlo.

—Por supuesto que no, qué tontería —repuso él con sinceridad, esbozando una sonrisa—. Eso sería como decir que los escritores de novela negra son asesinos.

—Y tampoco pensarías que por escribir esos libros llevo una vida disoluta, ¿verdad?

Jack se rió.

—Pues claro que no. ¿Qué ocurre?, ¿has estado recibiendo cartas desagradables otra vez? Deberías contratar a un agente que se encargase de leer el correo de tus fans.

—Oh, no, no es eso —replicó ella. Dejó escapar un suspiro y apoyó la barbilla en su mano—. Se trata de Egan.

Jack contrajo el rostro.

—Por favor, no estropees esta noche perfecta —dijo removiéndose en el asiento—. La sola mención de ese hombre haría que a cualquiera se le indigestase la comida. Tiene una mirada capaz de parar un reloj.

—Dímelo a mí —masculló Kati—. Es que no hace más que meterse conmigo por lo que escribo.

—¿Acaso no diferencia entre la realidad y la ficción?

—Más bien creo que no quiere —contestó ella soltando una áspera carcajada.

Jack se quedó mirándola un instante y le tomó la mano, dándole unas palmaditas.

—Bueno, piensa que se irá dentro de unos días —le dijo para animarla.

—Sí, es el pensamiento al que me aferré —murmuró ella, suspirando y tomando un sorbo de agua—. Estoy deseando que llegue Año Nuevo.

Cuando salieron del restaurante fueron a bailar, y Kati logró olvidarse de sus problemas. Con el vestido negro que se había puesto, atraía las miradas de muchos de los hombres que había en la pista. Tenía el cuello de barco, dejando los hombros al descubierto, y una falda con vuelo; y se complementaba con un chal de tul blanco, pero lo había dejado en el asiento para poder moverse mejor.

Cuando regresó al piso, se sentía como si pudiera volar, pero la sonrisa se borró de sus labios cuando entró por la puerta y se encontró a Egan esperándola en el vestíbulo.

— ¿Dónde has dejado a Romeo? —le preguntó burlón—. ¿No lo has invitado a que pasara para tomar una última copa?

Llevaba una camisa de vestir, con las mangas enrolladas y los primeros botones desabrochados, y unos pantalones negros. Era obvio que también había salido, y quizá hubiera vuelto poco antes que ella.

—Mañana tiene que trabajar —contestó ella, preguntándose por qué tenía que darle explicaciones.

Egan levantó la barbilla de un modo arrogante, y fijó sus ojos grises entornados en sus hombros desnudos.

Azorada, Kati se tapó con el chal de tul.

—¿A qué viene esa repentina timidez? —inquirió él, dando un paso adelante.

Kati sintió deseos de salir corriendo.

—¿Dónde... dónde está Ada? —inquirió.

—En su habitación, hablando con Marshal por teléfono —contestó Egan, sin quitarle los ojos de encima—. ¿Por qué? Ya eres mayorcita. ¿No necesitarás que te proteja?

Egan se acercó más a ella y extendió las manos, colocándolas sobre sus hombros. Kati dio un respingo al sentir el contacto de sus dedos, y se quedó paralizada cuando vio que estaba deslizando la tela hacia abajo—

—Egan... —comenzó.

Pero él no le hizo ningún caso. Sus labios cubrieron de besos su hombro izquierdo, dejando a su paso una estela ardiente, y sus dedos la sujetaron por los brazos, hundiéndose en la carne mientras mordisqueaba suavemente su piel de seda.

—Egan, por favor, para... —gimió Kati. Y, a pesar de la protesta, cerró los ojos y arqueó la garganta, como si estuviera invitándole, rogándole que hiciera con ella lo que quisiera.

—¿Por qué quieres que pare? Tú me deseas —le susurró con voz ronca—. Y yo también a ti... Nunca había experimentado nada semejante... ¡Me vuelves loco!

Kati sintió la lengua de Egan lamiendo su garganta, y el borde de sus dientes, dándole pequeños mordiscos, para ir descendiendo poco a poco hacia su escote, en un silencio sólo roto por la agitada respiración de ambos.

—Sabes como el más dulce de los caramelos —jadeó Egan.

Sus dedos le estaban apretando demasiado fuerte los brazos, pero Kati estaba demasiado perdida en las sensaciones que la invadían como para quejarse.

—Oh, Dios... —farfulló Egan.

Sus labios, cada vez más insistentes, habían empezado a subir de nuevo por el cuello de Kati, y en ese momento alcanzaron la mandíbula. Subió las manos, enredando los dedos en sus cabellos, y haciendo que echara la cabeza hacia atrás al tiempo que él se inclinaba hacia ella.

—Te deseo tanto, Kati...

Su boca estaba ya sólo a unos centímetros de la de ella, y Kati le habría dado lo que quisiese, pero antes de que el beso se produjera, el ruido de una puerta abriéndose al fondo del pasillo irrumpió en el tenso silencio.

—Diablos... —masculló Egan.

Sus dedos apretaron la nuca de Kati, y había llamaradas en sus ojos antes de que se apartase de ella, dejándola temblando por el deseo insatisfecho.

—No estoy segura de poder aguantar un solo día más sin ver a Marshal —dijo Ada, entrando en el salón con el teléfono inalámbrico en la mano—. ¿Por qué tendría que buscarme un novio en la marina? Ah, hola, Kati —saludó a su amiga al verla—. No sabía que habías llegado ya. ¿Lo has pasado bien?

—Oh, sí, muy bien —contestó Kati, esbozando una sonrisa con dificultad. Alzó la vista, y al encontrarse sus ojos con los de Egan se puso roja como una amapola. El ranchero bajó la mirada a los labios de la joven, volvió a subirla a sus ojos castaños, maldijo entre dientes y se alejó por el pasillo, entrando en su habitación y cerrando de un portazo.

—¿Qué es lo que le pasa ahora? —inquirió Ada frunciendo el ceño.

—Ni idea —respondió Kati, rehuyendo su mirada—. Dios, estoy molida. Me voy a dormir. Jack y yo hemos ido a bailar y los pies me están matando...

—Pues tienes que estar en forma para el viernes por la noche —le dijo su amiga riéndose—. Que descanses, Kati.

—Tú también —murmuró Kati, dirigiéndose hacia el pasillo de espaldas, y manteniendo a duras penas la sonrisa hasta que por fin se dio la vuelta y entró en su cuarto.

Se dejó caer en la cama porque las piernas ya no la sostenían. Ni siquiera la había besado, y estaba temblando como una hoja. Sólo el cielo sabía lo que podría pasar si volvía a intentarlo y llegaba más lejos. No quería ni pensarlo.

## Capítulo 5

AQUELLA noche Kati tardó muchísimo en dormirse, y a la mañana siguiente se despertó con un dolor de cabeza espantoso, y tuvo que tomarse dos aspirinas.

Egan, por su parte, estuvo el día entero malhumorado, mientras Ada y ella hacían un poco de limpieza. Se había ofrecido a ayudarlas, pero su hermana se había apresurado a decirle que no era necesario, recordándole que era su invitado, aunque luego le dijo aparte a su amiga que le había dicho que no porque era un manazas que rompía lo que tocaba.

Y, así, Egan se pasó todo el día hojeando periódicos, sentado frente al televisor cambiando todo el tiempo de canal, y caminando arriba y abajo como un león enjaulado. Incluso a Kati estaba empezando a darle algo de lástima.

—Vas a acabar desgastando la alfombra —le dijo después del almuerzo, mientras Ada fregaba los platos.

Egan se volvió hacia ella con las manos en los bolsillos y se quedó mirándola.

—Si te la gasto te compraré otra.

—No lo decía por eso —farfulló ella, conteniéndose—. Verdaderamente detestas estar encerrado, ¿eh?

—No te haces una idea. Si tuviera que vivir en la ciudad, me volvería loco.

—Nueva York tiene un montón de cosas que ver —le dijo Kati—: Central Park, la estatua de la Libertad, el Empire State...

—Ya los he visto una vez —contestó Egan—, y me he recorrido todo el centro. Además, lo que quiero no está ahí fuera.

Kati alzó la vista, y se miraron a los ojos un instante antes de que Egan se acercara a ella.

—De hecho, lo que quiero está ahora mismo en esta habitación —murmuró con voz ronca—. Te deseo, Kati, y no tengo intención alguna de ocultártelo.

—Pues yo no... yo no te deseo —replicó ella sin aliento—. Ya tengo a un hombre que...

—A un hombre que ni siquiera puede competir conmigo —la interrumpió él—. ¿De qué tienes miedo? No soy un bruto en la cama. Jamás te haría daño.

Kati se sonrojó profusamente, y tuvo que contenerse para no darle una bofetada.

—Prefería cuando me odiabas —le dijo lanzándole una mirada enfadada.

Los ojos de Egan escudriñaron los suyos.

—¿Crees que te odiaba? —murmuró.

Kati abrió la boca para responder, pero antes de que pudiera hacerlo, Ada, que había terminado de fregar, entró el salón, y se pegó a ella como una lapa hasta que Egan se fue a recoger a la tal Jennie para la cena de aquella noche.

Jack y Marshal, por su parte, llegaron el uno poco minutos después que el otro.

—Estás preciosa —le dijo Jack a Kati, que se había puesto un vestido azul ceñido de terciopelo—. Y me encanta como llevas el cabello.

—Gracias, tú también te has puesto muy elegante. ¿Te acuerdas de Marshal, el prometido de Ada? —le preguntó señalando con la palma abierta al hombre alto y moreno junto a su amiga.

—Sí, claro —dijo Jack tendiéndole la mano—. Me alegra volver a verte, Marshal. ¿Cómo te trata la Marina?

—Bien, bien —contestó el novio de Ada, estrechándole la mano—, no me puedo quejar. Me encanta el mar, aunque a veces echas muchísimo de menos lo que dejas en tierra —añadió, tomando a Ada por el hombro, y atrayéndola hacia sí con una sonrisa en los labios.

—Lo imagino —se rió Jack.

—Bueno —intervino Kati tomándolo del brazo y abriendo la puerta—, pongámonos en marcha o llegaremos tarde.

—¿No esperamos a tu hermano, Ada? Creía que iba a venir con nosotros —preguntó Jack con evidente reticencia.

—Hemos quedado con él y su cita en el restaurante —contestó ella.

—Ah, bien —contestó Jack—. Entonces acabemos con ello cuanto antes —le siseó a Kati con complicidad mientras salían al pasillo—. Los malos tragos es mejor pasarlos pronto.

—No te preocupes —le dijo Kati—, si monta un numerito le echaré la botella de vino por la cabeza.

—Pero, no crees que vaya a hacerlo, ¿verdad? —inquirió Jack espantado.

Kati sonrió y le dio unas palmaditas en el brazo para tranquilizarlo. Jack lo pasaba fatal cuando alguien daba un espectáculo, pero ella desde luego estaría encantada de poder poner a Egan perdido de vino.

—Por supuesto que no, no te preocupes, todo irá bien, ya verás. Lo ignoraremos.

Sin embargo, a Kati le resultó bastante difícil ignorarlo cuando apareció con una despampanante rubia del brazo que iba vestida con un exclusivo y provocador traje de diseño, y cuya primera mirada a Ada y a ella fue como una declaración de guerra.

—Tú debes ser Ada —le dijo dirigiéndose hacia ella con una sonrisa empalagosa.

—Te equivocas de mujer —replicó Kati—. Ella es Ada.

La rubia balbució un «oh», pero inmediatamente volvió a esbozar su falsa sonrisa cuando se giró hacia Ada para saludarla.

—No sabes cuánto me alegro de conocerte. Soy Jennie. Egan me ha hablado tanto de ti. Nos conocemos desde hace años, y siempre que viene a Nueva York salimos... si yo no tengo algún desfile o una sesión fotográfica, claro. Es que soy modelo —aclaró

«Se moría por decirlo», pensó Kati cuando se sentó a la mesa que habían reservado con Jack a su derecha.

—¿No os parece que este sitio es increíble? —dijo Jennie entusiasmada, sentándose a la izquierda de Kati, pero dejando una silla de por medio—. Me encanta el ambiente tan chic que hay. ¿Y verdad que la orquesta es fantástica?

Kati no habría sabido decirle. Estaba demasiado irritada observándola como para prestar atención a la música o a la cantante. Para colmo de males, Egan se sentó en el hueco que la rubia había dejado.

—Permitid que os presente, Kati —le dijo—. Ésta es Jennie Winn. Jennie, ellos son Katriane James y su... acompañante.

Kati le lanzó una mirada furibunda.

—Se llama Jack Asher —le recordó.

—Es un placer —murmuró Jennie—. ¿A qué se dedica, señor Asher? —le preguntó pestañeando con coquetería.

Jack se irguió rápidamente en la silla, el muy chaquetero...

—Soy columnista político, en el New York Times —respondió.

Jennie sonrió.

—¿En serio? Siempre he pensado que no hay nada más sexy que un hombre inteligente.

Kati tuvo que llevarse la servilleta a los labios para ahogar una risita.

—¿Por qué no compartes el chiste con nosotros, Katriane? —inquirió Egan en un tono gélido.

Kati carraspeó.

—Me estaba atragantado —replicó—, y me he tapado la boca con la servilleta porque no es de buena educación toser en la mesa.

—¿Y con qué te estabas atragantando?, ¿con el aire? Ni siquiera hemos pedido las bebidas.

—Egan, cariño, no te sulfures —intervino Jennie, lanzando una mirada de desprecio a Kati—. Después iremos a mi apartamento y te daré uno de esos masajes que tanto te gustan.

Kati sintió deseos de tirarle de los pelos, pero por suerte en ese momento apareció el camarero para tomar nota de lo que querían tomar.

—Yo quiero tomar costillas de primera —dijo Jennie, en su tono de reina de los mares—. Poco hechas.

—Me encantan las mujeres que no tienen remilgos en el comer; no como ésas que sólo toman cuatro hojas de lechuga y agua mineral —comentó Egan, dirigiéndole una sonrisa—. Tomaré lo mismo —le dijo al camarero.

Kati estaba segura de que Jennie era de ésas que acababa de mencionar Egan, porque, ¿cómo iba a mantener esa figura sino?, pero seguramente se saltaba su estricta dieta de modelo cuando salía con él, sólo para complacerlo.

Pidieron los demás y ella, y minutos después el camarero les traía los entrantes. La cena por fortuna se desarrolló sin incidentes, y mantuvieron una charla distendida hasta que, cuando estaban ya tomando los postres, el ranchero se inclinó hacia delante y le dijo a Jack:

—Leí su columna sobre el escándalo de Washington.

—¿De veras? —respondió Jack en un tono cortés.

Egan asintió.

—Me pareció interesante lo que decías del «pájaro» de ese organismo estatal que ha estado asignando fondos del presupuesto sobre el papel que luego no llegaban a sus destinatarios —comentó—. Cada vez me sorprende más la desvergüenza de los políticos... y la indiferencia de la gente.

Jack se irguió en el asiento.

—Sí, bueno, lo que yo no alcanzo a imaginar es cómo esperaba que esto no acabase descubriéndose —dijo, olvidándose de su entrecot a las finas hierbas mientras proseguía con el tema.

Egan estaba tan al tanto como él en el asunto, y todos, excepto Jennie, que parecía más aburrida que una ostra, acabaron escuchando atentamente la interesante conversación entre ambos hombres.

—Está usted muy puesto en política para ser un rancharo, señor Winthrop —le dijo Jack riéndose.

—Me licencié en Ciencias Políticas en la universidad —respondió Egan—. En realidad la ganadería me eligió a mí y no yo a ella. Cuando murió nuestro padre tuve que hacerme cargo del rancho —le explicó encojiéndose de hombros—, pero puedo decirle que no me arrepiento. Además, las vacas se parecen mucho a los políticos, señor Asher —añadió con una sonrisa—: son impredecibles, difíciles de manejar, y a veces endiabladamente irritantes.

Jack se echó a reír.

—Lo imagino.

—¿Podrías dejar de hablar de cosas tan aburridas, por favor? —saltó Jennie exasperada—. Además, Egan y yo tenemos entradas para un musical de Broadway y llegaremos tarde si os pasáis toda la noche de chachara —farfulló con un mohín.

Egan le lanzó una mirada que habría detenido el tráfico, y ella cerró la boca al instante.

—Claro que tampoco pasa nada si llegamos un poco tarde, cariño —le dijo a Egan en un tono conciliador—; siempre podemos entrar en el segundo acto.

Kati alzó la barbilla con cierta animosidad. Si hubiera sido ella a quien la hubiese mirado así, lo habría mandado al infierno, en vez de dorarle la pildora para que no se molestase, y Egan debía estar pensando lo mismo, porque la miró, y al ver el brillo beligerante en sus ojos, una chispa salvaje relumbró en los suyos, y esbozó una sonrisa.

Kati se estremeció, y se llevó la copa de vino a los labios por disimular un poco.

—Jennie tiene razón, sería una pena desperdiciar esas entradas —dijo Egan, llamando al camarero para pedirle la cuenta—. Invito yo —les dijo, dándole su tarjeta de crédito al camarero—. Lo he pasado muy bien, y me he divertido mucho con nuestra charla —le dijo estrechándole la mano a Jack.

—Yo también —le dijo éste.

Y antes de que ninguno pudiera darle las gracias por pagar la cena, el rancharo salía del restaurante con Jennie colgada de su brazo.

—Vaya, y yo que creía que me odiaba... —farfulló Jack asombrado—. Tu hermano tiene una mente portentosa, Ada. Está desaprovechado en ese rancho de Wyoming.

Ada sonrió encantada con el cumplido a Egan.

—Llegaron a ofrecerle una embajada, ¿sabéis?, y conoce a un montón de gente importante en Washington, pero renunció a todo por cuidar de mi madre y de mí.

—No a todo si las mujeres con las que sale son como esa Jennie —murmuró su prometido.

— ¡Venga ya, Marshal! —exclamó Kati—. Por muy guapa que sea, es totalmente superficial y se debía haber echado tanto perfume que yo casi no podía respirar.

Ada esbozó una sonrisilla maliciosa, y Kati se puso roja. Sabía muy bien lo que estaba pensando: que estaba celosa. Pero eso era imposible. ¿Por qué tendría que ponerse celosa de que Egan saliese con otra?

Cuando llegaron al piso él aún no había regresado. Seguro que estaba con ella. No debería importarle, pero por alguna razón el sólo pensamiento hizo que sintiera deseos de asesinar a alguien. Se dio una ducha, se lavó los dientes, y se puso el camisón, pero, en vez de meterse en la cama, se puso a caminar arriba y abajo por su dormitorio, maldiciendo mentalmente aquella irracional atracción que sentía hacia Egan.

Minutos después Ada llamaba a la puerta de su habitación, y entraba con el cabello revuelto y sin poder abrir los ojos.

—¿Te preocupa algo? —le preguntó—. Me he acostado hace rato, pero no hago más que oírte dando vueltas de un lado a otro y no puedo dormir.

—Lo siento —dijo Kati—. La verdad es que no sé qué me pasa —farfulló encogiéndose de hombros y subiéndole a su sitio el tirante del camisón, que no hacía más que caerle.

Aquel camisón siempre le había quedado grande, pero precisamente eso lo hacía más cómodo, y le encantaba dormir con él.

—Vamos, Kati —le preguntó Ada, frunciendo los labios y ladeando la cabeza—, a mí puedes contármelo, soy tu amiga. Además, esto es casi un secreto a voces.

Katriane se sonrojó hasta las orejas y le dio la espalda.

—Perdona, comprendo que te resulte incómodo hablar de ello —le dijo su amiga—, pero es que es imposible no darse cuenta de cómo lo miras, y de cómo él te mira a ti. No es normal que dos personas adultas se peleen todo el tiempo. Algo tan explosivo tiene que... bueno, tiene que haber un sentimiento muy fuerte de fondo que lo provoque, ¿no lo ves?

—Claro que lo veo, odio a Egan. ¿No te parece ese un sentimiento lo bastante fuerte? —replicó Kati, irritada porque ella misma había pensado eso.

—Oh, vamos, ¡pero si es obvio que te gusta...!

Kati cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—Mañana es Nochebuena, y dentro de dos días él volverá a Wyoming, yo a mis «sórdidas» novelas, y los dos estaremos mejor. Tu hermano no quiere ataduras, Ada, y tú lo sabes —le dijo volviéndose con el rostro rígido por las emociones contenidas—. No es el príncipe azul de esos cuentos que acaban en «fueron felices por siempre jamás».

Ada se frotó la nuca.

—Bueno, al principio ningún hombre se quiere casar... hasta que encuentran a la mujer adecuada.

Kati se rió con amargura.

—Y Egan ya la ha encontrado. ¿No te parece que Jennie es la mujer perfecta para él?

Su amiga meneó la cabeza.

—No, es la clase de mujer que busca un hombre para olvidarse de los problemas, eso es todo. Egan es un solitario.

Kati puso los ojos en blanco.

—¿Qué? ¿Ahora vas a decirme que le hicieron daño en el pasado y no quiere volver a arriesgar su corazón porque teme que vuelvan a herirlo?

—No, si te digo la verdad no creo que haya nadie capaz de hacer daño a mi hermano —murmuró Ada—. Sencillamente es imposible, porque no le da las suficientes confianzas a nadie como para que pueda ocurrir. Pero contigo... no sé, me da la impresión de que tú resquebrajas su escudo de hielo.

—Lo dudo. Si sintiera algo por mí no me trataría como me trata —masculló Kati.

—Pero, ¿no te das cuenta? —le dijo Ada—, si te pincha todo el tiempo es precisamente porque le gustas.

—Lo hace porque me desea y eso lo irrita porque me odia —replicó su amiga—, y piensa que soy una especie de ninfómana o algo así. Y no son impresiones mías, es lo que él mismo me ha dado a entender.

Ada la miró horrorizada.

—¿Y tú no le has dicho que está completamente equivocado?

—Lo he intentado varias veces, pero él no me escucha, y no sé ni por qué lo he hecho, porque no le debo ninguna explicación. Me da igual lo que piense de mí. Además, pasado mañana se habrá ido. Si he podido aguantar estos días, bien puedo aguantar un día más —concluyó.

—Pero, Kati...

—Vete a la cama y deja de preocuparte por mí, Ada —le dijo Kati, dándole un abrazo—. Te dije que no te aguaría las navidades, y no lo haré. Que descanses.

Ada se dio por vencida. Sonrió, y se dirigió hacia la puerta.

—Tú también —murmuró antes de cerrar tras de sí.

Sin embargo, Kati no se durmió hasta bien entrada la madrugada. No hacía más que pensar en Egan, que aún no había regresado. Estaría con la rubia, besándola con esos labios tan finos que la habían atormentado tan dulcemente...

No sabía qué hora era, ni qué la despertó, pero pudo sentir la luz del día a través de los párpados, y el aire fresco de la mañana en su piel. Abrió los ojos lentamente, y vio a Egan de pie, junto a la cama, vestido únicamente con un pantalón, el ancho y masculino tórax desnudo, y una taza de café en su mano. Y estaba mirándola... mirándola de una manera que la puso alerta al instante, y frunció las cejas al darse cuenta de que sus ojos no estaban fijos en su rostro, sino en... Bajó la vista, y descubrió azorada que el camisón se le había bajado de un lado durante la noche, dejando al descubierto uno de sus senos.

Sacó la mano de debajo de las sábanas para poner el tirante en su lugar, pero...

—No lo hagas —murmuró Egan con voz ronca, subiendo la vista a sus ojos, abiertos como platos—. No, deja que ocurra.

Kati estaba como hipnotizada por su mirada, y él se acercó, dejando la taza en la mesilla y sentándose a su lado.

Kati se odió por su repentina debilidad, y por el deseo que se despertó en ella al mirarlo. Tenía el cabello revuelto, y la luz que entraba por la ventana hacía brillar la piel bronceada de sus fuertes brazos y su tórax.

Egan también estaba admirándola: la melena desparramada sobre la almohada, como un halo entre rojo y dorado, y las mejillas sonrosadas por la turbación. Colocó las manos a ambos lados de su cabeza, y se inclinó hacia delante, de modo que su tórax descansara sobre el pecho semidesnudo de ella. Kati aspiró hacia dentro ante la sensación de estar piel contra piel con él, nueva para ella, y abrió los ojos como platos.

—Voy a besarte hasta que te sientas mareada —murmuró él, inclinándose más—. ¡Dios, deseo tanto tu boca...!

Y la tomó de un modo tan apasionado que la asustó. Levantó las manos para empujarlo por los hombros y apartarlo, pero cuando sintió el tacto de su piel, y los tensos músculos debajo de ella, no pudo resistir la tentación de pasarlas por sus brazos y otra vez hacia arriba, hasta los omóplatos.

Entretanto, el beso se tornó más sensual, y al cabo de unos segundos Egan despegó sus labios de los de ella y levantó un poco la cabeza para mirarla a los ojos.

—¿Te gusta más así verdad? —le preguntó con voz ronca—. Yo prefiero los besos más salvajes, más ardientes, pero supongo que podría hacer un esfuerzo...

Y volvió a inclinarse sobre ella, posando otra vez la boca en la suya. Kati estaba tensa bajo el peso de su cuerpo, sintiendo cada leve roce cuando él se movía como si la estuviese marcando a fuego. Abrió los labios para permitir que la lengua de Egan se adentrara en su boca, y sintió que le faltaba el aliento y que los latidos de su corazón se aceleraban. Nunca había imaginado que una mujer pudiera sentirse así, a pesar de que era exactamente lo que describía en sus novelas. Claro que ella había sacado esos detalles de otros libros, de las películas, de lo que le habían contado sus amigas... Sin embargo, lo que estaba experimentando con Egan era mucho más. La estaba haciendo arder por dentro, y la azoraba las reacciones involuntarias que estaba provocando en su cuerpo, respondiendo ansiosa a cada estímulo.

—Eso es, cariño... —murmuró Egan, despegando otra vez sus labios de los de ella y levantando la cabeza—. Sí, eso es... —introdujo las manos por detrás de la espalda de Kati, y le susurró—: si quieres mi boca, ven por ella.

Kati, cegada por el deseo, se arqueó y tomó sus labios con los suyos, besándolo con un ansia que compensaba su falta de experiencia. Sintió que la lengua de Egan volvía a invadir su boca, y de su garganta escapó un profundo gemido de placer.

El rancho se apartó un poco, como si aquel sonido lo hubiera sobresaltado, como si no lo hubiera esperado, y sacó una mano de detrás de la espalda de Kati para bajar lentamente el otro tirante del camisón, mientras sus ojos lo seguían en ese descenso, admirando cada centímetro de piel que iba quedando al descubierto.

—¿Me deseas tanto como yo a ti, Kati? —le preguntó quedamente—. ¿Quieres que vaya a echar el pestillo de la puerta?

## Capítulo 6

KATI se quedó mirándolo aturdida. Estaba tan embriagada de él que le habría dicho que sí sin pensarlo, pero sabía que lo que Egan le estaba ofreciendo era únicamente una satisfacción física de su deseo que la haría avergonzarse de sí misma cuando recobrase la cordura.

Como si advirtiera su indecisión, Egan ladeó la cabeza y le dijo con voz seductora:

—Vamos, Kati, ¿no irás a tener dudas ahora?

—No... no podemos... no debemos... —musitó ella.

Egan escudriñó sus ojos castaños largo rato.

—Comprendo —murmuró, mirando hacia la puerta con una sonrisa lobuna—. No estamos solos.

Kati frunció el entrecejo. ¡Pensaba que la presencia de Ada era la razón por la que no quería hacer el amor con él!

Egan se movió ligeramente, y la fricción de la mata de vello de su tórax con el pecho desnudo de ella, hizo que Kati cerrara los ojos un instante y se mordiera el labio inferior para reprimir un gemido.

—Te gusta, ¿no es así? —le susurró él, sonriendo con arrogancia, al tiempo que subía la mano para acariciar uno de los blancos senos, logrando que a Kati se le cortara la respiración.

—Egan, por favor... para... —le suplicó ella, en una voz que le decía todo lo contrario.

—¿Seguro que quieres que pare? —murmuró él. Se inclinó y rozó sus labios con los de ella, mientras sus dedos hacían magia sobre la piel del sedoso montículo, dibujando círculos concéntricos que se acercaban cada vez más al pezón endurecido, que le diría gráficamente hasta qué punto la estaban afectando sus caricias.

—Egan... —jadeó Kati desesperada.

Sus dedos se enredaron en el cabello del ranchero, y de pronto sintió que su cuerpo ya no le pertenecía, que era de él, y que cada centímetro de piel estaba diciéndole «tómame, tómame».

Egan frotó su nariz con la de ella, mientras sus dedos seguían provocándole sensaciones tan deliciosas que estaban logrando desmoronar sus principios, y su sentido común.

—Kati... —le susurró sensualmente, tirándole del labio inferior con los suyos—, toma mi mano y ponla donde quieras.

Aquello era lo más erótico que Kati había oído, soñado, o pensado jamás, y, como hipnotizada, alcanzó la fuerte mano de Egan, colocó la palma abierta sobre el tirante pezón, y la apretó contra él.

— ¡Oh, Dios...! —murmuró hundiendo su rostro en el hueco del cuello de él, temblando de arriba abajo por el deseo que la sacudía.

—Seda... —susurró él con una voz agitada y ronca—, tu piel parece de seda... es tan suave...

Sus labios encontraron los de ella, y la besó con una ternura infinita, haciendo que los ojos de Kati se llenaran de lágrimas, mientras masajeaba su seno y con el pulgar le acariciaba el pezón.

Kati estaba perdiéndose en un mar de placer, abandonándose, cuando de repente Egan volvió a ponerle bien el camisón, la tapó con las sábanas, y se puso de pie.

—Viene Ada —le siseó, dándole la taza de café con manos temblorosas.

Las manos de la propia Kati temblaban, y tuvo que apoyar la taza en su regazo para disimularlo. Segundos después Ada abrió la puerta de su dormitorio sin llamar, y entraba bostezando.

—Buenos días —murmuró sonriéndoles—. Ya está listo el desayuno. Gracias por subirle el café a Kati, Egan.

—De nada —murmuró él, saliendo de la habitación sin mirar atrás.

—¿Otra vez está de mal humor? —farfulló Ada contrayendo el rostro—. Pensé que tal vez haríais las paces si te traía el café... pero parece que me equivoqué. En fin, date prisa en vestirte y bajar. He preparado algo especial —le dijo con una sonrisa, mientras salía y cerraba tras de sí.

Kati se quedó allí sentada, y de pronto empezaron a rodar por sus mejillas lágrimas de frustración por el deseo insatisfecho. Sentía deseos de gritar.

Ada había hecho cruasanes, y una vecina le había regalado una mermelada casera buenísima para untársela, pero Kati no tenía apetito. Se sentía como si tuviera fiebre, y cada vez que sus ojos se encontraban con los de Egan se sonrojaba como una colegiala.

—Anoche debiste estar fuera hasta muy tarde —le dijo Ada a su hermano—. No te oí llegar.

—Jennie me arrastró a una fiesta en casa de unos amigos suyos después del musical —comentó él—. Eran una panda bastante rarita, las «pastillas» circulaban como si fuesen caramelos...

—Y te marchaste —concluyó Ada con certeza.

Egan asintió.

—Sí, y saqué a Jennie de allí conmigo. Protestó y me chilló todo el trayecto de regreso a su apartamento —añadió riéndose—, pero no podía dejarla allí. Ni siquiera sé cómo se le pudo ocurrir llevarme a esa fiesta. Sabe perfectamente lo que opino de esa clase de diversiones.

—Las cosas son distintas en la ciudad, Egan —le dijo su hermana con tristeza—, muy diferentes.

—La geografía no cambia lo que está bien y lo que está mal —replicó él con aspereza.

—Lo sé —asintió Ada—, y a mí esas cosas me gustan tan poco como a ti, pero no me siento con derecho a imponer mi forma de vivir al resto del mundo. Kati y yo nos limitamos a guardar las distancias con la gente que no es de nuestro estilo.

Egan giró la cabeza hacia Kati.

—¿Así que en ese sentido eres una chica tradicional? —le preguntó él, con un sarcasmo con el que no pretendía herirla sino pincharla—. ¿No bebes, ni tomas «pastillas», ni fumas «hierba»?

—Bebo cuando tengo sed —contestó ella pagándole con la misma moneda—, y tomo pastillas cuando me las receta el médico, pero nunca se me ha ocurrido meter un manojo de césped en una pipa y filmármelo.

Egan se echó a reír, y la risa cambió por completo sus facciones, suavizando las duras líneas de su rostro. Por un momento pareció incluso atractivo.

—Vaya, vaya, sí que estamos agudos esta mañana —le dijo.

Kati sonrió.

—Es que comer me agudiza el ingenio.

—Pues yo sé de algo mejor —murmuró él.

Justo en ese instante Kati se estaba llevando la taza de café a los labios, y las palabras de Egan hicieron que se aturdera y se echara el café encima.

—Espera, no te muevas —le dijo Ada poniéndose de pie—. Iré por un paño.

Se fue a la cocina, y Egan se sentó al lado de Kati, secándole el café con su servilleta.

—Lo siento. Escogí un mal momento para hacer ese comentario. Si el café hubiera estado más caliente podrías haberte quemado.

Kati lo miró a los ojos, y fue un error, porque ya no pudo apartar la vista. La mano de Egan con la servilleta se detuvo sobre su rodilla.

—¿Te he dicho ya lo preciosa que eres? —le preguntó en un susurro—. ¿O lo mucho que me excitas?

Kati entreabrió los labios sin poder evitarlo.

—Egan... yo... sobre lo de antes...

—Quiero que lo hagamos otra vez —murmuró él, inclinándose de modo que sus labios quedaron a unos centímetros de los de ella—. Quiero apretarte contra mi cuerpo, tenerte tan cerca de mí que pueda sentir los latidos de tu corazón.

—Pero, Egan, ¿no comprendes que...? —comenzó ella en una débil protesta.

—Me deseas —la interrumpió él—; eso es lo único que necesito comprender.

Era cierto, pero las cosas no eran tan sencillas, y, antes de que pudiera explicarle lo complicadas que eran en realidad, Ada volvió a entrar en el comedor.

Kati acabó de secarse el pantalón con el paño que le tendió su amiga, y fue a cambiarse antes de ir a ayudar a Ada en la cocina como un autómata. Habían invitado a Marshal y a Jack a cenar el día siguiente ya que ninguno de los dos iba a pasar las navidades con su familia, y querían dejarlo todo medio preparado para no tener que pasarse toda la mañana del veinticinco cocinando, y Marshal le había dicho a Ada que, si le daban permiso, esa noche se pasaría también para estar un rato juntos.

Egan se dedicó a ver la televisión y entrar a cada rato en la cocina a darles la lata porque estaba aburrido, hasta que se cansó de estar encerrado y salió a darse un paseo.

Kati suspiró aliviada cuando se hubo marchado. Cada vez que lo miraba después de lo ocurrido aquella

mañana era un auténtico tormento.

Regresó justo cuando estaban empezando los especiales de Nochebuena en la televisión.

—Vaya, cultura... —farfulló cuando entró, y se encontró a Kati viendo un concierto de Navidad retransmitido desde Viena.

—Adelante, búrlate si quieres —lo desafió Kati, sintiéndose joven y llena de vida, porque su corazón saltaba sólo con verlo.

Egan le dirigió una sonrisa sin malicia alguna.

—Me gusta la música clásica —replicó.

—¿Pretendes tomarme el pelo?

—No, es en serio. No soy un entendido, pero me gusta. Además, me es de mucha utilidad como ranchero.

Kati lo miró de hito en hito.

—Me estás tomando el pelo.

—Que no, mujer... —replicó él, dejándose caer en el sillón orejero del que se había apropiado desde el primer día—. Hace tiempo leí un reportaje en el que se hablaba de un experimento que se había hecho y con el que se había descubierto que las vacas dan más leche si escuchan música clásica porque están más relajadas. Yo lo he puesto en práctica, y es verdad que funciona.

Kati se rió con incredulidad.

—Pues no debe salirte barato.

—¿El qué?

—Tener que llevar a una orquesta entera hasta el rancho —respondió Kati con sorna entre nuevas risas.

Egan se contagió de su risa.

—Pequeño diablo... —le dijo divertido, revolviéndole el cabello.

Ada, que salía de la cocina en ese momento, se había quedado observando la escena con una sonrisa en los labios.

—¿Qué ocurre? —inquirió Egan al darse cuenta.

—Nada, nada —se apresuró a responder Ada encogiéndose de hombros y borrando la sonrisilla maliciosa de sus labios.

—¿No iba a venir Marshal? —le preguntó Kati.

—Me llamó a mediodía diciéndome que aún no sabía si le iban a dar permiso, pero, si al final se lo han dado, aparecerá de un momento a otro.

—¿Y Jack?, ¿va a venir? —le preguntó Egan a Kati con cierta tirantez.

Ella meneó la cabeza.

—Esta noche iba a ver a unos tíos suyos, pero mañana sí que vendrá a cenar.

Egan no dijo nada, pero se recostó en el sillón y esbozó una extraña sonrisa de satisfacción.

Marshal llegó minutos después. Tomaron una cena ligera, y pasaron una velada muy amena, tomando ponche, bromeando, y cantando villancicos con Ada al piano. ¡Incluso Egan cantó! Kati no se había sentido tan feliz en toda su vida.

A medianoche, Ada condujo a Marshal bajo las ramitas de muérdago que había colgado del techo cerca del abeto, y lo besó amorosamente, y le guiñó un ojo a Kati antes de ir con él hasta la puerta.

— ¡Voy a acompañar a Marshal al ascensor! —les dijo—. ¡No me esperéis levantados!

— ¡Tened cuidado no os vayáis a caer por el hueco del ascensor! —le respondió Kati entre risas, mientras su amiga y el prometido de ésta desaparecían tras la puerta.

De pronto Egan y ella se habían quedado solos y en silencio. Kati alzó la vista nerviosa hacia él, y el ranchero se levantó y le tendió la mano. Vacilante, ella le dio la suya, y permitió que la condujera bajo el muérdago. Las fuertes manos de Egan la tomaron por la cintura, y la atrajeron suavemente hacia sí.

—Llevo todo el día esperando este momento — murmuró, inclinándose hacia ella.

Kati se puso rígida, pero Egan llevó las manos hasta sus caderas, y rozó sus labios con los suyos de un modo tan delicado, que no pudo resistirse y comenzó a responder. Al cabo de unos segundos, Egan abrió la boca, y ella lo imitó, permitiendo que el beso se hiciera más íntimo, y se dejó envolver por las sensaciones mágicas que despertaba en ella.

—Te deseo tanto... —susurró el ranchero con voz temblorosa cuando despegó sus labios de los de Kati. Ella se echó un poco hacia atrás, tratando de recobrar el aliento. Egan apoyó la frente en la suya, y cerró los ojos, respirando también jadeante. Kati advirtió en ese momento contra sus caderas la prueba de lo que acababa de decirle, y enrojeció hasta las orejas, apartándose de él un poco, como le exigía su recato.

—¿Por qué insiste en interpretar el papel de doncella inocente, Katriane? —inquirió Egan algo irritado—. No tienes por qué fingir conmigo, apartándote como si fueras una virgen asustada...

—Egan, tienes que escucharme... —balbució ella, alzando el rostro hacia él.

—Tengo un apartamento cerca de aquí... —la interrumpió él—, un apartamento que ni siquiera Ada sabe que tengo. Podríamos estar allí en quince minutos, y jamás se enteraría.

Kati no fue capaz de articular palabra. Le temblaban las piernas, y era como si se hubiera quedado afónica de repente.

—Ven conmigo, Kati —le dijo de nuevo el ranchero—. ¿Por qué seguir atormentándonos cuando ambos lo deseamos? Tengo que tenerte...

—Pero es que no puedo... —protestó ella desesperada. Bajó la vista al pecho de Egan, y puso las manos sobre su camisa.

Los dedos de él le apretaron la cintura, bajaron a las caderas, y la atrajo hacia sí en un movimiento impaciente.

—Estás matándome, Katriane —le susurró—. ¿Es que no notas lo excitado que me tienes?

Kati cerró los ojos. No era estúpida. Imaginaba que para un hombre el deseo sería diez veces más insoportable que para una mujer, pero no le iba el «aquí te pillo, aquí te mato», le parecía que aquello sería traicionarse a sí misma, y traicionar los principios que le habían inculcado sus padres.

—Lo siento —murmuró—. Lo siento muchísimo, Egan, pero no puedo...

El ranchero resopló irritado, y Kati se puso tensa, esperando que explotara. La verdad era que no podía culparlo: jamás debería haber permitido que la tocara, ni que la besara; pero, extrañamente, Egan no dijo nada. Aflojó la presión de sus manos sobre sus caderas, dándole la opción de apartarse, y cuando no lo hizo, la estrechó tiernamente entre sus brazos, apoyó la mejilla en su cabeza, y se quedó así, abrazado a ella mientras la respiración de ambos se normalizaba.

Kati le pasó las manos por la espalda, trazando los poderosos músculos bajo la tela y adorando la sensación de protección que la invadía en su abrazo.

Cerró los ojos, y se permitió por un instante el lujo de abandonarse completamente a sus fantasías de cuento de hadas, imaginando que la amaba.

—Podría obligarte —le susurró Egan al oído—, podría arrancar la elección de tus manos.

—Lo sé —asintió ella quedamente, frotando la mejilla contra el pecho de él.

—Esta clase de pasión es un don —le dijo Egan—. Podría darte más placer que el que hayas experimentado con cualquier otro hombre. Y no porque sea un semental en la cama, sino porque tú y yo reaccionamos como dos elementos químicos que causan una explosión cada vez que nos tocamos.

—No puedo, Egan —le reiteró ella débilmente—. Querría... pero no puedo.

El ranchero le acarició amorosamente el cabello.

—¿Es por Jack?

Kati inspiró despacio. Iba a tener que decírselo, antes o después, y no iba a resultar sencillo.

Por fortuna para ella, en ese momento la puerta se abrió, y entró Ada, que se quedó patidifusa al verlos abrazados.

—¿Estáis haciendo un combate de lucha libre? —aventuró—. ¿Quién va ganando?

—Son los efectos del muérdago —murmuró su hermano, señalando encima de ellos con la cabeza—. No me extraña que los druidas lo utilizaran en sus pociones: es una sustancia muy potente... Por su culpa Kati me tiene de rodillas...

—El día que eso ocurra será que tienes fiebre —se rió Ada.

Kati se apartó de él, y Egan no hizo ademán de querer detenerla.

—Justamente, y no digas ahora que he tratado de manipularte dándote un bebedizo —le dijo Kati, siguiéndole la broma.

—Ahora que lo dices, no estoy tan seguro —murmuró él, en un tono extraño.

—No vayáis a empezar a pelearos —les rogó Ada—. Ya pasan de las doce: es Navidad.

—Cierto —asintió Egan—. ¿Dónde está mi regalo?

—A-a... no te lo daré hasta por la mañana —le contestó su hermana con una sonrisa juguetona.

—Aún faltan varias horas —protestó él frunciendo los labios—. ¿Qué me has comprado tú? —preguntó a Kati, girándose hacia ella.

—Tendrás que esperar hasta por la mañana para saberlo —respondió ésta, haciéndose eco de su amiga. Egan enarcó una ceja.

—Odio esperar —farfulló. Y sólo Kati supo a qué se refería en realidad.

—Ah, pero las cosas buenas se hacen esperar —replicó Ada, preguntándose por qué Egan se rió y Kati se puso roja como un tomate.

Se fueron todos a la cama, pero Kati no conseguía conciliar el sueño. Deseaba a Egan, pero era más que eso. Estaba empezando a sentir algo que nunca hubiera esperado que podía llegar a sentir. Empezó a pensar en el día veintiséis, el día en que Egan regresaría a Wyoming, y de pronto le pareció que el mundo se volvería gris cuando él no estuviese, no podía imaginar pasar un día entero sin verlo.

Se incorporó, quedándose sentada en la cama, y miró aturdida hacia el frente en la penumbra. Aquello era sólo una mera atracción física, se dijo tratando de calmarse. No había duda de que lo deseaba hasta la locura, y a pesar de que se conocían desde hacía años, apenas sabía nada de él, así que, ¿cómo iba a estar enamorada de él?

—Enamorada... —murmuró en voz alta en el silencio de su dormitorio. Se humedeció los labios incrédula—. Estoy... enamorada... de Egan... —el sólo decirlo hizo que un cosquilleo la recorriera de arriba abajo.

Cerró los ojos, y recordó el tacto de sus labios cuando la había besado, y el cosquilleo volvió a producirse, como si mil pequeñas plumas la acariciaran, dejándola sin aliento.

¡No!, se dijo volviendo a abrir los ojos, ¡tenía que parar aquello! Egan sólo quería saciar su apetito, y una vez lo hubiera hecho, la tiraría como un zapato usado, y se iría en busca de nuevas conquistas, como Jennie. Un destello de furia brilló en sus ojos castaños. ¡Cómo odiaba a esa mujer!

Se tumbó de nuevo y cerró los ojos. Al fin y al cabo ésa era la clase de mujer que le gustaba a Egan. No le quedaba otro remedio que apretar los dientes y aguantar hasta que se marchase. Luego trataría de recomponer las piezas de su corazón todo, y de olvidarlo. Como si fuera tan sencillo..., suspiró, dándose la vuelta sobre el colchón. Tardó más de una hora en dormirse.

## Capítulo 7

CADA vez que se acordaba del apartamento que le había mencionado Egan, Kati sentía deseos de romper algo. Había dicho que Ada no sabía nada de él, y eso sólo podía significar que lo tenía para llevar allí a sus conquistas, como le había propuesto a ella. No quería ni pensar cuántas habrían sido, y le dolía que para él fuera sólo una más.

A la mañana siguiente, cuando se despertó, se alegró de haberse mantenido firme y haber rechazado su proposición. Egan únicamente quería su cuerpo, pero tal vez algún día encontraría a un hombre que la amara. Sin embargo, aunque ella se había propuesto comportarse con calma y sosiego, parecía que Egan no. Cuando se les unió en el comedor para desayunar, los ojos grises del rancharo recorrieron con una larga mirada apreciativa el chaleco y la falda roja que se había puesto, la blusa blanca de manga larga, y los zapatos rojos de tacón.

—Estás muy navideña —le dijo con una sonrisa.

Kati esbozó una sonrisa lo más neutra posible.

—Gracias.

Permitió que le retirara la silla para sentarse, esperando que Ada ocupase la que estaba a su lado, como solía hacer, pero fue Egan quien ocupó su lugar. De hecho, arrimó tanto su silla a la de Kati, que sus muslos se rozaban cuando él se movía.

Kati no se había sentido tan nerviosa en toda su vida, y maldijo para sus adentros la proximidad de Egan, el calor de su cuerpo, y el olor a bosque de su colonia. Él también estaba ya vestido, con un traje azul oscuro de raya diplomática que le daba un aspecto distinguido y sofisticado.

Además, mientras comía, no hacía más que mirarla. Parecía un militar que hubiese iniciado una campaña cuyo objetivo fuera ella.

Ada advirtió su tensión y sonrió, haciendo que Kati se sonrojara porque sabía muy bien lo que estaba pensando.

Y, para colmo, Ada acabó antes que su hermano y que Kati, y les anunció que iba a darse una ducha rápida antes de vestirse.

—¿Te da miedo quedarte a solas conmigo? —la picó Egan con una sonrisa cuando su hermana hubo salido del comedor.

—La verdad es que sí —admitió ella, alzando la vista hacia él sin poder evitarlo.

Contrariamente a lo que esperaba, Kati observó que los ojos del ranchero la miraban con dulzura, y que la sonrisa en sus labios se había tornado amable.

—¿Por qué? —le preguntó—. ¿Por lo de anoche?

Kati bajó la vista a los finos labios de Egan, recordando su tacto con sorprendente claridad.

—Dejemos de jugar al escondite, Katriane —murmuró él, tomándola por la barbilla para hacer que lo mirara a los ojos—. Puedo esperar... hasta que rompas con Asher,

¡De modo que pensaba que ése era el problema! Por eso estaba mostrándose tan paciente, porque estaba convencido de que estaba acostándose con Jack y se sentiría incómoda si le era infiel...

Se quedó boquiabierta de indignación, y tardó un buen rato en recobrar el habla.

—Egan, yo no...

—Vamos, Katriane... ¿no irás a decirme que no puedes hacerlo? —la interrumpió él riéndose—. Sólo tienes que decirle cómo están las cosas. Lo comprenderá, seguro. Parece un hombre bastante razonable. De hecho, me he fijado en que apenas te toca en público. Casi no te toma de la mano, ni te rodea la cintura... Un hombre enamorado suele mostrar un poco más de osadía.

—Es que... no me gustan las demostraciones públicas de afecto —balbució Kati.

—Ni a mí —masculló Egan—, pero es algo que no se puede evitar cuando dos personas están muy enamoradas: una mirada, una caricia, una mano que no puede soltar otra... Son pequeños signos que se ven, y no veo nada de eso entre Asher y tú.

—Porque Jack es... es muy reservado —insistió ella, cada vez más nerviosa.

—Y tú también lo eres —murmuró él—. Incluso cuando estás a solas conmigo... —se inclinó hacia ella y rozó sus labios con los suyos—. Ada volverá antes de que nos demos cuenta, y a la noche estarán también Asher y Marshal, y entonces no podré hacer esto...

Puso una mano en la nuca de Kati, y enredó los dedos en sus cabellos, y la atrajo hacia sí, tomando sus labios en un beso que poco a poco fue tornándose más apasionado. Cuando despegó su boca de la de ella, un gemido involuntario abandonó la garganta de Kati, y se dio cuenta de que sus manos estaban aferrando la cabeza de Egan.

—No podemos continuar, cariño —le susurró él con voz ronca—: no estamos solos, y ya me costó bastante trabajo dormirme anoche con lo excitado que estaba... Necesitamos un poco de intimidad. Vente conmigo a Wyoming, Kati.

La joven alzó la vista hacia él, abriendo los ojos como platos.

-¿Qué?

—Bueno, dijiste que te hacía falta recopilar información para esa novela histórica ambientada en Wyoming que vas a escribir, ¿no? —le respondió Egan, ladeando la cabeza—. Bien, pues yo podría ayudarte. Vente conmigo. Tomaremos un vuelo mañana por la mañana y te enseñaré todo lo que te haga falta saber sobre cómo se dirige un rancho.

Kati escrutó su rostro. Era más que obvio que estaba refiriéndose únicamente a los planes que tenía para ellos durante el día, porque sus ojos le decían que tenía otros muy distintos para la noche.

—¿Sigues teniéndome miedo? —le preguntó Egan—. ¿Por qué? ¿Acaso crees que te haré daño en la cama?,

¿o es que temes que me vayan las perversiones sexuales, o algo así?

Kati sintió que le ardían las mejillas, y tuvo que bajar la vista, porque no podía seguir mirándolo a los ojos.

—No —musitó—, nunca había pensado en ti como amante.

—A otro perro con ese hueso —le dijo Egan esbozando una media sonrisa—. Estoy seguro de que has estado pensando cada segundo desde ayer por la mañana en cómo sería si hiciéramos el amor, igual que yo — inclinó la cabeza de nuevo y la besó lánguidamente—. Si sólo con tocarnos saltan chispas, imagina cómo será los dos desnudos en la cama, piel contra piel... Si fui un poco brusco fue porque te deseo hasta la locura, pero te prometo que no volveré a ser así, Kati. Seré el amante más tierno del mundo.

—Tú... tú nunca me has parecido tierno —balbució ella—. Más bien al contrario. Siempre te has mostrado bastante brusco conmigo.

Egan apartó un mechón de cabello de su rostro y la miró a los ojos.

—Es por el modo en que escribes —farfulló irritado—, tan... abiertamente.

—Egan, no tengo por costumbre hacer el amor en la bañera con desconocidos, si es lo que piensas —le dijo Kati—. No soy como las protagonistas de mis novelas.

Él se encogió de hombros.

—Puede que no, pero a ningún hombre le hace gracia pensar que está siendo utilizado en la cama como material para una historia de ficción.

Kati enarcó las cejas y abrió los ojos como platos.

—¿Me estás diciendo que crees que yo...? ¿Que utilizo a los hombres para mis propósitos? —Kati sintió que la sangre le ardía en las venas de pura indignación—. ¿Cómo te atreves?

Se levantó de la mesa y dio un paso atrás, mirándolo fijamente mientras hacía un esfuerzo sobrehumano por contener las lágrimas de ira que estaban agolpándose en sus ojos castaños.

—¿Qué te crees que soy, maldita sea, una vampiresa? ¡Lo que escribo sale de la nada! ¡Los personajes están sólo en el papel, y las escenas de amor son inventadas! ¡No se basan en mis experiencias personales con una multitud de amantes!

—Escucha, Katriane... —comenzó él, levantándose, aturdido por su arranque de ira.

—Sigue pensando lo que quieras —continuó ella sin hacerle caso—. No me importa. ¡No me importa nada! Y se giró sobre los talones, y corrió a su habitación, chocándose con Ada en el pasillo.

— ¡Kati! ¿Qué es lo que pasa? —le preguntó su amiga al ver las lágrimas rodando por sus mejillas, y que estaba temblando como una hoja.

— ¡Pregúntaselo al monstruo que tienes por hermano! —le espetó Kati con voz entrecortada, lanzando una mirada acusadora a Egan, que la había seguido, antes de entrar en su dormitorio y cerrar de un portazo.

¡Bonita manera de comenzar el día!, se dijo secándose rabiosa las lágrimas con el dorso de la mano mientras se dejaba caer en un silloncito que tenía junto a la ventana.

Minutos después, cuando salió de su encierro, Egan se había esfumado, pero no el dolor que le habían provocado sus palabras. ¿Podía estar más equivocado sobre ella? Se quedaría muy sorprendido si supiera hasta qué punto era limitada su experiencia con los hombres.

De hecho, las escenas de cama de sus libros eran bastante inocentes comparadas con las de otras novelas rosa. Eran sensuales, sí, pero no podía decirse que fueran muy explícitas. Precisamente por eso podía escribirlas, porque no tenía que entrar demasiado en detalles. ¿Cómo iba a hacerlo cuando lo poco que sabía lo sabía de oídas o por lo que había leído en otros libros?

—Pero, ¿volverá? —le preguntó a Ada cuando ésta le dijo que había salido sin decirle dónde iba.

La hermana del ranchero se encogió de hombros.

—No lo sé. ¿Qué es lo que ha ocurrido, Kati?, ¿qué te ha hecho?

—Sugirió que hago «trabajo de campo» para escribir las escenas de sexo en mis novelas —masculló Kati—, que me acuesto con varios hombres para poder trasladar luego esas experiencias al papel —añadió hundiendo el rostro en sus manos—. ¡No puedes imaginarte lo que me duele que tenga esa opinión de mí!

—¿Y por qué no le dices la verdad?

—Porque... —masculló Kati, apretando los puños y golpeando el aire con ellos—... porque el único motivo por el que se siente atraído por mí es mi «experiencia» —le explicó en un tono quedo, bajando la vista.

Ada la miró boquiabierta.

—Estás enamorada de él... —murmuró, comprendiendo de pronto muchas cosas.

Kati esbozó una sonrisa triste.

—He tratado de luchar contra ello, pero no me ha servido de nada —contestó sacudiendo la cabeza.

— ¡Y pensar que todo este tiempo me has hecho creer que lo odiabas...!

—Y lo odiaba... porque él me odiaba a mí —replicó Kati—, y era mejor, porque ahora no hace más que insinuármeme, y temo que esto acabe descontrolándose, pero no sé qué podría hacer para detenerlo.

Ada suspiró.

—Me temo que lo tienes difícil —murmuró—. Cuando mi hermano quiere algo, no para hasta conseguirlo.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —dijo Kati con ironía—. Me ha pedido que vaya al rancho con él.

El rostro de Ada se iluminó.

—¿En serio?

—No seas tonta, ¡no puedo ir! Si fuera con él se daría cuenta de mi «pequeño secreto», ¿y cómo crees que le caería? Me echaría de allí a patadas.

—O tal vez no.

—No pienso arriesgarme, Ada. Tengo demasiado 'que perder. No, no voy a ir. Con un poco de suerte, quizá cuando se haya marchado descubra que no estaba realmente enamorada de él, y pueda olvidarme de él.

—Pues no querría ser yo quien te quite esa esperanza —le dijo su amiga contrayendo el rostro—, pero viendo lo mal que lo estás pasando, me temo que eso no ocurrirá. Convéncete, Kati, lo que sientes por Egan es algo más que una mera atracción.

—¿Y qué se supone que debo hacer? —gimió Kati desesperada—. Ada, no soy de esas mujeres que tienen romances de una noche; soy demasiado inhibida.

—No cuando escribes —le recordó su amiga con una mirada elocuente.

— ¡Eso es distinto! —replicó Kati—. Cuando escribo soy sólo alguien que cuenta una historia. Además, soy muy distinta de las heroínas de mis novelas: ellas están dispuestas a amar sin reservas, y yo en cambio tengo miedo, me asusta empezar una relación y acabar con el corazón destrozado. Y Egan no quiere ataduras, así que...

—Pues yo empiezo a pensar si no lo dirá sólo de boquilla —repuso Ada—. Esta mañana, durante el desayuno, no te quitaba los ojos de encima.

—Y tú sabes por qué.

—Oh, vamos, Kati. Los hombres y las mujeres son diferentes. Un hombre primero se interesa por una mujer porque se siente atraído por ella, y luego deja que sus sentimientos entren en juego.

Pero Kati no se convencía. Egan le había dejado muy claro lo que pensaba de ella, y era imposible que alguien con una opinión así pudiese sentir algo por ella.

—No sé, Ada —murmuró encogiéndose de hombros y meneando la cabeza—. Lo único que sé es que después de prometerte que no te aguaría las Navidades es precisamente lo que estoy haciendo.

Su amiga fue junto a ella y le dio un abrazo.

—No seas tonta. Egan volverá cuando se haya calmado. Estoy segura de que es consigo mismo con quien está enfadado, no contigo —añadió sonriendo—. Vamos, ánimo; las cosas se arreglarán, ya lo verás.

—No haces más que decirme eso —respondió Kati con una risa triste—. Supongo que debería intentar creérmelo.

Lo tenían ya todo listo cuando llegaron Marshal y Jack, pero antes de cenar se sentaron a charlar y a tomar unas copas.

—¿No vamos a esperar a Egan? —inquirió Marshal cuando Ada se levantó y les dijo que pasaran al comedor.

—Bueno —respondió ella—, la verdad es que no sé a qué hora llegará.

Y, justo cuando estaba diciéndolo, se oyó una llave girando en la puerta del piso y al rato entró en el salón el susodicho.

—Vaya, ¿estabais esperándome? —le dio quitándose el sombrero vaquero y dejándolo sobre la mesita del

salón—. Disculpad. Me he entretenido en el apartamento de Jennie —añadió con toda la intención, mirando a Kati.

Adiós al optimismo de Ada, pensó ella, pero no dijo nada. Ni siquiera lo miró. De hecho, durante toda la velada logró mantenerse tan calmada, que se dijo que se merecía un Óscar por su interpretación. Egan, por el contrario, casi no comió, apenas apartaba la vista de ella, y de sus ojos grises parecían saltar chispas.

—Bueno, odio tener que marcharme ya —dijo Jack después de que terminaran el postre, mirando su reloj, y poniéndose de pie—, pero quiero acercarme a ver a mi primo y su familia antes de que se haga más tarde. Ya vamos quedando tan pocos...

—Sé a qué te refieres —murmuró Ada, y se traslució en su rostro la pena que Kati había intuido debía sentir esas primeras navidades sin su madre.

—Perdona, Ada, no quería ponerte triste —se disculpó Jack, frotándose la nuca.

Ella sonrió y sacudió la cabeza.

—No seas tonto. Feliz Navidad, Jack. Me alegra que pudieras venir.

—Yo también —intervino Kati, evitando los ojos de Egan mientras se levantaba y lo acompañaba a la puerta.

En el vestíbulo, Kati lo ayudó a ponerse la chaqueta, y le dio un beso en la mejilla.

—Espero que nos veamos pronto —le dijo abriendo la puerta.

—Y yo —contestó Jack. Pero en vez de salir se quedó mirándola muy serio—. Kati, ¿te das cuenta de lo que ese gigante ranchero siente por ti? —le preguntó de repente.

Kati palideció.

-¿Qué?

—Durante toda la cena ha estado mirándote como si estuvieran cortándole una pierna, y en un momento dado, cuando te sonreí, pensé que iba a saltar por encima de la mesa para matarme —le explicó riéndose—. Creo que no estaría de más que le dijeras que no hay nada serio entre nosotros. Soy demasiado joven para morir.

Kati se rió también.

—Lo haré. ¿Vendrás a pasar la Nochevieja con nosotras?

—Bueno, por el momento no tengo planes, pero a lo mejor a ti te surge alguno —añadió haciéndole un guiño—, así que creo que será mejor esperar a ver. ¿Te parece?

—De acuerdo. Feliz Navidad, Jack.

—Feliz Navidad, Kati —respondió él, inclinándose para besarla en la mejilla.

Justo cuando estaba levantando la cabeza apareció Egan, con un brillo peligroso en la mirada.

—Estáis tardando mucho tiempo en despediros —farfulló.

—Estábamos... hablando del tiempo —improvisó Jack rápidamente—. Hace un frío de mil demonios ahí fuera. Bueno, pues me voy. ¡Adiós, Kati! Hasta otra, Egan.

Y salió al pasillo, desapareciendo tras la puerta del ascensor con una sonrisa.

Egan tomó a Kati de la mano y cerró la puerta.

—Ya no aguanto más —masculló, agarrándola por los brazos, como si temiera que fueran a salirle alas y huyera de él, volando como un pájaro—. Me estás volviendo loco, Katriane.

—Fuiste tú quien empezó esto —le espetó ella, tratando de no hablar muy alto.

—Pero no era mi intención —replicó Egan en un siseo furioso.

Sin embargo, su expresión se suavizó de repente, y sus manos se destensaron, acariciándole los brazos a través de las mangas de la camisa, y quemándola como si estuviese tocando su piel desnuda.

—Kati, yo... sé que no hago más que arremeter contra ti por cualquier razón, pero esta mañana no pretendía herirte...

El labio inferior de Kati tembló cuando alzó la vista hacia él.

—Y en vez de pedirme disculpas te fuiste con ella —balbució.

Egan se quedó mirándola aturdido, como si le hubiera echado un cubo de agua a la cara, pero sus ojos grises brillaban como dos discos de plata que reflejaran el sol.

—No la he tocado —murmuró con voz ronca—. ¿Cómo habría podido? ¡Es a ti a quien deseo!

Kati abrió la boca para hablar, pero antes de que pudiera hacerlo Egan se había inclinado hacia ella y estaba rozando sus labios suavemente con los de ella. El beso fue volviéndose más sensual, y la respiración de ambos se tornó entrecortada.

Con un ritmo acompasado, la lengua de Egan se adentraba en las profundidades de la boca de ella, se retiraba y volvía a avanzar, una y otra vez, hasta que logró arrancarle un gemido extasiado. Kati sintió que el ranchero se estremecía, y oyó cómo escapaba de su garganta un gruñido apasionado, como si estuviese conteniéndose a duras penas. Despegó sus labios de los de ella, suspirando su nombre, y sus brazos la rodearon como fuertes cadenas, apretándola contra sí de tal manera que casi le hacía daño, pero a Kati no le importaba. Quería estar aún más pegada a él, sin nada entre ellos...

—¿Egan? —llamó Ada de pronto desde el salón—. ¿Kati?

Con la visión ligeramente nublada por el deseo, Kati vio cómo Egan levantaba la cabeza e inspiraba.

—Estamos hablando, ¿de acuerdo? —le dijo en un tono casi normal.

— ¡Oh, perdón! —balbució su hermana—. No era nada, tranquilos.

Egan bajó de nuevo el rostro para mirar a Kati.

—¿Estás bien? —le preguntó en un susurro, al ver sus ojos húmedos.

Kati asintió con la cabeza.

—Sí, sólo... sólo algo... temblorosa —contestó.

Egan tomó sus manos y las puso abiertas sobre su pecho.

—Yo también —le dijo—. Desde la cabeza hasta los pies. ¡Dios, me haces perder la razón!

—No es verdad —farfulló ella apartando el rostro—. Eres un hombre apasionado. Supongo que la mayoría de las mujeres te hacen perderla.

—No soy promiscuo, Kati, soy selectivo. Y sólo alguien muy especial puede hacer que sienta esto que estoy sintiendo ahora mismo.

Si las circunstancias hubieran sido otras, Kati se habría sentido halagada, pero la había herido profundamente.

—¿Has olvidado que soy una mujer impúdica? — le dijo con una risa amarga—¿que seduzco a hombres para conseguir material para las escenas de cama de mis...?

Egan le impuso silencio poniendo las puntas de los dedos sobre sus labios.

—Estaba equivocado —le dijo—. Yo tampoco soy un santo, así que no tengo derecho a juzgarte.

—Egan, si me escucharas... —insistió ella.

—No tienes que explicarme nada —la cortó él—, eso pertenece al pasado; empezaremos de cero. ¿Vendrás conmigo a Wyoming, Katriane?

Allí estaba de nuevo la pregunta que temía como un miura. Lo miró a los ojos, y de pronto supo que su corazón ya había decidido por ella. Notaba como su voluntad iba flaqueando poco a poco, igual que una tela se deshace cuando se empieza a tirar de un hilo. Aquello era una locura.

—¿No... no esperarás demasiado? —inquirió vacilante.

—Por lo que a mí respecta —le susurró acariciándole la mejilla con el dorso de la mano—, sólo vendrías conmigo para recabar información sobre Wyoming y el modo de vida en un rancho para un libro. No espero que me lo pagues... de ninguna manera —añadió, haciendo hincapié en esas palabras—. No te pediré más de lo que estés dispuesta a dar, sin compromiso alguno.

Ella se quedó callada un momento, pero finalmente comprendió que no tenía ningún sentido que siguiera luchando contra sus deseos.

—De acuerdo —murmuró—, iré contigo.

Egan resopló, como si hubiera estado conteniendo el aliento, y la miró largo rato a los ojos antes de besar suavemente sus labios.

—Tengo una piel de oso delante de la chimenea de mi estudio —susurró seductoramente contra sus labios—, y siempre me he preguntado cómo será sentir su tacto bajo la piel desnuda...

Kati tragó saliva, pero antes de que pudiera decirle nada, Egan la tomó por la cintura, levantándola del suelo, y la besó tan apasionadamente que de repente fue como si todo lo que hubiera a su alrededor se desvaneciera y estuvieran sólo ellos dos.

— ¡Ejem! —se oyó a sus espaldas, desde el umbral de la puerta del salón.

Egan la dejó en el suelo con evidente reticencia, y se apartó de ella justo en el momento en que apareció Ada.

—Marshal y yo estábamos preguntándonos si os apetecería veniros a dar un paseo. Con la iluminación navideña las calles del centro están preciosas — les dijo, tratando de no parecer tan contenta como estaba.

— Me parece una idea estupenda —respondió Egan, sonriendo a Kati—. ¿Y a ti?

—A mí también —murmuró ella como si estuviera soñando.

—Estupendo —dijo Ada—. Voy por mi abrigo.

—Oh... Ada... —la llamó Egan, justo cuando se daba la vuelta—. Espero que no te importe quedarte sola en el piso un par de semanas. Me llevo a Kati a Wyoming conmigo.

—¿En serio? —exclamó su hermana sin poder ocultar su alegría.

—Para ayudarla con su nuevo libro —le aclaró Egan frunciendo el ceño.

—Oh, sí, sí, por supuesto —respondió ella, controlando su entusiasmo—. ¿Para qué otra cosa iba a ser?

Kati fue a su dormitorio por su chaqueta, su bufanda y sus guantes, y al salir y cerrar la puerta, se quedó con la mano y la mirada en el pomo. Decididamente había perdido el juicio, pero la perspectiva de pasar dos semanas con él era demasiado tentadora como para rechazarla. Le contaría la verdad cuando estuvieran en el rancho, se prometió... y cruzaría los dedos.

## Capítulo 8

RAMEY, uno de los peones más jóvenes del rancho, fue a recogerlos al aeropuerto. — ¡Eh, jefe!, ¡aquí! —llamó a Egan, agitando el brazo para que lo viera cuando salieron por la puerta de la terminal cuatro.

Kati y Egan fueron junto a él, y el ranchero hizo una presentación rápida:

—Kati, te acuerdas de Ramey, ¿verdad? Ramey, la señorita James va a ser nuestra invitada durante unos días. Necesita recopilar información sobre la forma de vida en un rancho.

—No podía haber escogido mejor lugar —le dijo Ramey a Kati con una sonrisa, tomando su maleta—. Me alegra volver a verla.

Bajaron los tres al aparcamiento, donde Ramey había dejado su cuatro por cuatro, y minutos después estaban ya en la carretera. El paraje nevado por el que estaban atravesando le cortaba a uno la respiración, y después de recorrer unos cuarenta kilómetros se desviaron por el camino vecinal de tierra que conducía al rancho Winthrop. .

—¿No traerá por casualidad un chinook en el bolsillo, ¿verdad, señorita? —le preguntó Ramey al volante, girando un poco la cabeza.

—¿Un qué? —inquirió ella desde el asiento de atrás, frunciendo el entrecejo.

—Un chinook —repitió Egan, que iba en el asiento del copiloto—. Es un viento cálido que sopla aquí en el invierno. Derrite la nieve —se volvió hacia Ramey—. ¿Cómo andamos de forraje?

— Bien —respondió el joven—. Gig dice que aguantaremos.

—Creo que nunca te he presentado a Gig las veces que has venido, ¿no? —dijo Egan—. Es nuestro capataz.

—Casi podría decirse que venía con el rancho —le comentó Ramey a Kati riéndose—. Nadie sabe cuántos años tiene, y nadie se atreve a preguntárselo.

—La respuesta podría asustarnos —intervino Egan riéndose también—. Diablos, la nieve está mucho más espesa que cuando me fui —comentó al ver la dificultad con que avanzaba el vehículo por el camino de tierra, a pesar incluso de que iban por los surcos que Ramey había dejado en la ida. Además, estaba empezando a nevar.

—Irámos más rápido si fuésemos a pie —dijo Ramey.

— O a caballo —asintió Egan, girándose en el asiento y echando una mirada a Kati de arriba abajo—. No te has vestido muy apropiada —farfulló—. Tenía que haber hecho que te cambiaras antes de ir al aeropuerto.

Aunque tenía razón en que el vestido y los zapatos de tacón que se había puesto no eran lo más indicado para ir al campo, a Kati le molestó la forma en que se lo dijo, y estaba a punto de recriminárselo cuando decidió

que era demasiado pronto para empezar una discusión.

—¿No vas a decir nada? —la pinchó Egan, enarcando una ceja—. ¿No vas a quejarte de mi tiránico carácter?

—¿Por qué iba a hacerlo? —replicó ella, resuelta a no picar el anzuelo por mucho que la molestase—. Por si no te has dado cuenta, soy el tacto personificado.

—Oh, sí, sobre todo cuando me dices que me vaya al infierno —contestó Egan divertido.

Kati se sonrojó al advertir la mirada patidifusa que les lanzaba Ramey con el rabillo del ojo.

—Egan y yo tenemos... um... nuestras pequeñas diferencias —dijo, tratando de explicarse.

—Lo recuerdo, señorita —murmuró Ramey, riéndose suavemente.

Y Kati recordó que el hombre no había andado muy lejos cierto día que habían discutido cerca de los establos la última vez que había ido a pasar unos días allí con Ada.

Minutos después entraban en el rancho, y Ramey los llevó hasta la casa. Kati vio salir al porche a la anciana empleada del hogar, Dessie Teal, para recibirlos.

Ramey se bajó del vehículo y sacó el equipaje de ambos del maletero, llevándolo dentro, mientras Egan se apeaba también y abría la puerta de Kati, alzándola en volandas.

—Puedo caminar —protestó ella, que no había esperado que hiciera aquello.

—¿Con esos zapatos de tacón piensas caminar por la nieve? —le espetó Egan mientras la llevaba hacia la casa—. Espero que metieras en la maleta ropa más apropiada.

—He traído botas, vaqueros y jerséis de lana. ¿Te parece bien?

—Sí, eso está mejor.

En cuanto la dejó en el suelo de madera del porche Dessie corrió a abrazarla.

—Si no lo veo no lo creo —gritó mirándola primero a ella y luego a Egan—. Y ninguno de los dos tiene un solo araño.

— No nos peleamos todo el tiempo —protestó Egan—. Kati ha venido a recabar información para una novela sobre Wyoming en la época de las colonias —añadió, cambiando de tema, y desafiándola con la mirada a interpretar esa visita de cualquier otro modo.

Dessie, que lo conocía bien, se dio por enterada.

—¿Una novela sobre los tiempos del viejo Oeste, eh? —murmuró conduciendo a Kati dentro—. Pues no dejes de ir a hablar con Gig. Sabe más que cualquier libro. Su padre luchó en Johnson County.

Kati le preguntó cuál había sido el motivo de ese enfrentamiento, y recibió una lección de historia de Wyoming de casi quince minutos, con referencias incluidas a las escaramuzas entre los criadores de vacas y los criadores de ovejas, y a los duros inviernos de Wyoming.

Más tarde, cuando Kati ya había subido su maleta a la habitación de invitados y se había cambiado, volvió a bajar, y como Egan había ido a los establos para hablar con Gig, fue con Dessie a la cocina por si podía ayudarla en algo. La mujer le dijo que ni hablar, que acababa de llegar, y le sirvió una taza de café que Kati se tomó sentada en un taburete mientras veía trabajar a la mujer, preparando un asado al horno.

—¿Cómo es que de pronto Egan ya no está tratando de ponerte la zancadilla constantemente? —inquirió Dessie curiosa.

—Es que está tratando de llevarme al huerto —respondió Kati sin rodeos, sonriendo maliciosa cuando la mujer se sonrojó.

—Me merecía esa respuesta —protestó la mujer, echándose a reír—. Vaya una pregunta tonta... Pero en fin, ya que la he hecho, te haré otra: ¿vas a permitirselo?

Kati meneó la cabeza.

—No es así como me educaron —respondió—. Supongo que estoy algo anticuada, pero... —concluyó encogiéndose de hombros.

—Haces bien —dijo Dessie con vehemencia—. La verdad, no sé en qué piensan las chicas hoy en día. Cuando yo era joven, no dejabas que un chico te tomase de la mano antes de la tercera o cuarta cita, y ahora en cambio en la primera ya están metiéndose en la cama con ellos. No me extraña que ya no haya relaciones duraderas. Si tomas bombones todos los días acababas cansándote de ellos. Al menos así es como yo lo veo.

—Deberíamos unirnos a alguna congregación religiosa de clausura —le dijo Kati entre risas—. No per-

tenecemos al mundo moderno.

—Y yo ni siquiera estoy en él —dijo Dessie con una sonrisa—. No creo que haya nada más primitivo que la vida en el campo, a pesar de todos los chismes eléctricos que Egan me compra para cocinar y con los que no me apaño.

—¿Es verdad que en un principio Egan no quería ser ranchero? —inquirió Kati, tomando otro sorbo de café.

—Bueno... pienso que más bien no sabía exactamente lo que quería —contestó Dessie—. La política lo fascinaba, pero también los negocios, y en el fondo eso es lo que es un rancho hoy día, un negocio.

—¿Y es feliz? —le preguntó Kati.

—No, no lo creo —respondió la anciana con un suspiro—. De hecho, me da la impresión de que se siente solo. Sobre todo desde que murió la señora. Ya no tiene a nadie excepto a la señorita Ada.

Kati sintió una punzada de lástima en el pecho.

—No tan solo —murmuró, queriendo convencerse—. No es... guapo, pero tiene algo que atrae a las mujeres —añadió recordando a Jennie.

—No a la clase de mujeres adecuadas —replicó Dessie—, ninguna que haya podido traer al rancho... hasta ahora.

Kati se sonrojó hasta las orejas.

—Bueno, ya estoy aquí —dijo Egan, entrando por la puerta de la cocina en ese momento—. ¿Hablando de mí a mis espaldas? —murmuró al ver el rubor en las mejillas de Kati y la expresión de sorpresa en el rostro de Dessie.

—¿Acaso hay alguien más de quien hablar? —le espetó la anciana exasperada, lanzando los brazos al aire y poniéndolos en jarras—. Están Gig, Ramey y los muchachos, por supuesto, pero no hay nada interesante en su vida sobre lo que chismorrear.

Egan sacudió la cabeza y resopló.

—Supongo que no. Tú y tus argumentos lógicos... —se quitó el abrigo y el sombrero—. ¿Qué hay para cenar?, me muero de hambre.

—Tú siempre estás muerto de hambre —replicó Dessie—. El asado aún no está listo, pero queda un poco de pavo trinchado en la nevera..., las sobras de mi solitaria cena de Navidad de ayer —añadió en un tono trágico.

—Estupendo —respondió Egan, ignorando su queja—. ¿Lo pasaste bien? —preguntó para pincharla.

— ¡Te he dicho que cené sola! —rugió la mujer. —¿Entonces no tuviste compañía? —siguió pinchándola Egan, con una sonrisa.

— Sigue tomándome el pelo... —le advirtió Dessie—, y tendrás que hacerte tú la cena.

Egan se rió y le guiñó un ojo a Kati, que estaba mirándolo como si fuera la primera vez que lo viese. Y es que, de pronto estaba viendo una cara de él que jamás había imaginado que pudiera existir: un Egan bromista, y que parecía estar en su ambiente, allí en las montañas.

—¿Sabes?, de repente te veo distinto —comentó abstraída, observándolo.

Egan enarcó una ceja y sacó la bandeja de pavo, el bote de mayonesa, y un cogollo de lechuga del frigorífico.

—¿En qué sentido? —inquirió.

—No será en el físico —intervino Dessie con la insolencia que le permitía su familiaridad con él—. Sigue teniendo la misma cara de ogro que siempre.

—Céntrate en tus asuntos, Dessie —le dijo Egan con una sonrisa forzada.

—Oh, usted perdone, «bwana» —contestó la mujer burlona, haciendo una reverencia—. Voy a la despensa por unas manzanas. Estaba pensando que podría hacerte pastel de manzana, ya que es tu favorito, aunque no sé si te lo mereces —farfulló desapareciendo tras la puerta de la cocina.

Egan se rió.

—Si me das el pan te haré un bocadillo a ti también —le dijo a Kati.

—¿Dónde lo guardáis?

—Allí, en la panera que hay en el rincón.

Kati se levantó y fue hasta el rincón, pero antes de que pudiera volverse Egan estaba detrás de ella.

—Has caído en la trampa —murmuró, haciéndola girarse y apoyó las manos en la pared, impidiéndole huir, y apretó su cuerpo contra el de ella.

Aunque Kati abrió la boca para decir algo, no pudo hacerlo, ya que los labios de Egan tomaron los suyos antes de que tuviera tiempo de articular una sola palabra. La boca de Egan estaba fría porque había estado fuera, pero en cuestión de segundos el ardiente beso logró calentarla, y de su garganta escapó un intenso gemido.

Kati notó cómo su lengua se abría paso entre sus labios, y abrió los ojos, encontrándose con los de él cerrados, y el ceño fruncido como si estuviera concentrándose en el placer que estaba experimentando. Sin embargo, él debió notar que lo estaba mirando, porque sus párpados se levantaron despacio, y sus ojos se encontraron.

—Eso sí que puede resultar excitante —murmuró despegando sus labios de los de ella lo justo para poder hablar—. Nunca he mirado a una mujer mientras la beso...

Y, al momento de decirlo, volvía a tomar su boca sin cerrar los ojos. Poco a poco el deseo fue haciendo mella en Kati, y de pronto, sin saber cómo, descubrió que sus dedos estaban jugueteando con un botón de la camisa de Egan.

Jamás hasta entonces había sentido ganas de tocar la piel de un hombre, pero en ese momento el solo pensamiento estaba consumiéndola. Siguió acariciando el botón mientras lo besaba, debatiéndose sobre qué hacer, considerando los riesgos. Egan ya parecía bastante excitado como para empujarlo más allá, y no estaba segura de poder detenerlo si él perdía el control sobre sí mismo.

Egan levantó la cabeza y bajó la vista a los dedos de Kati.

—¿Siempre te muestras así de insegura con un hombre, o es sólo conmigo? —le preguntó en un susurro—. Tócame si es lo que quieres, Kati. No voy a perder la cabeza y a hacerte el amor sobre la mesa de la cocina. No había un ápice de romanticismo en aquello, y Kati no pudo evitar sentirse dolida, por mucho que supiera que lo único que podía esperar de él era algo físico. Se apartó de él con el rostro pálido.

Egan maldijo entre dientes, observando cómo Kati sacaba el pan de la panera y unos platos de la alacena, para luego dirigirse a la mesa y empezar a cortar el pan de pie.

—¿Qué es lo que quieres de mí, maldita sea? —masculló irritado.

Kati inspiró, tratando de mantener la calma.

—Me bastaría con un poco de respeto. No es pedir demasiado, creo yo —le dijo untando mayonesa en un pan mientras las lágrimas se agolpaban en sus ojos castaños—. No soy una furcia, Egan Winthrop.

El ranchero vio cómo una lágrima rodaba por la mejilla de Kati. Se colocó detrás de ella en silencio, y le puso las manos en la cintura, atrayéndola hacia sí.

—No llores, Katriane...

— ¡Suéltame! —casi le gritó ella, revolviéndose y apartándolo de ella.

Se secó las lágrimas irritada, untó mayonesa en el otro pan que había cortado, y fue al fregadero a enjuagar el cuchillo. Cuando se dio la vuelta, Egan se había sentado a la mesa y había acabado de hacer los bocadillos. Tomó asiento frente a él y comieron en silencio. «¡Estúpida!», se increpó, sintiendo deseos de abofetearse, «¿por qué? ¿por qué tuviste que venir con él?»

En ese momento regresó Dessie, que puso los ojos en blanco al verlos.

—Os dejo solos cinco minutos y empezáis una guerra.

Egan dejó a medias el bocadillo, se levantó, y fue a ponerse de nuevo el sombrero y la chaqueta.

—Tengo trabajo que hacer.

Salió de la cocina, y al cabo de unos segundos se oyó un portazo en el vestíbulo.

Kati secó nuevas lágrimas que se empeñaban en aflorar incesantes de sus ojos castaños, y Dessie farfulló algo ininteligible entre dientes, sentándose a su lado con un suspiro y empezando a pelar manzanas. Un rato después se levantó sin decir nada, sacó otro bol y otro cuchillo y tendió ambos a Kati.

—Anda, chiquilla, pela conmigo —le dijo con una leve sonrisa, retomando su asiento—. Mantenerte ocupada te ayuda a no darle vueltas a la cabeza.

—La mía no debe funcionar bien —contestó Kati tomando una manzana y empezando a pelarla con el ánimo en los pies—. Si no, no habría salido de Nueva York.

Capítulo 9

DESPUÉS de aquel episodio, Egan se tornó distante. Se comportaba como el perfecto anfitrión, correcto y educado, pero todo el tiempo se mostraba tan frío como la nieve que caía fuera.

Kati se dijo que si eso era lo que quería, le pagaría con la misma moneda, así que hizo como él, comportarse educadamente, y mantener las distancias.

En los días que siguieron no se produjeron nuevos encontronazos entre ellos, pero Kati echaba de menos al hombre con sentido del humor que apenas había empezado a descubrir. Por lo menos estaba consiguiendo mucha información para su libro, se dijo, tratando de consolarse. Las historias de los hombres del rancho eran muy interesantes, y pasaba bastante tiempo conversando con ellos, yendo de aquí para allá con su cuaderno de notas, pero cuidándose siempre mucho de no interferir en su trabajo, como Egan le había pedido.

Las cosas habrían seguido bien, si Ramey no la hubiera invitado una tarde a un baile en el pueblo más cercano. Egan estaba a unos pasos cuando le preguntó si querría acompañarlo, y antes de que ella pudiera abrir la boca para responder, Egan se acercó y le dijo a Ramey: «no, gracias», como un animal en celo echando a otro macho de su territorio.

—Si has acabado de molestar a los hombres —le dijo a Kati en un tono áspero—, necesitan descansar.

Kati se sonrojó.

—Yo... no sabía que estuviera siendo una molestia... —balbució.

— ¡Vamos, jefe! —protestó Ramey—, la señorita no nos molesta en absoluto...

Los demás hombres del barracón lo secundaron ruidosamente.

—Buenas noches —les dijo Egan, en un tono gélido.

Abrió la puerta y la sostuvo para que Kati saliera. Ella, comprendiendo que era inútil intentar hacerlo entrar en razón, miró a Ramey, se encogió de hombros, se despidió de los muchachos deseándoles buenas noches con una sonrisa, y salió del barracón a la fría nieve.

Iba a dirigirse a la camioneta que ella misma había conducido para llegar hasta allí, pero Egan la agarró del brazo.

—Por aquí —le dijo, llevándola al lugar donde tenía aparcado su cuatro por cuatro.

Cuando estuvieron dentro del vehículo, Kati decidió volver a intentarlo:

—No estaba molestando a los hombres —se defendió—. Me dijiste que podía hacerles preguntas si no interfería en su trabajo...

—Sí, pero no dije que pudieras acostarte con ellos —gruñó él.

— ¡Eres un...! ¿Cómo te atreves? —explotó Kati, queriendo arañarlo, y con los labios temblándole por la ira—. ¿Cómo te atreves a acusarme de algo así?

—Ramey te estaba pidiendo una cita —masculló él, poniendo el vehículo en marcha.

—Sí, y pensaba decirle que no —replicó ella irritada—. Es un buen chico, pero...

—Pero no lo suficientemente experimentado para satisfacer a una mujer como tú, ¿verdad? —inquirió él, sonriendo con insolencia.

Kati resopló furiosa. Estaba empezando a estar más que harta.

—¿A qué te refieres exactamente cuando dices «una mujer como yo»? —le preguntó con toda la intención.

—¿Qué crees tú que quiero decir? —replicó él enarcando las cejas con ironía.

Kati apretó el bolígrafo y el cuaderno en sus manos y miró hacia delante, fijando la vista en la oscuridad fuera del vehículo.

—¿No vas a responder nada?

—No tengo por qué seguir aguantándote. Mañana mismo me vuelvo a Nueva York.

—Ya lo creo que no.

—¿Y qué es lo que vas a hacer?, dime, ¿atarme de pies y manos encerrarme en uno de los refugios del rancho y abandonarme allí hasta que cambie de opinión?

Egan frunció el entrecejo.

—¿Quién te ha hablado de los refugios?

Era algo que no todo el mundo sabía. En los grandes ranchos se construían pequeñas cabañas o refugios para que los peones a los que les sorprendiera una tormenta pudieran refugiarse en la más próxima, y en las que se almacenaban víveres y leña para varios días, por si se quedaban aislados por la nieve.

—Gig —respondió Kati.

—Gig apenas cruza dos palabras con nadie —replicó él—, ni siquiera conmigo,

—Pues conmigo sí —le espetó ella, alzando la barbilla—, ¡pero supongo que ahora también irás a acusarme de haberme acostado con él para sacarle información!

Egan se quedó mirándola fijamente, muy serio, y de pronto las comisuras de sus labios se curvaron en una sonrisa.

—No creo que te gustara: sólo se ducha una vez al mes.

La sonrisa de Egan era contagiosa. Estaba enfadada, se recordó Kati, muy enfadada..., pero finalmente no pudo evitar acabar estallando en risas, y él se unió a ella.

Cuando se hubieron calmado, Egan se giró hacia Kati, y le dijo después de mirarla largo rato en silencio:

—Si dejas de meter la pata y cierro esta boca que tengo cuando deba... —le propuso—, ¿crees que podríamos llevarnos bien el resto del tiempo que estés aquí?

Kati suspiró.

—La verdad es que no creo que sea posible, Egan —murmuró—. Ni siquiera me concedes el beneficio de la duda.

—He leído tus libros —le recordó él.

—¿Y qué tiene que ver eso? ¿Cómo crees que Edgar Rice Burroughs escribió TarZán de los monos? le espetó ella incrédula—, ¿crees que se fue a la selva, a saltar de un árbol a otro en liana? ¡Ni siquiera había estado en África!

Egan detuvo el cuatro por cuatro frente a la casa y apagó el motor.

—¿Pretendes decirme que una mujer puede escribir la clase de libros que tú escribes sin haber hecho jamás el amor? —le dijo riéndose con sarcasmo—. A otro perro con ese hueso. No soy idiota, Katriane.

—Eso depende de cuál sea tu definición de idiota —contestó ella irritada—. Porque, según la mía, te comportas como tal-.

—Sólo cuando me besas de esa manera tan sensual... —murmuró Egan, sonriendo malicioso—, y cuando intentas quitarme la camisa...

Kati lo miró furibunda antes de darle la espalda, girándose hacia la ventanilla.

—Está bien, está bien... Siento lo que te dije en la cocina. ¿Enterramos ahora el hacha de guerra?

—Quiero que te quede algo muy claro —le dijo ella volviéndose en el asiento, y levantando el índice en señal de advertencia—. Por lo que a mí respecta, sólo estoy aquí para obtener información para mi novela, no para que se aprovechen de mí.

—Eso díselo a Ramey; era él quien quería llevarte al huerto —le dijo Egan, soltando una carcajada.

—¿Y acaso tú no? —lo acusó ella.

—No, yo quería llevarte a la cama. No es lo mismo.

—¡Vete al infierno! —masculló Kati. Alargó la mano hacia la manilla de la puerta para bajar del coche, pero Egan la retuvo.

—Katriane... ¡espera! Ella se quedó quieta en el asiento pero no lo miró.

—Te deseo, no he intentado ocultártelo —le dijo Egan—, y sé que tú también me deseas a mí... Tendremos que darnos un poco más de tiempo, eso es todo. Estoy dispuesto a esperar.

—Pues espera sentado. No voy a acostarme contigo-

—Ya lo creo que sí.

—¿Estás amenazándome? —le preguntó Kati, mirándolo a los ojos y cruzándose de brazos.

—No, estoy constatando un hecho —contestó él sonriendo—. Acabarás suplicándome que te haga el amor.

— ¡Sigue soñando! —le espetó ella furiosa.

Egan se bajó del vehículo, y antes de que los pies de Kati tocaran el suelo, había rodeado el cuatro por cuatro

y estaba tomándola en brazos.

— ¡Suéltame! —chilló ella, pataleando y golpeándolo en el pecho—. ¡Bájame!

Pero Egan no la soltó.

—Deja ya de revolverte —le dijo muy calmado mientras caminaba hacia la casa con ella en volandas—. Llevamos días evitándonos. Sólo quiero besarte y estrecharte entre mis brazos.

Aquellas palabras la enternecieron, porque eso era precisamente lo que ella quería, y dejó de luchar, rodeándole el cuello, mientras permitía que la llevara dentro. Para cuando Egan empezó a subir las escaleras con ella en brazos, había apoyado la cabeza en su pecho, escuchando el ritmo acompasado de los latidos de su corazón.

—No hemos hecho esto desde que salimos de Nueva York... —murmuró Egan, llevándola dentro del estudio y cerrando con pestillo.

Kati se notó la boca seca cuando él la depositó en el suelo, y observó como hipnotizada cómo se quitaba el sombrero y la chaqueta y los arrojaba sobre el sofá, para hacer lo mismo con los guantes, el abrigo y la bufanda de ella.

—No más juegos, Katriane —le dijo quedamente—. No voy a hacerte daño, pero no te asustes si me dejo llevar un poco por la pasión. Llevo demasiados días soñando con este momento.

No podría haber habido mejor momento para decirle la verdad, pero antes de que Kati pudiera siquiera articular palabra, Egan la sorprendió tomando uno de sus senos en su boca abierta. Sin poder reprimirse gimió, tanto por la oleada de placer que la invadió, como por lo íntimo y turbador que resultaba aquello incluso a través de la ropa.

Egan succionó suavemente, y Kati cerró los ojos, conteniendo el aliento y enredando los dedos en sus cabellos. Cuando creía que iba a volverse loca, él levantó la cabeza, y la hizo agacharse con él, recostándola sobre la que parecía la más mullida de las alfombras.

Egan se tumbó sobre ella, cubriéndola como una cálida manta. La fricción de sus cuerpos pareció encender un fuego en su interior, y cuando él tomó sus labios en un beso apasionado y posesivo, Kati estaba tan abstraída en las sensaciones deliciosas que la inundaban, que no se dio cuenta de lo que estaban haciendo las manos de Egan hasta que notó el calor del fuego de la chimenea en su piel desnuda. Le había quitado la rebeca, la blusa y el sostén.

—Egan... —protestó temblorosa.

—Dios mío, eres preciosa —jadeó él, observando con ojos oscurecidos por el deseo la piel que había quedado al descubierto.

Se llevó las manos a los botones de la camisa, y los desabrochó despacio, metódicamente, para sacársela después de la cinturilla de los vaqueros y quitársela, revelando una piel bronceada de la que arrancaba suaves brillos la luz del fuego.

Kati fijó la mirada en él llena de deseo, adorando las angulosas líneas de su cuerpo, y ansiando sentir esos duros músculos contra sus blandas curvas.

Mientras se miraban, el único ruido que se escuchaba era el crepitar del fuego, con su suave brillo rojizo iluminando débilmente la habitación. Kati sabía lo que Egan iba a hacer, pero no tenía la voluntad necesaria para detenerlo. Lo amaba tanto... ¡Dios, cómo lo amaba!

El ranchero se inclinó despacio, sosteniéndose con los brazos, para apoyar su pecho ligeramente sobre el de Kati, y la miró a los ojos todo el tiempo mientras se frotaba contra sus senos, deleitándose en cómo ella se estremeció de arriba abajo y se arqueó hacia él para que estuvieran aún más cerca.

—No te contengas, Kati —le susurró—. No te contengas y te haré gritar de placer.

Bajó la cabeza al tiempo que volvía a restregarse contra ella, y cuando tomó los labios de Kati ella levantó las manos, enredando los dedos en su cabello mientras él la besaba, robándole el aliento.

Egan se estremeció de pronto, y Kati supo entonces el poder que tenía sobre él. Sin pensar en las consecuencias, le asió la cabeza con ambas manos, y la empujó hacia abajo, hasta su pecho.

— ¡Kati...! —gimió él, como si lo hubiera sorprendido, hundiendo los dedos en su espalda.

Abrió la boca, y Kati experimentó las caricias de sus labios, su lengua, y sus dientes, en aquella parte de su cuerpo que jamás había sido contemplada por los ojos de un hombre.

El ranchero se aventuró más allá, recorriendo cada centímetro de piel de Kati hasta la cintura, mientras el cuerpo de ella se retorció debajo de él, en un delirante oleaje de pasión. Y entonces, de repente Egan rodó de costado, llevándola consigo, de modo que quedó tumbada encima de él, y Kati sintió sus manos introducirse bajo la cinturilla de sus pantalones, acariciándola.

—Mírame —le dijo con voz ronca.

Kati levantó la cabeza, y leyó el deseo en sus ojos grises. Las fuertes manos de Egan se contrajeron sobre sus caderas, y le mordisqueó el lóbulo de la oreja mientras le susurraba cosas que resultaban a la vez turbadoras y excitantes.

—Egan... —protestó débilmente.

—Relájate —murmuró él, atrayendo las caderas de ella hacia las suyas y rotándolas lenta y suavemente—. Deja que te muestre hasta qué punto te deseo...

Egan empujó sus caderas hacia las de ella, y Kati emitió un intenso gemido cuando Egan la tomó por la barbilla con una mano para besarla de nuevo, introduciéndole la lengua en una cadencia que resultaba más que elocuente.

—Vamos a mi habitación —le susurró—. Ahora.

Volvió a rodar sobre el costado y le tendió la blusa y la rebeca.

—Será mejor que te las pongas... por si acaso Dés-sie está todavía levantada.

Kati tomó ambas prendas, apretándolas contra su cuerpo, y mirándolo como si estuviera saliendo de un estado de trance.

Egan, que se había puesto de pie y estaba volviendo a abrocharse la camisa, alzó la vista y frunció el ceño.

—Kati... ¿Qué ocurre?, ¿a qué esperas? —la urgió—. Por Dios, acabo de enseñarte lo que me haces. ¡Te necesito, maldita sea!

Kati tragó saliva, tratando de hallar las palabras adecuadas.

— Yo también te necesito, Egan —comenzó con voz temblorosa—, pero hay algo que... hay algo que deberías saber antes...

—¿Qué?, ¿que no estás tomando la pildora? —la cortó él impaciente—. No tienes que preocuparte por eso. Ya me encargo yo. No te dejaré embarazada.

Kati se sonrojó, y sus ojos descendieron al pecho de Egan, que subía y bajaba por su respiración agitada. Sus dedos aferraron la blusa y la rebeca.

—Soy virgen.

—Ésa sí que es buena... —dijo él riéndose con frialdad—. Déjate de bromas.

—No es una broma —farfulló Kati con el poco orgullo que le quedaba—. Te estoy diciendo la verdad.

—¿No me digas? De acuerdo, yo también soy virgen. ¿Contenta? ¿Podemos ir a la cama ahora?

—Vete —le dijo ella con puro veneno en la voz—, ¡pero sin mí! ¿No has oído lo que acabo de decirte, maldita sea? ¡Soy virgen!

— ¿Virgen a los veinticinco? —le espetó él con crueldad—, ¿y escribiendo los libros que escribes?

—Te he repetido hasta la saciedad que esas escenas me las invento. ¿Cómo se supone que tengo que decírtelo para que me creas? ¡La mayoría no son más que juegos preliminares con una insinuación de la unión carnal al final! —se sonrojó profusamente y apartó el rostro—. Además, esos fragmentos son obligatorios. La editorial nos los exige porque al público le gustan. Y respecto a los hombres... —añadió mirándolo a la cara—, la mayoría de los hombres con los que he salido pensaban como tú, que la mujer hoy día tiene que ser, una mujer liberada que les proporcione el placer que buscan, que no les exija ningún compromiso, y que se esfume en cuanto empiezan a surgir sentimentalismos. Yo no puedo vivir de esa manera, así que simplemente me niego a ser un objeto sexual.

Egan estaba observándola con una expresión vacía, como si lo hubiese abofeteado. Su mirada bajó de los ojos castaños a las manos que tapaban su desnudez con la blusa y la rebeca.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —masculló—. ¡Por Dios, las cosas que te he dicho... lo que podría haber hecho...! —protestó meneando la cabeza—. Sal de aquí.

Kati vaciló, no sabiendo si salir corriendo o vestirse primero.

— ¡Ponte la blusa, por amor de Dios! —le espetó Egan dándose la vuelta y yendo a sacar un cigarrillo del

bolsillo de su chaqueta, que encendió con torpeza.

Kati se agachó para recoger el sostén del suelo, se metió las mangas de la blusa y se colocó encima la rebeca sin abrocharse un solo botón. Ni siquiera fue capaz de mirarlo cuando se dirigió hacia la puerta. Giró el pestillo con manos temblorosas, abrió la puerta, y salió sin decir una palabra. Una vez en el pasillo, cerró suavemente y corrió escaleras arriba. Sólo cuando estuvo a solas en su dormitorio se dejó caer sobre la cama y se echó a llorar amargamente.

## Capítulo 10

KATI no recordaba haber pasado una noche peor en toda su vida. Había estado más que dispuesta a entregarse a él, y si se había arriesgado a decirle la verdad, había sido porque tenía miedo de que le hiciera daño en su primera vez. Sin embargo, le había salido el tiro por la culata. En vez de reconfortarla, de decirle que no pasaba nada, la había echado con cajas destempladas. En fin, al menos ya no seguiría engañándose, se dijo desolada. Si antes había tenido sus dudas, ahora le había quedado muy claro que no sentía absolutamente nada por ella.

Se levantó antes del amanecer. Hizo la maleta y se vistió, pero decidió que antes bajaría con la excusa de desayunar para asegurarse de que Egan no estaba ya en la casa antes de llamar para pedir un taxi. Eran las ocho de la mañana, y a esa hora ya solía haber salido para dedicarse a las tareas del rancho. No sabía qué haría si al llegar al piso de abajo se topase con él después de la noche anterior, de lo que habían estado haciendo...

Aminoró el paso a medida que se acercaba a la cocina, y abrió un poco la puerta. Sólo vio a Dessie frente al fuego, preparando algo, y con un suspiro de alivio abrió del todo... para encontrarse cara a cara con Egan, que estaba recogiendo su sombrero de la encimera.

Kati dio un respingo, apartándose de él, y Egan la miró con una expresión que ella no supo interpretar, aunque sus ojos parecían más fríos que nunca.

—Quisiera hablar contigo un instante —le dijo con aspereza.

No le dio la oportunidad de negarse. La tomó del brazo, la arrastró hasta el salón, cerrando la puerta tras ellos, y se quedó mirándola fijamente, cruzado de brazos.

—Antes de que digas nada —dijo ella en un tono penosamente apagado—, sé que lo que ocurrió anoche es culpa mía, y te pido disculpas.

—No vamos a hablar de lo de anoche —farfulló Egan—. Quédate hasta que acabe la semana, y termina de recopilar la información que necesitas. Si huyes ahora sólo conseguirás disgustar a Dessie y a mi hermana.

—¿Qué quieres decir con eso de «huir»? —inquirió ella, poniéndose a la defensiva. ¿Cómo podía saber...?

—¿Acaso vas a negar que ya tienes hecha la maleta? —le preguntó Egan levantando la barbilla de un modo arrogante.

Kati maldijo su perspicacia, y apartó la vista.

— Sí —admitió a regañadientes.

—Pues deshazla. Está claro que viniste aquí por una razón muy distinta de la que yo te traje —dijo él en aquel tono burlón que Kati no le había oído desde hacía días—. Ya que tu trabajo es tan importante para ti, pregunta a los hombres todo lo que quieras... pero no te quedes cerca del barracón cuando caiga la tarde. Tenemos a un par de peones nuevos a los que aún no conozco bien.

—Los únicos con los que necesito hablar son Gig y Ramey —repuso ella sin mirarlo—. ¿Te importaría que les pidiera que viniesen aquí en vez de tener que ir yo a los barracones?

—Por supuesto que puedes, no seas ridícula —le espetó él irritado—. No voy de amo y señor sólo por ser el dueño del rancho. Los hombres siempre son bienvenidos en la casa.

—No lo decía por eso —musitó Kati, rodeándose la cintura con los brazos, y alzando la vista hacia él—. No me odies, Egan, por favor...

El ranchero inspiró profundamente y soltó el aire, lanzándole una mirada acusadora.

—No me creo que no supieras por qué te había invitado a venir aquí —le dijo con frialdad—. No te he

ocultado en ningún momento que te deseaba, y pensé que tú querías lo mismo que yo.

Kati bajó la vista a la pechera de su camisa.

—Yo... creí que podría llegar hasta el final —le confesó, tragando saliva—, pero tenía miedo de que me hicieras daño si no sabías la verdad.

Egan le dio la espalda, mirando el reloj que había sobre la mesita, y cuyo tictac parecía sonar más alto de lo normal en el silencio que se produjo antes de que volviera a hablar.

—Te dije que me gustan las mujeres experimentadas. Y lo decía en serio. No me interesan las vírgenes —farfulló girándose hacia ella—. No tienes por qué preocuparte —le dijo al ver que daba un respingo—. No volvería a tocarte aunque fuera para salvar el rancho.

Kati habría preferido morir antes que dejarle entrever cuánto le había dolido lo que acababa de decirle. Por eso, alzó el rostro con el poco orgullo que le quedaba, le dijo:

—Si no tienes nada más que decirme, me gustaría tomar una taza de café.

—Adelante.

Y así, con el corazón hecho añicos, Kati salió del salón diciéndose que habría sido más soportable si siguiera odiándolo, si jamás hubiera conocido su ardor y su pasión. Se rió para sus adentros con amargura. Al menos no había adivinado que estaba enamorada de él. Tenía una idea tan equivocada de ella, que no alcanzaba a comprender que no habría podido entregarse a un hombre sin ser correspondida. Terminaría de recopilar la información que necesitaba y volvería a Nueva York. Y una vez hubiera salido del rancho, esperaba no tener que volver a ver a Egan en lo que le quedara de vida, porque sería demasiado doloroso.

Durante el resto del día Kati estuvo haciendo las cosas con apatía, y Dessie lo notó, pero tuvo el tacto suficiente para no decir nada. Finalmente, entre perder el juicio u ocuparse en algo para no pensar, escogió lo segundo. Subió a su dormitorio, sacó el ordenador portátil de su maletín, lo encendió, y empezó a escribir, a volcar en una carta a Egan toda su frustración y su irritación, diciéndole todo lo que pensaba de él. La releyó, seleccionó todo el texto, y lo borró. Se sentía muchísimo mejor después de haberse desahogado.

Había ido apuntando en su cuaderno unas cuantas ideas para su nueva novela, y decidió que era un momento tan bueno como otro cualquiera para empezarla.

De algún modo, el escribir sacó de su alma todo el veneno que se había alojado en ella, y casi de un modo mágico fueron surgiendo los personajes, y creándose la trama. Cuando miró el reloj se dio cuenta de que llevaba horas frente a la pantalla, y se dijo que había llegado el momento de descansar. Imprimió lo que había escrito además de guardarlo en un diskette y en el disco duro, fue a darse una ducha, y bajó para ver si Dessie necesitaba ayuda con la cena.

—No es necesario. Ya lo tengo todo listo: crema de calabacín, huevos rellenos, y pudding de vainilla. Espero que tengas hambre.

—Mmmm... La verdad es que sí. He estado trabajando en mi nueva novela y escribir siempre me abre el apetito.

—Bien, pues ve al comedor a sentarte. Yo lo llevaré todo. Hace rato que dejé puesta la mesa.

Cuando Kati pasó al comedor, observó que únicamente había dos servicios.

—¿Sólo vamos a comer nosotras dos? —le preguntó a Dessie cuando apareció con la cazuela, en un tono lo más desinteresado posible.

—Egan está en los establos —le explicó la anciana—. Tenemos unas cuantas vacas parturientas.

—¿Sigue derritiéndose la nieve?

—No, por desgracia parece que el tiempo va a empeorar —gruñó Dessie sirviendo a ambas y sentándose frente a ella—. Han dicho en las noticias que esta noche empezaría a nevar otra vez.

—¿Más aún? En mi vida había visto tanta nieve.

Dessie asintió con la cabeza.

—Pues lo que has visto no es nada. Algunos años la nieve ha llegado a sobrepasar la altura de la puerta.

— ¡Cielos! —exclamó Kati espantada, llevándose una mano al pecho.

—Esto es Wyoming —le recordó la mujer riéndose—. No te preocupes, querida. Aunque nos quedáramos atrapados por la nieve los hombres vendrían y cavarían un túnel.

Como Dessie había dicho, al poco de que acabaran de cenar comenzó a nevar, y cuando ya era noche cerrada

Egan seguía sin regresar. No sería hasta la mañana siguiente cuando Kati lo viera. Estaba bajando las escaleras cuando lo vio pasar como un torbellino, quitándose la chaqueta mientras caminaba y dirigiéndose a su estudio.

— ¡Maldito toro! —iba mascullando—. ¡Dessie! —llamó a la empleada del hogar—. Debería haber hecho que lo descornaran... ¡Dessie! —la llamó de nuevo a gritos.

La mujer salió corriendo de la cocina, con el delantal puesto, mientras Kati observaba la escena desde el rellano de la escalera.

—Ya voy, ya voy... —gritó la anciana—. ¿Qué es lo que pasa? ¿A qué vienen esas voces?

—Ese toro que compré hace dos meses le ha dado una cornada a Al —gruñó Egan—. Ve por vendas y antiséptico. Te llevaré a los barracones para que te ocupes de él hasta que llegue el médico. He mandado a Ramey a buscarlo —levantó el auricular del teléfono—. ¡Kati!

La joven se acercó vacilante a la puerta del estudio y lo vio marcando un número.

—¿En qué puedo ayudar? —preguntó.

—Quiero que vayas con la esposa de Al y la mantengas tranquila —le dijo alzando una mano para que no le hablara en ese momento—. ¿Brad? ¿Han dado ya los chicos con la pista del lobo? Bien, llama a Harry «Dos Dedos» y dile que se reúna conmigo frente a la casa dentro de veinte minutos. Sí, y dile que le pagaré mil dólares si atrapa a ese condenado bicho. De acuerdo, adiós —y colgó—. La mujer de Al, Bárbara, está embarazada y no quiero que lo vea tal y como está —le dijo a Kati—. Se pone histérica cuando ve sangre, y ya ha perdido dos bebés. ¿Te quedarás con ella?

—Claro —contestó Kati sin dudarle—. ¿Cómo está Al? ¿Es grave?

—Le ha clavado el cuerno de lleno en el estómago; un mal sitio para una cornada —murmuró Egan meneando la cabeza—. Es culpa mía, debería haber hecho que lo descornaran... —farfulló más para sí que para ella—. Ve por un abrigo.

Kati subió corriendo a su dormitorio, se puso su abrigo, un gorro de lana, los guantes y una bufanda. Cuando bajó, Dessie y Egan la estaban esperando ya ataviados también con gruesas ropas.

—Bien, vamos —dijo el ranchero, conduciéndolas fuera, al lugar donde tenía aparcado el cuatro por cuatro. Avanzaban muy despacio. El camino apenas se veía en medio de los copos de nieve que caían sin cesar, y pareció que les llevó una eternidad llegar a los barracones. Egan hizo que Kati se quedara en el vehículo mientras entraba con Dessie en los barracones, y regresaba minutos después.

—Ha dejado de sangrar —le dijo a Kati cuando subió de nuevo al cuatro por cuatro—, al menos por fuera, pero está muy pálido y le duele bastante —añadió mientras se ponían otra vez en marcha—. Tendremos que llevarlo al hospital, casi seguro. Le he dicho a los chicos que preparen una de las camionetas para llevarlo a la ciudad, y le he dicho a Ken que llame a Ramey por la radio para decirle que vaya al hospital en vez de a casa del médico y que alerte al pabellón de urgencias.

—El día no ha empezado muy bien, ¿eh? —murmuró Kati.

—Ha empezado peor —dijo él encendiendo un cigarrillo—. Un lobo ha matado a dos de nuestras vacas.

—¿Un lobo?

Egan asintió con la cabeza.

—Es muy astuto y escurridizo. Por su culpa hemos perdido varias vacas y terneros en los últimos meses, y ya se me está acabando la paciencia. Voy a ir a cazarlo con un rastreador arapaho —le dijo girando el volante para tomar una curva del camino. Unos metros más allá se vislumbraba una casita de madera.

—¿Los lobos... atacan a la gente? —inquirió Kati intranquila.

—¿Preocupada por mí? —le preguntó Egan en un tono burlón.

Kati apartó el rostro.

—A lo mejor lo que me preocupa es el lobo —contestó.

Egan se apeó del vehículo y la ayudó a bajar a ella también.

—Tirata de mantenerla tranquila —le dijo Egan antes de golpear la puerta—. Le diré a Ramey que llame en cuanto el doctor haya examinado a Al.

—De acuerdo.

La puerta se abrió, y apareció una joven, quizá algo mayor que Kati, de cabello y ojos castaños.

— ¡Egan! —exclamó con una sonrisa al ver al jefe de su esposo—. ¿Qué te trae por aquí?

Los ojos del ranchero descendieron a su vientre hinchado, y contrajo el rostro. Se quitó el sombrero.

—Bárbara, el toro que compramos hace poco le ha dado una cornada a Al —le dijo quedamente—. Está bien, pero le he dicho a los chicos que lo lleven a que lo vea un médico.

La joven palideció, y Kati dio un paso adelante, para sostenerla y llevarla dentro, sentándola en el sofá. Egan entró también y cerró la puerta tras de sí, reuniéndose con ellas en el salón.

—Soy Kati, y voy a quedarme contigo hasta que se sepa algo, ¿de acuerdo? —le estaba diciendo Kati a Bárbara—. No te preocupes, todo irá bien, ya lo verás. Egan ha dicho que todo irá bien.

El ranchero esbozó una pequeña sonrisa, sorprendido por esa confianza.

—Si Al no está de regreso antes del anochecer pasarás la noche con nosotros en la casa, ¿de acuerdo, Bárbara?

—Sí, Egan —murmuró la joven esposa aún aturdida por la noticia.

Kati la dejó un momento para acompañar a Egan al porche.

—Si necesitas ayuda, llama a Dessie —le dijo éste.

—Lo haré —prometió ella, alzando la vista a su cara y recorriendo sus facciones, como si quisiera grabarlas en su mente—. Ese lobo... ¿no irás a correr riesgos innecesarios, verdad? —le preguntó.

Egan se acercó a ella, tomando su rostro entre sus manos, y la miró largo rato a los ojos.

—Nunca corro riesgos innecesarios... bueno, al menos hasta hace dos días —le dijo.

—No te comprendo —murmuró Kati confundida.

—¿Cómo llamarías tú a intentar seducir a una virgen sobre una piel de oso? —le espetó él enarcando una ceja.

Kati se sonrojó, y él se echó a reír.

—Perdí la cabeza esa noche —le confesó Egan—. Y me enfadé tanto por que me hubieras ocultado algo así que sentí deseos de estrangularte.

—Lo imagino —respondió ella mohína—. Supongo que habría sido mejor que no te hubiese dicho nada.

—Me habría pegado un tiro si no lo hubieses hecho —replicó él—. Kati, no estaba en estado de hacer una ceremonia de iniciación. Me tenías tan excitado que no sabía ni cómo me llamaba. Por eso me costó tanto reponerme, por eso estaba furioso.

— Oh —murmuró ella, escrutando su rostro. De pronto ya no le parecía tan temible. De hecho, en ese momento tenía una expresión... extraña.

—No puedo permitirme acercarme demasiado a ti, ¿no te das cuenta, Katriane? No te deseo menos ahora que la primera vez que te besé —susurró inclinando la cabeza—. Podría seducirte ahora mismo sin intentarlo siquiera.

Sus labios se posaron sobre los de ella en un beso lánguido primero, que fue volviéndose más intenso poco a poco, hasta que su mano enguantada la agarró por la nuca para atraer su rostro aún más hacia el suyo, y de su garganta escapó un gemido ahogado.

—Tenemos que parar esto —masculló Egan, deslizando sus labios hasta la mejilla de Kati, y rodeándola con sus fuertes brazos—. Es sólo cuestión de tiempo. Podría acabar perdiendo el control si no lo hacemos. ¡Te deseo tanto...!

—Lo sé —respondió Kati con pesar—. A mí me ocurre lo mismo.

—Tengo que irme —murmuró Egan, acunándola en su abrazo con el viento aullando a su alrededor y la nieve volando en todas direcciones.

—Ten cuidado, Egan, por favor, ten mucho cuidado — le rogó ella.

Lo apretó con fuerza contra sí y volvió dentro antes de que Egan pudiera ver las lágrimas de preocupación que brillaban en sus ojos.

Cuando volvió a entrar en el salón, se había secado los ojos y se esforzó por mostrarse animosa por el bien de Bárbara.

—¿Qué tal un poco de café? —le preguntó—. Si me dices dónde lo guardas lo prepararé yo misma.

Bárbara esbozó una débil sonrisa y asintió con la cabeza.

—Gracias por hacerme compañía.

—No hay de qué. Me alegra poder ser útil —respondió Kati mientras iban las dos a la cocina—. Venga, no te preocupes. Tu marido se pondrá bien, ya lo verás. Debes tener fe y ser fuerte.

—Lo intento —murmuró Bárbara con un suspiro—. ¿Eres... bueno, la novia de Egan?

Kati se sonrojó.

—No —balbució—, soy la mejor amiga de su hermana. Egan me está ayudando a recopilar información para un libro que estoy escribiendo.

—¿Escribes libros?

—Novelas rosa históricas —aclaró Kati.

—Vaya, debe ser divertido —murmuró Bárbara sacando dos tazas de la alacena—. Yo quería ser azafata, pero conocí a Al y acabé casándome con él. Llevamos dos años de matrimonio, y lo quiero muchísimo. Dios, espero que esté bien. Los dos deseamos tanto este bebé...

—¿Qué quieres que sea?, ¿niño, o niña?.

—Oh, espero que sea niño, llevo meses tricotando ropita de color azul... Tengo la corazonada de que será un chico.

Se sentaron en el salón con sus respectivas tazas de café y siguieron charlando hasta que de pronto sonó el teléfono. Kati, que era quien estaba más cerca, contestó.

—¿Bárbara? —preguntó la voz de Ramey al otro lado de la línea.

—No, Ramey, soy Kati. Estoy aquí con Bárbara. ¿Cómo está Al?

—Furioso como un gallo de pelea —contestó Ramey soltando una risilla—. Quiere hacer filetes de ese toro.

— ¡Está bien! —le dijo Kati a Bárbara riéndose, y ésta se recostó en el asiento con un suspiro de alivio.

—Escucha, Kati. Van a tener ingresado a Al un par de días, y el médico le ha dado permiso para que Bárbara venga a quedarse con él. Van a ponerle una cama en la habitación. ¿Podrías ayudarle a hacer una maleta con lo que necesite?

—Claro. ¿Vendrás tú por ella?

— Sí, supongo que tendré que hacerlo yo mismo, porque he hablado con uno de los chicos y me ha dicho que el jefe todavía no ha regresado.

Aquello dejó a Kati algo preocupada.

— ¿Crees que les llevará mucho dar con el lobo? —preguntó vacilante.

—Con esos animales tan listos nunca se sabe, señorita. Hasta ahora.

— Hasta ahora, Ramey.

Colgó el auricular y ayudó a Bárbara a guardar las cuatro cosas que iba a necesitar en una bolsa de viaje, pero no podía dejar de pensar en Egan.

Ramey llegó una hora después, y dejó a Kati en la casa antes de llevar a Bárbara al hospital.

—¿No ha vuelto Egan todavía? —le preguntó a Dessie mientras se quitaba el abrigo.

La anciana meneó la cabeza.

—No debes preocuparte, Kati, es un ranchero. No es la primera vez que hace esto, y dudo que sea la última. Está acostumbrado.

Almorzaron, y Kati se pasó la tarde escribiendo para no pensar. Pero llegó la hora de la cena, y Egan seguía sin aparecer.

—¿No te importa que me vaya a dormir? —le preguntó Dessie cuando hubieron recogido la mesa. Estaba quedándose dormida frente al televisor.

—No, no te preocupes. Yo me quedaré sólo un rato más.

—Bien; hasta mañana.

—Hasta mañana, Dessie.

Los minutos pasaban, y las horas también, y Egan seguía sin volver. Kati iba del sofá a la ventana y de la ventana al sofá, aguzando el oído, creyendo escuchar a cada rato el ruido del motor de un vehículo, pero siempre eran imaginaciones suyas. Pensó irse a la cama, pero sabía que no se dormiría, así que se hizo un ovillo en el sofá y se puso a ver un programa de entrevistas, y se quedó dormida en medio de la entusiasta charla de una joven actriz sobre su ropa de firma preferida.

Tuvo un sueño maravilloso, de alguien que llegaba y la abrazaba. Sentía su aliento en el oído mientras le

susurraba algo que no podía entender, y esbozó una sonrisa de felicidad, rodeando con sus manos un grueso cuello.

—Kati... ¿me oyes?

El sonido de la voz de esa voz familiar la despertó. Abrió los ojos, y se encontró con el rostro de Egan.

—¿Qué hora es? —inquirió soñolienta. —Las seis de la mañana —respondió él.

Estaba de pie y la tenía en volandas. Kati miró alrededor, y se dio cuenta de que estaban en la habitación de invitados. Debía haberla subido desde el salón y ni se había despertado.

—¿Atrapasteis al lobo? —le preguntó.

— Sí, lo atrapamos —contestó Egan, inclinándose para depositarla en la cama—. ¿Estabas esperándome, Katriane? —inquirió cuando se incorporó, mirándola a los ojos.

—No, estaba... estaba viendo la televisión —protestó ella al instante.

Egan se sentó a su lado y puso un dedo en sus labios.

—¿Estabas esperándome? —repitió suavemente.

—Bueno, supongo que quizá estaba algo... preocupada.

—Hacía tanto que nadie me esperaba levantado... o se preocupaba por mí —murmuró Egan con voz ronca—. Kati, sería mejor que no dejaras que te besara ahora...

Pero ella lo ansiaba más que ninguna otra cosa, se moría por volver a sentir los labios de Egan sobre los suyos, y sus ojos se lo dijeron, ya que no podía hacerlo con palabras. El ranchero contuvo el aliento al leer el deseo en ellos.

—No debemos... acabaré haciéndote daño... —susurró, luchando consigo mismo.

— No me importa... —le dijo Kati rodeándole el cuello con los brazos, atrayéndolo hacia sí y apretando sus labios contra los de él.

Egan la deseaba demasiado como para refrenar su pasión y tratarla con dulzura. Su boca torturó la de ella en un auténtico frenesí, como si nunca fuese a saciarse, y sus dedos bucearon entre los cabellos buscando la nuca para hacerla arquear la cabeza.

Finalmente despegaron sus labios para poder respirar, pero Egan apenas sí le dio un minuto para recobrar el aliento antes de bajar las manos a su cintura y volver a tomar su boca.

— Oh, Kati... —jadeó levantándola del suelo, mientras el beso se tornaba cada vez más embriagador—. ¡Dios, Kati, eres tan dulce...!

Kati se aferró a su cuello, respondiéndole con fervor hasta que Egan gimió, liberó sus labios y apoyó su mejilla en la de ella sin dejar de abrazarla, y con la respiración entrecortada.

—Tienes que dejar de permitirme hacer esto... —masculló, apretándola aún más entre sus brazos—. Sólo empeora las cosas...

—Es verdad —susurró ella con voz queda.

Cerró los ojos, experimentando un ansia abrasadora que jamás había experimentado, y de pronto comprendió por lo que debía estar pasando Egan. Se quedó quieta en su abrazo, hasta que la respiración del ranchero se normalizó, hasta que se desvaneció el ligero temblor de su cuerpo, y le susurró:

—Lo siento.

—Lo sé, pero el que lo sientas no me ayuda demasiado —farfulló él.

— ¡Sí, eso, ahora échame a mí toda la culpa! —le espetó ella indignada, levantando la cabeza y tratando de apartarlo.

—No estoy echándote la culpa —replicó él sin soltarla—. Y deja de revolverte como un gato furioso, ¿quieres?

— ¡Pues deja de hacer esos horribles comentarios sarcásticos!

Egan se echó a reír y frotó su mejilla contra la de ella. No había tenido tiempo de afeitarse aún y tenía un tacto áspero, pero a Kati no le importó. Alzó la vista hacia él, y vio también la risa en sus ojos... y algo más que no supo interpretar. Tenía una sonrisa tan ufana en los labios que Kati sintió deseos de darle un capón.

—Eres increíble —murmuró Egan.

Por alguna razón, las palabras que él le había susurrado aquella noche junto al fuego volvieron a su mente en ese momento, y Kati se puso roja como la grana. Egan enarcó una ceja.

—Hmm... ¿Rememorando la otra noche? —adivinó con una sonrisa maliciosa, bajando la vista a su blusa—. Yo tampoco puedo quitármela de la cabeza —le dijo mirándola.

Kati apartó los ojos del rostro, turbada.

—Egan, esa noche yo no pretendía...

—No, no digas nada —la interrumpió él, atrayéndola hacia sí—. Aquella noche hicimos magia juntos, y yo tenía una opinión equivocada de ti. Te... te mentí cuando te dije que había leído tus libros: sólo había leído algunos pasajes al azar, y con eso me bastó para crearme esa opinión negativa —le confesó meneando la cabeza—. Anteanoche estuve leyendo uno... leyéndolo de verdad, y noté que había lagunas bastante significativas en esas escenas de amor —añadió mirándola a los ojos—, aunque se compensaba con la fuerza de la narración. Estaban llenas de sentimiento, y me parecieron muy hermosas.

Lágrimas de dicha afloraron a los ojos castaños de Kati.

—Gracias —musitó.

Egan le acarició la mejilla.

—Me gustaría hacerte el amor como en ese libro que estuve leyendo, Katriane —le susurró—: tumbarte en una playa desierta, a la luz de la luna, y ver tu cuerpo moverse debajo del mío...

—Egan, no, por favor... —le rogó ella sonrojándose y ocultando el rostro en el frontal de su camisa.

—Me encanta cuando te pones tímida —le dijo él riéndose suavemente—. Si hubiera sabido que era tu primera vez antes de empezar a besarte, me habría controlado un poco. Dios, sólo de pensar en que nadie había hecho aquello contigo antes me excito como un adolescente.

Los dedos de Kati dibujaban arabescos en la tela de su camisa mientras hablaba, deleitándose en el sonido de su voz y en el calor de su cuerpo. Sin embargo, permanecía seria. En el fondo no estaba admitiendo nada excepto que la deseaba. Y ella quería mucho, mucho más. ¿Era pedir demasiado?

—Deberíamos bajar a desayunar —le dijo Egan con un suspiro—. Y yo necesito darme una ducha... y un buen afeitado —añadió acariciando la mejilla levemente enrojecida de Kati.

## Capítulo 11

DESPUÉS del desayuno, Egan salió de la casa para atender los asuntos del rancho, y no fue a almorzar, pero después de la cena se sentó con Kati frente al fuego de la chimenea del salón, y por primera vez estuvieron charlando con verdadera cordialidad, como si nunca hubieran tenido una discusión. Él le habló de sus planes para el rancho, y ella de por qué había empezado a escribir, de lo mucho que aprendía recopilando información para cada libro, y de lo feliz que se sentía cuando sus lectoras le escribían para decirle cuánto les gustaban sus novelas.

—Dios, una virgen escribiendo cosas así... —murmuró Egan con una sonrisa maliciosa.

—Bueno, que yo sepa las novelas de ciencia-ficción no las escriben científicos —replicó ella—, y las novelas policíacas no las escriben...

En ese momento los interrumpió el teléfono, y Egan, que estaba esperando noticias sobre la evolución de Al, se levantó para contestarlo.

—¿Sí? —dijo. Y de pronto la expresión de su rostro cambió—. ¡Ah, hola, Jennie!, ¿cómo estás?

Kati notó cómo todo su cuerpo se tensaba. Jennie... Si lo llamaba al rancho debía ser que después de todo sí había algo entre ellos.

—Sí, lo sé —murmuró Egan enredando sus dedos en el cable del teléfono—. Sí, ya lo creo —añadió con una sonrisa—. ¿Aquí? No, no creo que sea una buena idea, cariño. Tenemos casi medio metro de nieve. Sí, medio metro. ... No, hemos cerrado la pista de aterrizaje, tendrías que volar a Jackson y venir desde allí. ... No sé, quizá. Escucha, pospongámoslo para la primavera, ¿te parece? ... Sí, ya sé que tú no quieres esperar hasta entonces, pero no puede ser de otra manera. Jennie, creí que estábamos de acuerdo en que no esperábamos nada del otro. Te dije desde el primer momento que así era como serían las cosas si salíamos juntos. ... Claro, por supuesto, te llamaré la próxima vez que vaya a la ciudad. ... Hasta luego.

Colgó el teléfono y se volvió, observando la expresión en el rostro de Kati.

— Tiene que ir a California y como le pilla de paso, quiere parar aquí antes y estar aquí unos días — le explicó—. ...Y le he dicho que no. ¿Algo más que quieras saber?

—Es muy... bonita —murmuró Kati.

—Sí que lo es, y es una mujer experimentada — añadió deliberadamente—, pero quiere ataduras y yo no.

—Eso es un problema para ti, ¿no es verdad? —inquirió Kati dejando escapar una risa que no sonó nada alegre—. Bueno, no me mires como si yo tuviera una cuerda en la mano...

— Yo tampoco quiero ataduras — mintió, apartando el rostro para que sus ojos no la delataran.

—Creía que todas las mujeres soñaban con el matrimonio —murmuró él contrariado.

—Pues yo no —respondió ella en un tono lo más despreocupado posible—. Mi trabajo me absorbe demasiado.

—¿Y qué vas a hacer?, ¿ser virgen de por vida? — le espetó él cortante—. ¿Vas a renunciar a formar un hogar y a tener hijos sólo para poder seguir escribiendo esos condenados libros?

Kati alzó la vista y esbozó una sonrisa forzada.

—Resulta que disfruto escribiendo «esos condenados libros».

Egan la miró fijamente.

—Ya me he dado cuenta. No te entretendré más, entonces. Supongo que mañana querrás levantarte temprano. Debe quedarte mucha información por recopilar y te vas a finales de esta semana —masculló.

Y, con esas palabras, se dio media vuelta y salió del salón.

Kati se había quedado con el ceño fruncido y boquiabierto de rabia e indignación. ¿Qué había esperado que le hubiera dicho? ¿Que lo amaba? ¿Que renunciaría a todo sólo por ser su amante? ¡Estaba muy equivocado! Si era capaz de mandar a paseo a Jennie con tanta facilidad, ¿qué posibilidades tenía ella? Probablemente estaría contando las horas hasta que lograra arrastrarla a la cama con él, porque sabía que antes o después conseguiría minar sus defensas y hacerla rendirse. Y, una vez que eso hubiera ocurrido, haría con ella lo mismo que había hecho con Jennie y se iría en busca de otra mujer. Sentía deseos de llorar. ¿Cómo podía haber acabado tan mal un día que había empezado tan bien?

No le costó demasiado evitar a Egan después de aquello... porque casi nunca paraba en la casa. Trabajaba desde el alba hasta el anochecer, y sólo lo veía en las comidas. La trataba con cortesía, pero se mantenía alejado de ella, y así, cuando llegó el viernes, con el corazón encogido, Kati hizo la maleta nada más levantarse. Ojalá las cosas no hubieran tenido que acabar así.

—Te echaré mucho de menos, chiquilla —le dijo Dessie mientras desayunaban—. Ha sido agradable tener a otra mujer por aquí para poder hablar.

—Yo también te voy a extrañar —le dijo Kati con sinceridad, apurando su café—. Pero no me voy con las manos vacías. He aprendido muchas cosas estas dos semanas.

—Y Gig ha hablado más en estas dos semanas que en todo el tiempo que lleva trabajando aquí —dijo Egan en un tono sarcástico. Se recostó en la silla escrutando el rostro de Kati mientras daba una larga calada a su cigarrillo. Últimamente fumaba a todas horas—. Y dígame, «señorita escritora»: ¿ha satisfecho entonces su curiosidad acerca de la vida en un rancho?

— Sí —contestó Kati sucintamente, negándose a dejarse irritar por él—. Gracias por invitarme.

—No hay de qué —farfulló él, apurando también su café y poniéndose de pie—. Ramey te llevará al aeropuerto.

—¿Ramey? —saltó Dessie de repente—. Pero si dijiste que ibas a llevarla tú...

—Tengo cosas que hacer —replicó él—. Ramey la llevará.

Dessie resopló y meneó la cabeza.

Kati pensó que Egan iba a salir por la puerta, pero se quedó allí plantado, mirándola irritado.

—Voy a fregar estas cosas —murmuró la anciana poniéndose de pie, apilando los platos y llevándose los a la cocina.

—Que tengas un buen viaje —le dijo Egan a Kati cuando se hubieron quedado a solas—. Y dale un beso a Ada de mi parte.

—Lo haré —respondió ella con aspereza.

Egan se dirigió hacia la puerta, pero cuando pasó por su lado se detuvo, y de repente la levantó de las sillas

agarrándola por los brazos y atrayéndola hacia sí.

—Maldita sea —masculló, con un brillo peligroso en sus ojos plateados—. ¿Acaso crees que tus libros te darán consuelo cuando estés decaída? ¿Pueden darte lo que yo te di en el estudio la otra noche?

Kati querría haberlo apartado, pero estaba demasiado aturdida por su mirada y el calor de su cuerpo.

—¿Qué es lo que estás ofreciéndome? —le espetó—. ¿Unas cuantas noches en tu cama?

Las manos de Egan se contrajeron en torno a sus brazos, haciéndole daño.

—No quiero que te marches —masculló—. Algo se nos ocurrirá...

—¿El qué? —insistió ella—. Egan, no soy como Jennie, no quiero un romance.

—¿Y qué es lo que quieres entonces? —le preguntó él entre dientes, mirándola fijamente—. ¿Que te pida que te cases conmigo?

Kati escrutó sus ojos abatida.

—Acabarías odiándome si te casaras conmigo —contestó quedamente.

—Yo no... no lo sé —replicó él resoplando, como si estuviera luchando consigo mismo—. Podríamos intentarlo. Darnos una oportunidad.

Kati alargó una mano y le acarició la mejilla con las puntas de los dedos.

—No podría conformarme con lo que estarías dispuesto a dar, Egan. No soy de esas mujeres que se conforman con las migajas con tal de tener a un hombre a su lado.

—Escucha, Kati, soy un hombre rico —insistió él—. Podría darte todo lo que quisieras, y en la cama te satisfaría como ningún otro podrá hacerlo jamás.

—Lo sé —asintió ella. Sus dedos trazaron el contorno de los finos labios de Egan—, pero ni así sería suficiente.

—¿Por qué no, por amor de Dios? —casi rugió él, agarrando sus dedos y apartándolos de su rostro.

Hubo un tenso silencio.

—Porque estoy enamorada de ti, Egan —le respondió ella alzando la barbilla, y observando cómo la sorpresa se dibujaba en las facciones del ranchero—, y no puedes igualar eso con sexo ni con dinero. Me marcharía como una planta que no recibe la luz del sol ni la lluvia. No, prefiero seguir sola a suplicarte un poco de amor.

Egan entreabrió los labios, pero no parecía encontrar las palabras adecuadas, y en su rostro podía leerse el más absoluto aturdimiento por lo que acababa de confesarle.

—¿Estás... enamorada de mí? —preguntó, tocándole el cabello vacilante, y frunciendo el ceño como si la idea le pareciese incomprensible.

—No te preocupes, no es culpa tuya —murmuró Kati, esforzándose por no llorar—. Tú me advertiste que no querías ataduras. Lo superaré. Adiós, Egan.

La mano de Egan se aferró a sus cabellos.

—No, no puedes irte... —balbució—. No tienes por qué irte todavía...

—Sí, debo irme —dijo ella al borde de las lágrimas—, antes de que me quede sin un ápice de orgullo...

Su voz se quebró, y trató de apartarse de él, pero los brazos de Egan la rodearon, aprisionándola.

—¡Egan! —llamó Dessie de repente desde la cocina—. ¡Te llaman por teléfono del hospital! ¡Creo que es algo sobre Al! ¿Puedes venir?

Egan maldijo entre dientes, y bajó la vista al rostro lloroso de Kati con una mirada que la asustó.

—Ni se te ocurra moverte de aquí, ¿me has oído?

Kati asintió con la cabeza, pero en el momento en que hubo desaparecido por la puerta corrió escaleras arriba, se puso el abrigo, la bufanda y los guantes a toda prisa, agarró la maleta y volvió a bajar a todo correr, saliendo de la casa. No quería su compasión.

Ramey estaba bajándose de su camioneta en ese momento, a unos metros de ella. Kati corrió hacia él.

—Ramey, ¿puedes llevarme al aeropuerto de Jackson? —le preguntó sin aliento—. ¡Es una emergencia, tengo que marcharme ahora mismo!

—¿Una emergencia? Claro, señorita James, suba —respondió el joven rodeando el vehículo y volviendo a ponerse frente al asiento.

Aunque no había un trayecto demasiado largo hasta Jackson, a Kati se le hizo eterno, y fue todo el tiempo

con el corazón en la garganta, mirando constantemente por el retrovisor, temiendo que Egan los hubiese seguido. El primer vuelo que salía iba a Cheyenne, y sólo faltaban quince minutos para el despegue. Rogó y suplicó a la chica que había tras el mostrador hasta convencerla de que le vendiese un billete y la dejase subir al avión, y tras facturar su maleta se despidió de Ramey dándole las gracias por todo y corrió por el pasillo hacia la zona de embarque.

Dentro del aparato una azafata la condujo a su asiento, y Kati se dejó caer en él jadeando, y con el corazón latiéndole de tal manera que parecía que fuese a salirse del pecho. Apretó el bolso entre sus manos. Los motores del avión se habían puesto en marcha. Ya debía faltar poco para el despegue. Estaba a punto de abrocharse el cinturón cuando escuchó un alboroto en la parte posterior del aparato. Se giró para ver qué ocurría, y de pronto se encontró con una chaqueta forrada con piel de carnero por dentro que le resultaba muy familiar. Levantó la cabeza lentamente, y allí estaba el rostro de Egan, mirándola furibundo.

Antes de que pudiera decir nada, Egan se agachó y la alzó en volandas.

— ¡Egan! ¡Suéltame!, ¡no puedes hacer esto! —le gritó, consciente de las miradas, francamente curiosas y divertidas de los demás pasajeros.

—Ya lo creo que puedo —le espetó él, llevándola fuera del avión.

— ¡Oh, Egan, déjame marchar...! —le suplicó mientras atravesaban la terminal, ocultando su rostro en el hueco de su cuello.

Egan la depositó en el suelo, y la rodeó con sus fuertes brazos.

— No puedo —le susurró con voz ronca—. No puedo dejarte marchar.

Las lágrimas rodaban incesantes por las mejillas de Kati, pero dejó que la llevara hasta el aparcamiento, donde había dejado el cuatro por cuatro, y que la ayudara a subir al asiento del copiloto.

—Mi maleta... —comenzó Kati, acordándose de que se había quedado en el avión.

—Espero que tenga un buen viaje —farfulló él, mirándola irritado mientras ponía el vehículo en marcha—. Te dije que no te movieras —le espetó cuando hubieron salido del recinto del aeropuerto.

—No podía quedarme —sollozó ella desolada, la cabeza gacha—. No podía quedarme después de haberte abierto mi corazón. Me sentía demasiado avergonzada.

—Vaya una escritora de novela rosa que estás hecha... —resopló él, lanzándole una mirada airada y volviendo a fijar la vista en la carretera—: escribes las escenas más eróticas que puedan imaginarse y cuando le dices a un hombre que lo amas sales corriendo... igual que una adolescente...

— ¡Es que nunca lo había hecho! —le espetó ella ofendida.

Egan giró la cabeza un instante hacia ella, y algo relumbró en su mirada.

—Estás haciendo un montón de cosas por primera vez conmigo, ¿eh? Pues espera un poco, porque la mejor de todas está aún por venir...

— No voy a acostarme contigo, Egan —le dijo Kati enfadada.

— ¿Ah, no? —murmuró él, con una sonrisa tan arrogante que ella sintió deseos de golpearlo.

— ¡Quiero irme a casa!

—Ya estás en casa, cariño —contestó Egan—, porque eso es lo que va a ser el rancho para ti a partir de ahora.

—Egan, por favor, sé razonable... —le suplicó ella, volviéndose hacia él en el asiento—. ¡Estás pidiéndome que renuncie a todo aquello en lo que creo!

—Ahí es donde te equivocas —replicó él—. No te lo estoy pidiendo.

Kati apretó los dientes. ¿Podía haber alguien más pretencioso?

— ¡No puedes retenerme contra mi voluntad! —le espetó—. ¡Gritaré!

—Oh, sí, ya lo creo que lo harás —murmuró él, con una sonrisa lobuna.

—Te odio —masculló Kati.

— Cálmate. En cuanto lleguemos al rancho te lo explicaré todo, ¿de acuerdo?

Kati se cruzó de brazos desesperada, y volvió a sentarse bien, girando el rostro hacia la ventanilla. ¿Cómo podía estar quitándole la elección de las manos? ¿Es que no se daba cuenta de a lo que estaba obligándola? Cuando se hubiera cansado de ella, tal vez él pudiera seguir con su vida como si tal cosa, pero ella estaba segura de que no podría soportarlo, porque su recuerdo quedaría grabado en su mente como una marca a

fuego. ¿Cómo podía ser tan cruel?

Extrañamente el camino de regreso al rancho se le hizo mucho más corto que el de ida al aeropuerto. Egan aparcó frente a la casa y apagó el motor.

—No pienso entrar —lo informó Kati.

— Ya imaginaba que no ibas a mostrarte dócil como un corderito —le dijo Egan dejando escapar un suspiro. Salió del vehículo, lo rodeó, abrió su puerta, y la alzó en volandas, llevándola dentro de la casa.

—Dessie, descuelga el teléfono —le dijo a la empleada del hogar, que los miró divertida cuando los vio aparecer—. Tengo muchas cosas que decirle a esta señorita, y no quiero que nos interrumpen.

Egan la llevó al estudio, cerró la puerta tras de sí, y la puso en el suelo para poder echar el pestillo.

Kati retrocedió hasta la pared, y miró con ojos aprensivos la piel de oso frente a la chimenea. Egan lo advirtió, y esbozó una sonrisa divertida mientras se quitaba el sombrero y la chaqueta.

—¿No estuvo mal, verdad? —le preguntó señalando la piel con un movimiento de la cabeza.

—¿No... no tienes trabajo que hacer? —le preguntó Kati, poniéndose detrás del escritorio.

—¿Tienes miedo de mí, Kati? —le preguntó Egan suavemente, avanzando hacia ella como un enorme felino.

Kati tragó saliva.

—Egan, por favor, déjame volver a Nueva York... —le rogó, retrocediendo hasta que la otra pared la detuvo. El ranchero se paró justo frente a ella y colocó ambas manos a los costados de ella, acorralándola, y Kati se estremeció.

—Y ahora, vamos a hablar —le dijo, mirándola a los ojos—. Antes has dicho que me amabas... ¿De qué manera? Quiero decir, ¿es sólo algo físico... o hay algo más?

Kati entreabrió los labios para dejar escapar el aliento que había estado conteniendo.

—Respóndeme —le dijo Egan en un susurro—, y haré lo que quieras que haga.

Kati volvió a tragar saliva.

—Te... te amo en todos los sentidos en que se puede amar a otra persona —le dijo—, en todos los sentidos.

—Pero tengo muy mal carácter —le recordó él quedamente —, y me gusta que las cosas se hagan a mi manera. He vivido solo durante mucho tiempo... no será fácil. Y habrá veces en que desearás que no te hubiera bajado de ese avión...

Kati tenía la impresión de que su cuerpo se estaba tornando en gelatina.

—No me importa —murmuró—. Te amo...

Egan se acercó más, apretándose contra ella para que pudiera sentir cómo lo afectaban sus palabras, y sonrió al ver el sonrojo de Kati.

—Y querré un hijo —añadió—, o quizá tres o cuatro.

Una suave sonrisa se dibujó lentamente en los labios de Kati.

—A mí también me gustaría tener hijos, Egan... —murmuró.

—La boda será más bien sencilla —dijo el ranchero, frotando su cuerpo sensualmente contra el de ella—: nosotros, el párroco, Ada, Dessie, y algunos de los hombres.

—Sí —susurró ella, levantando el rostro para alcanzar sus labios.

—Y nada de inspirarte en lo que hagamos en la cama para tus libros... —le dijo él en un tono entre humorístico y amenazador, colocando su boca a unos centímetros de la de ella.

—Yo nunca haría eso —protestó ella, antes de que él la callara con un beso.

—Te quiero, Kati —le susurró Egan—, estoy enamorado de ti desde el primer día en que te vi, pero no quería verlo, y todo este tiempo he estado luchando contra ello con todas mis fuerzas.

Kati abrió la boca, pero fue incapaz de pronunciar palabra. De pronto era como si todos sus sueños se hubieran convertido en realidad, y le parecía que el corazón fuese a estallarle de dicha.

—Estaba tan equivocado respecto a ti... Supongo que en el fondo pensaba lo que pensaba de ti porque necesitaba una razón para seguir negando que te amaba. Y, Dios, cuando me dijiste que no querías ataduras me di cuenta de que yo sí, aunque me he pasado toda la vida diciéndole a la gente que no. Traté de imaginar el futuro sin ti, y no podía... la sola idea era insoportable. Pero tú estabas dispuesta a marcharte, y yo no podía encontrar las palabras adecuadas —exhaló un profundo suspiro y la tomó de las manos —. Estaba

intentando decírtelo cuando sonó ese condenado teléfono y tú huiste.

—Creía que te habrías quedado horrorizado —le dijo Kati quedamente—. Allí estaba yo, declarándote mi amor cuando me habías dicho cien veces que no querías compromisos.

—No, me sentí como si me hubieras dado la luna —replicó él—. La luna, el sol, y las estrellas...

— Oh, Egan... —murmuró Kati, abrazándose a él—. Lo siento tanto. Yo no quería irme, pero creí... tenía miedo de que sólo sintieras compasión por mí.

—Era de mí de quien sentía lástima por ser tan estúpido —le dijo Egan—, por dejarte escapar. Y puedo asegurarte que no volverá a ocurrir. Mañana mismo iré a solicitar la licencia de matrimonio y nos casaremos lo antes posible.

— ¡Pero si ni siquiera tengo un vestido de novia!

—Pues cástate conmigo en vaqueros, no me importa —replicó él, apartándose un poco para mirarla a los ojos—. Lo único que quiero es pasar contigo el resto de mi vida.

Los ojos de Kati se llenaron de lágrimas ante la ola de felicidad que la estaba invadiendo, ante la dicha de amar y ser correspondida.

—¿Crees que podrás vivir aquí en el rancho sin echar de menos la gran ciudad? —inquirió Egan.

—¿Para qué crees que nos sirve la imaginación a los escritores? —respondió ella con una sonrisa—. Además, hay una oficina de correos en Jackson para enviarle mis novelas al editor... y te tengo a ti. ¿Qué más puedo querer?

Egan esbozó una sonrisa lobuna.

—¿Qué tal unos cuantos saltos de cama de esos tan sexys? — sugirió.

—Mmm... no sé... en el último libro que escribí la heroína llevaba un camisón blanco muy recatado...

— ...que él le arrancaba en la página cincuenta y seis —concluyó Egan riéndose—. Lo recuerdo, pero a mí me gusta más la escena de la bañera. Podríamos probarla. La verdad es que tus novelas me están dando un montón de buenas ideas.

Kati le rodeó el cuello con los brazos y lo atrajo hacia sí, besándolo amorosamente mientras la nieve empezaba a caer de nuevo fuera.

-

fin.